

AMAR SIEMPRE
Rafaela María Porras Ayllón
 Por
 INMACULADA YAÑEZ
 BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
 MADRID . MCMLXXXV

INTRODUCCION	3
I - 1850 - 1877	
"Desde el seno de su madre..."	4
Los primeros años	5
La entrega del corazón.....	8
"La muerte de mi madre..."	8
"Huérfanas del todo mi hermana y yo..."	9
"Sal de tu tierra..."	11
Novicias en la Sociedad de María Reparadora	13
Se marchan las Reparadoras. La primera comunidad	14
"¡Queremos las Reglas de San Ignacio!"	17
La muerte de don Antonio y el encuentro con el P. Cotanilla.....	20
"Mi confianza, en el Señor"	22
II. 1877-1893	
A. ESTABLECIMIENTO Y PRIMERA EXPANSION DEL INSTITUTO (1877-1886)	23
Madrid, calle de la Bola	23
La aprobación del cardenal Moreno	24
La primera fiesta en Cuatro Caminos.....	25
"Fijaos en los que habéis sido llamados"	25
"Mirad cuál sea vuestra vocación".....	26
El viaje de las reconciliaciones.....	29
"Vosotras, las Fundadoras..."	29
En el paseo del Obelisco.....	30
Córdoba.....	31
Jerez de la Frontera	32
Mirando a Roma	33
Las raíces de un problema	33
Cartas familiares.....	35
La muerte del cardenal Moreno y el inicio de la obra de Madrid.....	36
Hay que cambiar de nombre	37
Zaragoza	38
Bilbao	39
"Decretum laudis"	40
B. ESCLAVAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS" (1886-1887)	42
La M. Pilar va a Roma	42
La muerte del P. Cotanilla	45
Universales como la Iglesia.....	46
"Alegres en la esperanza". Aprobación definitiva	47
"Sólo y sólo la voluntad de Dios"	47
C. EL GENERALATO DE LA M. SAGRADO CORAZÓN (1887-1893)	51
"Todos los bienes nos vienen por el Unigénito de Dios"	51
"En el Corazón de Jesús encontraría fortaleza"	52
"La quiero a toda costa"	53
Problemas e iniciativas.....	55
Roma. "Viendo mundo, se aviva el celo"	56
"Donde no hay unión, no está Dios"	58
Intentos fracasados	59
"Si es cruz de nuestro Señor..."	59

“De El recibirlo todo...”	60
”...en perfecta observancia, en profunda humildad...”	61
“Como si al mismo Señor le hablase...”	61
“Tanto o más que antes...”	62
“Para hacerme semejante a Cristo...”	63
“...no puedo ya pedir que tengan fin estas penas”	64
“La obra más grande que puedo hacer por mi Dios...”	65
“Este es tu oficio...”	65
Amar Siempre.....	66
III. 1893-1925	
A. EL GENERALATO DE LA M. PILAR (1893-1903)	67
“Si me viese sin posibilidad de acción...”	67
La aprobación de las Constituciones.....	67
Su ocupación: ayudar.....	68
“Como en la casa de Nazaret”.....	69
Nuevos capítulos de una historia oculta.....	70
“Escribo largamente y con caracteres que no se borran”.....	72
El corazón contrito en la presencia del Señor.....	73
“Si logro ser santa...”	73
“Pido a Dios que la ilumine...”	75
“Ruego a usted que me perdone”	75
“En el perder está la ganancia...”	76
“Por caridad, por el Instituto...”	77
Otro día 13 de mayo.....	77
Por la unión del Instituto.....	78
El deber de consolar.....	79
“... el acto de amor más puro: ‘fiat’”	80
B. SEPARADAS, PERO CERCANAS (1903-1916)	82
“Bajar la cabeza y someterse a Dios”	82
Conjura de silencio.....	83
“Estoy en este mundo como en un gran templo”.....	84
La M. Purísima, General del Instituto.....	85
“Alégrese de todo...!”	87
“Pesa grande aflicción sobre el Instituto”	87
Intercambio de fe y esperanza.....	88
La M. Purísima, General “ad vitam”.....	91
“Que viva y haga todo sólo para El...”	92
La muerte de la M. Pilar.....	93
C. LOS ULTIMOS AÑOS (1916-1925)	95
La caridad amable y servicial.....	95
“No muy tarde estaremos reunidas...”	96
“Miro al Señor, y El me mira a mí”.....	97
“Humildes, humildes, humildes”	98
“Este Dios inmenso...”	98
FIN.....	99

INTRODUCCION

Santa Rafaela María del Sagrado Corazón ha sido puesta muchas veces como ejemplo de una humildad heroica, casi desconcertante. Desconcertante por las circunstancias que formaron la trama de su vida, pero más aún por su total aceptación del conjunto de situaciones que tanto la hicieron sufrir.

Se nos ocurre a veces que esta mujer tiene una vida demasiado dramática como para ponerla como modelo de identificación. Cuando así pensamos, se nos olvida que, en mayor o menor medida, cualquier ser humano tiene que experimentar en algún momento el fracaso y la incomprensión, y no siempre por “culpa” de los demás. Lo que ya no resulta tan común es que el fracaso y la incomprensión se eleven a la categoría de heroísmo y santidad; y aún más: a la categoría de realización humana. Si esto es posible, será, sin duda alguna, porque el dolor de la vida puede venir envuelto en un gozo desconocido para muchos, la incomprensión puede ser compatible con una cierta comunicación que no siempre alcanzamos a comprender, y el fracaso aparente puede convertirse en una verdadera conquista. Porque ni la santidad ni la realización humana pueden construirse sobre la base de elementos negativos.

Al acercarse a la figura de Rafaela María Porras es imposible eludir el hondísimo drama que estuvo en el centro de su existencia. No vamos a escribir una biografía disfrazada de novela rosa o azul, ni una especie de libro de ciencia-ficción en el que describamos lo que pudo haber sido y no fue. Pero si Rafaela María, como fundadora o como líder, tuvo unos extraordinarios valores humanos, interesa enfocar a esos componentes de su personalidad para constatar que el drama de su vida no los anuló, sino que siguieron existiendo, desarrollándose, dando fruto. Interesa, por ejemplo, profundizar en el sentido de su gozo profundo y constante. Es preciso explicarse y explicar cómo pudo llegar a decir de sí misma en cierta ocasión que era “la mujer de la dicha”. En una vida como la suya, esta frase suena, por lo menos, a increíble. Pero Rafaela María era demasiado lúcida y demasiado sincera para decir palabras fatuas; cuando ella habla de alegría, su testimonio está avalado por una apacibilidad constante, por una sonrisa atrayente que no se marchita, que no se convierte en una mueca a lo largo de muchos años de monotonía.

Esta es una biografía breve, y no vamos a hacer un prólogo más largo que el desarrollo del libro. Lo que hemos esbozado en líneas anteriores podría resumirse así: en Rafaela María, la humildad fue servidora fiel del amor siempre y en todo momento. Este amor humilde la liberó de cualquier amargura y le permitió vivir en una paz sin límites. Si aceptó desaparecer, no fue ni más ni menos porque ella lo estimó necesario para que otros vivieran, para que fuera posible una existencia feliz en su Instituto. Después de agotar todos los recursos, comprendió que era preciso apartarse del primer plano, “disminuir” para que otros “crecieran”. Porque amó mucho, pudo vivir humildemente, sin perder nunca un hondo sentido de su dignidad, en eso que ella llamaba “la independencia santa de los verdaderos hijos de Dios”.

Esta no es una biografía “científica”. Se ha evitado absolutamente todo aparato crítico, en orden a facilitar la lectura al mayor número de personas. El que conozca a Rafaela María, sin embargo, encontrará en este libro resonancias continuas de sus palabras. A veces aparecen citadas textualmente, entrecorilladas, pero ni siquiera en estos casos va escrita al pie de página la nota que indica su procedencia. El que quiera un libro de historia en el sentido técnico más restringido, debe encaminarse hacia otras biografías anteriores. Pero este libro es fiel a la historia, aunque prescindiera de los andamiajes de una obra crítica. Va dirigido a todas aquellas personas que deseen conocer a esta mujer extraordinaria, pero que no dispongan del tiempo o del hábito de leer volúmenes de cerca de mil páginas. También a aquellas otras personas que,

después de haberla conocido, no se cansan de saber más y más acerca de ella, de recordar sus palabras, de reflexionar sobre el sentido de su vida sencillamente heroica.

Al escribir Cimientos para un edificio, biografía publicada en esta misma editorial, tuvimos buen cuidado de mostrar todas las circunstancias, y hasta peripecias, que rodearon el crecimiento del edificio del que Rafaela María y su hermana fueron piedras fundamentales. En esta obra mucho más breve, sin descender a tantos detalles, quisiéramos insistir en la fuerza persuasiva de una vida que tiene la humildad de los cimientos, pero, sobre todo, la sonriente esperanza del amor.

Roma, 6 de enero de 1985, 60º aniversario de la muerte de Santa Rafaela María del Sagrado Corazón.

I. 1850-1877

“Desde el seno de su madre...”

Rafaela María del Rosario Francisca Rudesinda Porras Ayllón nació el día 1 de marzo de 1850 en Pedro Abad. Con ese nombre desmesurado trataba de recordarse, en aquella pequeña criatura, a un puñado de personas que la habían precedido en la familia. El padre de la niña había tenido una hermana Rosario, y su madre, una hermana Francisca. Rafaela era el nombre de la madre. El altisonante “Rudesinda” era el tributo que la devoción de estos cristianos viejos pagaba a no sé qué santo.

Así pues, Rafaela Porras Ayllón tuvo un nombre mucho más largo de lo que había de necesitar en su vida. Ese nombre quedó escrito en el registro civil; en su casa y en su mundo fue, simplemente, Rafaela. Así se llamaba también su madre, y había sido una mujer de las que es justo perpetuar la memoria. Costó trabajo conseguir la continuidad del nombre en la familia: antes que en 1850 naciera Rafaela, otros dos hermanos se habían llamado como la madre, pero los dos —niño y niña— habían muerto prematuramente. Rafaela Porras había de vivir mucho en cantidad y calidad. Moriría después de recorrer muchos caminos, después de echar raíces poderosas para un árbol que había de abrir sus ramas al sol de muchas latitudes.

El día que nació Rafaela, en la incipiente primavera de 1850, hubo una fiesta familiar para celebrar a la benjamina de la casa. Con los felices padres, rodeaban la cuna seis hermanos, comprendidos entre los dieciséis y los dos años: Francisco, Juan Celestino, Antonio, Ramón, Dolores y Enrique. Entre los doce años de Antonio y los seis de Ramón quedaba el recuerdo doloroso de María Josefa, Rafael y Rafaela Josefa, que murieron muy pequeños. La vida, sin embargo, volvía por sus fueros empedernidamente. Los lutos frecuentes no apagaron en esta familia el deseo de alegrarse y de cantar alrededor de una cuna casi siempre ocupada.

Algunos de estos nombres perdurarían en los miembros de la familia que llegaron a ser adultos: Francisco, el mayor de los hermanos, moriría en 1903, a los sesenta y nueve años. Antonio, en 1896, a los cincuenta y ocho. Ramón, en 1913, a los sesenta y nueve. Enrique, en 1872, a los veinticuatro. Las dos hermanas, Dolores y Rafaela, verían prolongada su vida algunos años más.

El año que nació Rafaela apenas se conocía el ferrocarril en España. Pasar de unas ciudades a otras era una auténtica aventura, que se desarrollaba entregándose al traqueteo de los coches de caballos o echándose a andar por caminos y trochas del campo. Comunicarse por escrito tampoco era mucho más fácil. En ese año empezaba a organizarse a nivel nacional algo parecido a un servicio de correos. La gente más leída había oído decir que entre Barcelona y Mataró el tren alcanzaba una velocidad de veinte

kilómetros por hora, y la más devota se escandalizaba de este desafío a las leyes de la naturaleza, sabias y viejas, que habían regido el mundo durante siglos.

Se tenía la impresión de asistir al nacimiento del mundo, pero muchas personas estaban demasiado apegadas a aquel otro viejo mundo, achacoso, pero lleno de seguridades. Eran, como casi siempre han dicho los hombres adultos, unos “calamitosos tiempos”. Eran, como casi siempre han intuido los que empiezan a vivir, una misteriosa primavera llena de posibilidades.

En España reinaba Isabel II y gobernaba el general Narváez. En los pueblos pequeños de España reinaban y gobernaban los caciques. Unos mejor, otros peor: igual que los reyes y los presidentes de gobierno. Rafaela María Porras había nacido en uno de estos pequeños pueblos y pertenecía a la familia de un cacique de los buenos; de los que, al estilo de su época, se daban cuenta de que el mundo es algo más que la propia hacienda y la propia familia.

En la Iglesia ocupaba la silla de Pedro el papa Pío IX, que tanto había de sufrir por las circunstancias de estos “calamitosos tiempos”. Sería un pontífice indomable, que bien podía haberse llamado León, como se llamó su sucesor. Moriría en 1878, en el mismo año que salió de este mundo Víctor Manuel II, primer rey de Italia.

Los primeros años

Si la casa de don Ildefonso Porras hubiera estado en Córdoba, habría sido una buena vivienda, sólida, sencilla al exterior, prometedora de comodidades en el interior. En Pedro Abad era bastante más que eso. El portón con sus macizos llamadores dorados, el amplio zaguán, la cancela de hierro forjado. La serie de ventanas aseguradas por geométricas rejas, el aparejo de piedra en la planta baja, el gran balcón sobre la puerta central... Todo el conjunto constituía un signo externo de riqueza. Era la mejor casa del pueblo, y esto bastaba para elevarla casi a la categoría de palacio.

En su interior era una construcción sólida, una típica vivienda de agricultores más que acomodados. En ella se mezclaba la funcionalidad con un cierto buen gusto de raíces campesinas andaluzas con influencias de la vida burguesa. Había un patio central, lleno de macetas de geranios, verdadero corazón de la casa. En la planta baja estaban las dependencias del servicio y, sobre todo, la confortable cocina, con aquella gran chimenea, alrededor de la cual se desarrollaba la vida en invierno. En la planta alta estaban las habitaciones propiamente señoriales. En una de ellas, con rejas a la calle principal del pueblo, nació Rafaela María, como todos sus hermanos. Cerca de esta alcoba, la más noble de la casa naturalmente, había salones amueblados al gusto ciudadano, que hacían pensar en relaciones de la familia más allá de los límites de la campiña cordobesa.

Rafaela María vivió los primeros veintitrés años de su vida en Pedro Abad. Hizo algunos viajes, pasó cortas temporadas en Córdoba, Cádiz o Madrid. Pero la mayor parte de su infancia y juventud transcurrió en este pueblo y en la casa solariega de su familia.

Unos cuantos acontecimientos destacan en esa veintena de años. Muy pocas cosas verdaderamente notables. En 1854 murió don Ildefonso Porras. ¿Pudo experimentar de alguna manera la tragedia una niña de cuatro años? Nunca habló Rafaela María de ello directamente. Posiblemente sentiría ese malestar, mitad curiosidad, mitad temor, de los niños ante la enfermedad de los adultos, ante la muerte. La muerte, que, a mediados del siglo pasado, se vivía como un suceso doméstico, como algo que pertenece al patrimonio de la historia familiar.

Dolores, niña de ocho años a la muerte del padre, retenía algunas imágenes más precisas. Don Ildefonso era un hombre amable y fuerte, más bien serio y callado, pero capaz de una ternura silenciosa; el tipo de hombre de exterior adusto, que goza en la intimidad mimando a sus hijos pequeños (y, por cierto, tenía un buen racimo: en el último año de su vida, aparte de tres adolescentes, había cinco menores de diez años, más el

que venía de camino y nacería ya huérfano de padre). Como alcalde, don Ildefonso dio siempre muestras de un vivo sentido de justicia, suavizado por una natural piedad. Muchos años después, Dolores recordaba que, cuando mandaba encarcelar a algún delincuente, se cuidaba en persona de que comiera bien y tuviera un buen fuego para calentarse, si era invierno.

Rafaela María pudo experimentar la muerte de su padre como ausencia: el sillón vacío junto a la chimenea la silla vacante en la mesa del comedor, el silencio que dejó aquella voz sonora al vibrar con una autoridad totalmente aceptada entre los muros de su casa. Un dolor positivo no le quedó. Tenía una madre que iba a hacer también de padre. Y un hermano mayor que parecía un hombre auténtico, visto desde la escasa estatura que permitían los cuatro años de la pequeña. Cuando este chico, Francisco, muchos años después, estaba a punto de morir, Rafaela pudo decirle: “¿Acaso he tenido yo otro padre que tú?”

Además del patio central, la casa de los Porras tenía otro patio interior con un pozo, y luego un huerto. Todo un mundo. Más allá de la tapia del huerto estaba la tierra menos conocida y algunas veces explorada en pequeñas correrías. Rafaela era una niña tímida, que se sentía feliz entre las paredes y los patios de la casa. Desde los seis años, muertos los dos hermanitos pequeños, quedó definitivamente en benjamina de la familia. Sus juegos serían, ya para siempre, juegos de chicos mayores, que ella secundaba torpemente. Hubiera hecho falta que Ramón, Dolores y Enrique la hubieran tratado con mucha dulzura, pero ellos mismos eran niños, inconscientes de las dificultades que podía experimentar su hermana: corrían más que ella, saltaban con más agilidad a los árboles, tenían poco o ningún miedo a los perros. A veces, Ramón se sentía un hombrecito frente a la chiquitina de la casa, y la defendía, con aire de caballero andante, de los atropellos de Dolores.

En Pedro Abad había una ermita, que Rafaela y Dolores visitaban con frecuencia acompañando a su madre. Doña Rafaela hacía largas oraciones ante el gran Cristo del camarín. Por la ermita se entraba al cementerio del pueblo, el lugar misterioso donde descansaban en paz los miembros de la familia que se iban para siempre. De la casa de los Porras hasta la ermita había un paseo de un cuarto de hora, ‘al paso de la señora y de sus hijas. La ermita estaba en lo alto de una pequeña elevación, y desde ella miraban las niñas el campanario de la parroquia, el tejado de su propia casa y de los parientes. El sol de la tarde enrojecía un tanto las fachadas blanquísimas del pueblo.

Un poco más lejos estaba el río. Ir al río era ya una excursión, un día extraordinario de campo, dentro de la monotonía de una vida campesina disfrazada de burguesa. Las criadas disponían la comida en cestos de mimbre, y los niños disfrutaban de lo lindo en las inmediaciones del salto de agua.

Cuando murió don Ildefonso, doña Rafaela emprendió con toda seriedad la tarea de educar a sus hijos. Los chicos fueron a Córdoba para seguir estudios oficiales. Las dos niñas empezaron su formación intelectual dentro de los muros de la casa paterna. Tuvieron un preceptor exigente: don Manuel Jurado. Las anécdotas que se conservan de este maestro nos lo presentan más bien severo. Sus enseñanzas, en algún momento, casi crueles. Como aquella que nos cuentan acerca de Rafaela, niña de pocos años, que se mira complacida a un espejo y escucha a su espalda un reproche digno de don Juan de Mañara: “Y qué quedará de tu belleza después de la muerte?” Severo don Manuel Jurado, al estilo de su época. Más téticos desde luego los que, de toda su pedagogía, sólo fueron a recordar detalles como éste. Sus alumnas, las dos hermanas Porras, lo recordaron siempre con un cariño hecho de respeto y agradecimiento.

Don Manuel Jurado les enseñó lo que en aquel momento se enseñaba a las mujeres que habían nacido en una familia acomodada. Lo notable en su caso no fue la cantidad de conocimientos, sino la calidad de la cultura adquirida. Las inició en la lectura. Cuando

Dolores era ya una mujer entrada en años, recordaba los libros de su biblioteca, aquellas novelas más o menos históricas y, desde luego, moralizantes, que habían constituido una de sus diversiones juveniles. “Cuando éramos como tú —decía a una de sus sobrinas—, teníamos una colección de libros escogidos; y no te creas que sólo eran obras religiosas, no; también distractivas y amenas”. En las tardes de invierno, estas novelas eran estupendas compañeras junto a la chimenea. En el verano, el lugar de la lectura era el patio, bajo el toldo; o mejor, la sombra de una higuera, apoyada la espalda en el tronco. No parece que sus lecturas les hicieran adentrarse en el mundo de los clásicos, pero las adiestraron en el uso de la lengua. No puede por menos de afirmarse que don Manuel Jurado fue un gran profesor, que tuvo la suerte de tener buenas discípulas.

En 1857, cuando Rafaela María llegaba oficialmente al uso de razón, el ministro Claudio Moyano elaboró la primera ley de Instrucción Pública. Se aprobó esta ley cuando Rafaela leía ya de corrido, seguramente en un libro parecido al de La buena Juanita.

El maestro las preparó también para la primera comunión. En este caso, el hecho de ser cuatro años menor que su hermana favoreció a la pequeña. Dolores tenía once, edad juzgada competente para comulgar, y Rafaela sólo siete. Pero en aquella familia era ley que las dos niñas habían de dar unidas sus primeros pasos por la vida. Comulgaron juntas el 1 de marzo de 1857, justamente el día del cumpleaños de Rafaela María.

La monotonía de la vida en Pedro Abad se veía a veces alterada por la presencia de los hermanos mayores, que volvían de Córdoba. Pero más todavía cuando doña Rafaela y sus hijos pequeños se trasladaban a Córdoba, donde tenían casa. Otros miembros de la familia tenían hermosas viviendas en la capital. Siempre hubo algún Porrás en torno a la plazuela de San Juan. La tía Isabel, hermana del padre, era una señora de muy buen ver cuando Dolores y su hermana Rafaela empezaban la adolescencia; en su casa, frente a la iglesia de San Juan de los Caballeros, pasaron temporadas las dos jovencitas. En la calle de San Roque había otra casona familiar, poco más o menos a cien metros de la iglesia. La parroquia de San Nicolás de la Villa, la iglesia de la Trinidad, el convento de Carmelitas de Santa Ana, la catedral-mezquita... fueron construcciones que formaron parte del paisaje cordobés de la familia Porrás. Las calles que comunicaban esas iglesias han cambiado hoy de nombre, pero se conservan casi idénticas en su antiguo trazado.

Las circunstancias iban a hacer que, a partir de los siete u ocho años, Rafaela María no tuviera más compañía que la de su hermana Dolores y la de los adultos: su madre, don Manuel Jurado, el primo Sebastián, los criados de la casa... Su compañera de juegos, forzosamente, hubo de ser Dolores. A ésta le encantaban las correrías de los mayores por el campo. Rafaela los seguía con dificultad, experimentando en muchas ocasiones una especie de desamparo que sólo los niños son capaces de sentir.

Estaba decretado que las dos hermanas fueran niñas, adolescentes y jóvenes al mismo tiempo. Esto era, como si dijéramos, lo oficial. Pero los cuatro años de diferencia natural fueron una ventaja demasiado grande para Dolores. Un verano, al volver los chicos a Pedro Abad para las vacaciones, se sorprendieron al ver en el rostro de la hermana la conciencia de su ser de mujer. Dolores pisaba ya fuerte en la casa familiar, y cuidaba su figura y utilizaba con coquetería aquella lengua fácil y alegre que Dios le había dado. Y la hermana mayor fue desde entonces admitida en el mundo de los jóvenes, que se creían dueños del universo porque eran señores admirados dentro de los reducidos muros de la propia casa. Rafaela María seguía jugando. Tenía buena salud, le gustaba el aire y el sol, pero no necesitaba buscarlo mucho más allá de las tapias del huerto. Allí se entretenía con dos o tres niñas del pueblo.

Antonio Porrás era un chicote de buen corazón, pero con ganas de divertirse a costa de cualquiera. A veces interrumpía los juegos de las pequeñas. “¡Ven acá, pelafusta!”, solía decir a aquellas chiquillas, que temían sus bromas. Dolores, la preferida de Antonio, reía las gracias de su hermano mientras las niñas huían entre lágrimas de rabieta inútil. A veces las defendía Ramón. Pero casi siempre era la madre el refugio natural en estas pequeñas guerras.

La entrega del corazón

Hacia 1864, doña Rafaela comenzó a pasar con sus hijos algunas temporadas de verano en Cádiz. Rafaela María tenía unos catorce años y empezaba a gozar de la vida de distinta manera que hasta entonces.

No había visto hasta ahora el mar, y el espectáculo le produjo una impresión de las que ensanchan el alma. Siempre se le hacían cortas las horas que le permitían estar a la orilla, gozando de aquella inmensidad. Con ojos muy abiertos seguía el movimiento de las olas que se estrellaban a sus pies. Otras veces los cerraba para recibir mejor la brisa y escuchar el ruido del agua. En estas ocasiones respiraba hondo, intuyendo en cada aliento al Dios de la vida que le entraba más allá de los pulmones, penetrándola hasta los entresijos de su ser. La primera vez que fue a comulgar después de contemplar el Atlántico, se admiró como nunca de que este Dios inmenso supiera hacerse tan pequeño, tan a nuestra medida.

En 1865, la primavera las cogió en Córdoba. Como siempre, los naranjos llenaban las calles del olor del azahar y las flores comenzaban a brotar en las rejillas del barrio céntrico en que vivían los Porrás. Como la vida en los naranjos y en los geranios durante el invierno, en Rafaela María había ido creciendo, a lo largo de los últimos años, una decisión precoz. Una mañana, en la iglesia de San Juan de los Caballeros, aquella adolescente de quince años recién cumplidos entregó para siempre su corazón a Dios: hizo secretamente voto perpetuo de castidad. Seguramente, ella no habría sabido explicar en la lengua de los teólogos lo que significaba eso del voto, pero, en cambio, vislumbraba realidades que están más allá de todas las interpretaciones teológicas. Rafaela María presentía como que la vida y el amor no encontrarían ya nunca en ella una especie de remanso, sino el cauce anchuroso de un río desbordado.

Era el 25 de marzo, fiesta de la Encarnación del Señor. La niña no dijo nada, siguió viviendo sencillamente la alegría de aquella primavera de 1865. Su hermana tenía ya diecinueve años y muchas ilusiones. La madre y la familia en general tenían sus planes sobre las dos, y todos ellos pasaban por el matrimonio. Un buen partido: un muchacho bien plantado y unos centenares más de hectáreas de grano, olivos y frutales. El porvenir asegurado y el nombre de los Porrás más profundamente enraizado en la campiña de Córdoba, en Pedro Abad, Adamuz o Montoro.

Pero Dios pensaba otras cosas para ellas, para las dos hermanas por igual. Por su parte, la pequeña de la familia, aquel día 25 de marzo, dijo que sí de antemano a esos planes, y empezó a vivir su vida como una auténtica historia de amor. No tenía ni la más leve idea de adónde la llevaría el buen partido que la había elegido y al cual ella había dicho que sí.

“La muerte de mi madre...”

En 1868 hubo en España un importante cambio de escena. Las distintas fuerzas políticas que hacían oposición a la monarquía de Isabel II lograron derrocar el trono. Progresistas, unionistas y demócratas pusieron a la reina en la necesidad de exiliarse. Y empezó un sexenio revolucionario.

Al año siguiente, los políticos de oficio lograban redactar una nueva Constitución, que hacía exactamente la número cuatro entre las aprobadas y puestas en vigor con todas las de la ley. El deseo de limitar la autoridad del rey y de encauzar el protagonismo político del pueblo se había expresado además en otros documentos que no pueden llamarse verdaderas Constituciones. Esta, la del 69, era de un liberalismo purísimo, y costó -¡cómo no!- torrentes de oratoria y montañas de papel.

Pero antes de que este monumento político fuera consumado, a los Porrás les ocurrió algo que les había de afectar mucho más directamente. La señora, doña Rafaela, murió

una noche de febrero de aquel año. El corazón le jugó una mala pasada. Junto a ella, deshechas de pena, sus dos hijas. Y al llegar el desenlace, en primer término, sin perder un momento la serenidad, la hija más joven, Rafaela María. Años más tarde recordaba ésta el dolor de aquella noche: el movimiento de los familiares, que llaman al médico y al párroco, que se empeñan luego en ofrecer consuelos tan insuficientes como una taza de tila... Todo eso es la música de fondo que rodea un recuerdo fundamental, centrado en una única sensación: la mano cada vez más fría de la madre, enlazada con su mano joven, que sigue latiendo con absoluta regularidad. Aquella chica recién salida de la adolescencia empezó a formular las consecuencias de una decisión tomada, apenas cuatro años atrás, en la iglesia de San Juan de los Caballeros.

Muchos años después, Rafaela María, recordando aquella noche, escribió:

“Algunos hechos de mi vida en que he visto la misericordia y providencia de mi Dios patente:

La muerte de mi madre, a quien yo le cerré los ojos por hallarme sola con ella en aquella hora, abrió los ojos de mi alma con un desengaño tal, que la vida me parecía un destierro. Cogida a su mano, le prometí al Señor no poner jamás mi afecto en criatura alguna terrena...”

Aquella noche de febrero en Pedro Abad parecía marcar el comienzo de una etapa en la que nada sorprendería demasiado. Como tantas otras personas al contacto de un dolor excesivo, Rafaela María sintió que ahora ya podía caerse el mundo. (La vida iría luego ganando terreno sobre los escombros del corazón, y volvería a tener miedo, y a experimentar nuevas alegrías y tristezas, y a advertir la diferencia entre los días de lluvia y los de sol. Porque también los santos tienden a reconstruir en este mundo, una y otra vez, algo parecido a una ilusoria vida perdurable).

Rafaela María había visto de cerca la muerte, y la afrontó con una serenidad superior a la que podía esperarse de sus dieciocho años. Recordó una poesía muy conocida de todos sus contemporáneos: Yo, ¿para qué nací? Ante un hecho parecido, otras personas se formularían la misma pregunta, pero tal vez se hubieran perdido en lucubraciones existencialistas. Pero ella se sabía entera la poesía esa que empezaba interrogando sobre el sentido de la vida. Tenía fe y esperanza, y no podía dejarse abatir del todo.

“Loco debo de ser, pues no soy santo”. Así terminaba su razonamiento el poeta anónimo. Rafaela María sería santa. Si tuvo alguna locura en la vida, fue precisamente la de la santidad.

“Huérfanas del todo mi hermana y yo...”

Los meses siguientes trajeron nuevos cambios a la vida de las dos hermanas. (Para entonces era ya claro que Dolores había escogido el mismo camino de Rafaela María.) Se casaron Antonio y Ramón Porras, con unas bodas de luto que no pudieron exteriorizar la solidez socioeconómica de aquellos enlaces. Antonio, el preferido de Dolores, se casó con una hija del marqués de Tillaverde. Ramón, el “defensor” de Rafaela, se casó con otra joven brillante, hija del marqués de Valdeflores. La casa iba perdiendo sus antiguos habitantes, pero empezaba a llenarla una nueva generación. Francisco, el hermano mayor, tenía ya dos hijos pequeños, que se pasaban el día jugando alrededor de las dos tías. Con éstas permanecía aún Enrique, el último hermano. Hacia 1870 era un muchacho elegante, con más ganas de divertirse que de estudiar. Un buen chico, admirador de sus hermanas, que a toda costa quería abrir las puertas de la casa para presentarlas a la admiración del mundo. Pero Enrique iba a enfermar pronto, iba a enfermar de muerte...

Justo entonces llegó a Pedro Abad un nuevo párroco. Era un hombre de aspecto modesto, fino, silencioso y amable. A su dirección espiritual se confiaron las dos

hermanas, confiándole, además, su gran preocupación por Enrique. No tenía nada de extraño: Enrique se resistía a morir.

Cuando al fin murió en los brazos de aquellas dos jóvenes tan baqueteadas por la vida, el último hijo varón de don Ildefonso y de doña Rafaela era otra persona. Ya no le arrebatában la vida, sino que él la entregaba serenamente entre las manos de Dios. Era el año 1872, y el último hito que señaló el camino de Dolores y Rafaela María Porrás Ayllón hacia una vida nueva.

La que comenzaron a llevar las dos hermanas tenía indignados a sus parientes más cercanos: el tío Luís Navarro, primo hermano de don Ildefonso y jefe de la familia desde la muerte de éste; el primo Sebastián Pérez Ayllón, administrador de las numerosas fincas que componían el patrimonio, y, sobre todo, los hermanos: Francisco, Antonio y Ramón. Todos ellos esgrimían parecidos argumentos para oponerse a unas actividades que tenían el aspecto de disparatadas. La familia estaba acostumbrada a ejercer la caridad. Puestos a mirar atrás, cualquiera recordaba el ejemplo de don Ildefonso, que había muerto casi heroicamente; es decir, cumpliendo con su obligación de alcalde en una sociedad que usaba estos puestos para el propio provecho. También doña Rafaela había iniciado a sus hijas en la visita y atención a los pobres del pueblo. Pero lo de ahora era demasiado. Las dos hermanas parecían dispuestas a dilapidar su fortuna. Y además, pasándose la mitad del día en la casa de los pobres, iban a perder las ocasiones de casarse según lo requería su condición social. Dolores pasaba de los veinticinco años y Rafaela tenía ya veintiuno. De haber seguido el ejemplo de su propia madre, las dos podrían haber sido, a estas alturas de la vida, madres y señoras de nuevas familias.

Les fue preciso realizar sus correrías apostólicas como el que hace poco menos que un delito. En Pedro Abad, en la antigua casa solariega de los Porrás hay una sencilla puerta trasera que recuerda las salidas furtivas de las dos amables “señoritas” entregadas a los pobres. Para entrar y salir por aquella puerta falsa necesitaron la complicidad de los pocos criados que habían mantenido en la casa después de cambiar el tono señorial de su vida por un tono absolutamente evangélico.

“Huérfanas del todo mi hermana y yo y bien perseguidas de nuestros más allegados parientes, después de cuatro años de lucha, que fue terrible, decidimos hacernos religiosas en las Carmelitas de Córdoba”. Así resumió Dolores el proceso de su propia vocación, que fue también el de la vocación de su hermana.

Cuatro años de lucha. El período comprende algún tiempo más, si se atiende a la misma descripción de Dolores. De la muerte de doña Rafaela hasta bien entrado el otoño de 1783, en que la decisión está tomada, van casi cinco años. En ellos se fue preparando bastante naturalmente la ruptura total de las dos hermanas con el mundo en que hasta entonces habían vivido. La muerte de Enrique fue un suceso importante. La dirección de don José María Ibarra, trascendental. Tanto, que el sencillo párroco fue trasladado a Córdoba por el obispo, acosado éste por las presiones de la influyente familia. El día 21 de abril de 1873 tomaba don José María posesión de su cargo de ecónomo en la parroquia del Espíritu Santo. Se habían puesto treinta kilómetros por medio —no demasiados, pero bastantes para hacer el viaje en carroza—, y la familia respiró aliviada.

Sin embargo, las dos hermanas estaban demasiado intoxicadas de Evangelio. Es más: tenían ya desarrollado el germen de aquella peligrosa enfermedad mucho antes de que don José María Ibarra entrara en Pedro Abad. Siguiéron, por tanto, entregadas a la caridad. Porque —decían ellas— “el Señor, a quien el pobre representa, pide ser servido, y por nada ha de rehusarse”.

El alejamiento de don José María fue providencial para la historia. Gracias a él, las dos hermanas Porrás Ayllón mantuvieron una correspondencia epistolar por la que conocemos muchos detalles de su vida.

Buenas lectoras en general, conocieron también la Biblia por una lectura personal y reflexiva. “Ya verán cuán útil y provechoso es para nuestras almas la divina lectura y consideración de los tesoros que encierra este divino libro”, les decía don José María Ibarra en una de sus cartas. El “divino libro” sería un alimento constante de su piedad a lo

largo de los años y un apoyo muy especial en los momentos más difíciles de su andadura. La eucaristía estaba ya en estos años en el corazón de su vida diaria. Comulgaban con mucha frecuencia, hasta llegar a hacerlo diariamente, cosa rara en la vida cristiana de su tiempo.

Sabemos también por esta correspondencia algo que sería obvio suponer: una entrega tan absoluta de todo el ser no pudo hacerse realidad sin esfuerzo, sin lucha auténtica. Según aparece en una carta de don José María, Rafaela sintió la atracción de la comodidad y el lujo, tuvo “recuerdos de su vida pasada”, que le venían a la imaginación con cierta insistencia molesta. (Desde luego, para estas fechas había dejado resueltamente todas esas cosas por Jesucristo.) No era sólo el recuerdo de una vida confortable en una sociedad opulenta lo que le rondaba a veces como una especie de nostalgia. También la rebeldía del cuerpo y del espíritu, que le exigió una verdadera lucha para mantener en su integridad la entrega de todo el ser a un Dios que con cierta frecuencia se haría el ausente y el desconocido. Por todo ello, don José María le hizo recomendaciones que pueden considerarse válidas para cualquier lucha: “Lee el capítulo 7 de la epístola a los Romanos... y cuando hayas terminado, no podrás menos de repetir, llena de fortaleza y confianza: `Miserable de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo mortal? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor”.

“Sal de tu tierra...”

El día 13 de febrero de 1874, Dolores y Rafaela María Porras salieron para siempre de su pueblo, de Pedro Abad. iban a recogerse algún tiempo en el convento de Clarisas de Santa Cruz, de Córdoba, para ultimar los detalles de su vocación religiosa.

En realidad, ellas ya habían hecho lo más grande que podía pedírseles: abandonar la casa de sus padres sin decir nada a sus hermanos sobre aquella despedida que sólo ellas sabían que era definitiva. En las Clarisas de Santa Cruz no tenían que hacer otra cosa que esperar.

¿Les había parecido poco aquella “lucha terrible” de cuatro años, transcurridos en la más absoluta entrega a Dios y a todos los que las rodeaban? Las dos hermanas no se pararon a medir los grados de su heroísmo. Don José María Ibarra les había dicho en varias ocasiones que “el Señor dispone muchos medios y ha puesto muchos caminos”. Ellas iban en busca del suyo. La incomprensión familiar les sirvió en este caso de indicador para tomar una senda nueva.

Estaba claro, desde luego, el objetivo inmediato. Así escribían las dos hermanas en una carta dirigida al arcediano de la catedral de Córdoba: “Hace muchos años que nos sentimos inclinadas, y deseamos seria y formalmente abrazar el estado religioso”.

¿Qué era para ellas el “estado religioso”? Desde luego, dejar todas las cosas y seguir a Cristo. Muchas veces, sentadas junto a la chimenea de Pedro Abad, habían leído el evangelio en familia:

“Caminando por la orilla del mar de Galilea, vio Jesús a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y a su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores.

Y les dice: ‘Venid conmigo’...

Y ellos, dejando las redes, le siguieron.

Siguió adelante, y vio a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y a su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre Zebedeo arreglando sus redes.

Y los llamó.

Y ellos al instante, dejando la barca y a su padre, le siguieron”.

Dejar las redes, la barca. Dejar todas las cosas; no sólo la casa familiar, de tan entrañables recuerdos. También la compañía, a veces pesante, pero siempre amable, de

los hermanos. Y el cuidado de los sobrinos, niños inocentes a los que querían con locura. Y el disponer de las horas del día, dedicándolas a la oración y al servicio en proporción establecida según el propio juicio. También la posibilidad de hacer obras de caridad y entregar a los pobres la fortuna recibida de los padres y abuelos. Y la conciencia de ser caritativas empleando el caudal que sobraba de mantener una casa grande que daba a sus poseedoras la consideración de “señoritas del pueblo”. Y el amor y el agradecimiento de los pobres. Y la proximidad del terruño, de esa tierra querida que fue de los antepasados y que había recibido ya en su seno a tantos miembros de la familia, adultos, jóvenes y niños.

“Anda —dijo Jesús a un joven que quería seguirle—, véndelo todo y dáselo a los pobres”. De una vez. No seas el administrador de tu propia fortuna, que es peligroso administrar sin conservar la mejor parte. Dáselo todo. Así, sin nada, ven conmigo, sígueme.

Palabras del evangelio que en todo tiempo han admitido muchas lecturas. Para las dos hermanas tuvieron un sentido bastante literal. Así de clara, así de exigente fue la llamada de Cristo a Rafaela y a Dolores.

¿Pero cómo sentir una mediana seguridad interior en medio del despojo absoluto, cómo reconocer siempre el acento de la voz que llama a darlo todo? En las dos hermanas brotaba todavía otra pregunta evangélica: “Maestro, ¿dónde vives?” Ellas se atuvieron siempre a la respuesta de un guía acreditado por la misma palabra de Jesús: la Iglesia.

Fueron a Córdoba, permanecieron en Santa Cruz para esperar la deliberación de los representantes de la Iglesia diocesana. El obispo Alburquerque moriría en mayo de ese año, tomando su representación el arcediano, don Ricardo Míguez. Este, con el penitenciario y el mismo José María Ibarra, formaron un equipo que estudió las posibilidades ofrecidas por estas dos hermanas. Contaban con una fortuna, puesta del todo a disposición de la diócesis, y con sus propias personas, prontas a dedicarse al trabajo que se estimara más provechoso y urgente.

El plan apostólico que estos señores delinearon buscaba la “regeneración social” de Córdoba. Nada menos. El medio que trataban de emplear, la creación de un centro educativo que diera una formación cultural cristiana a las jóvenes cordobesas. Un proyecto ambicioso, desde luego, que, por otra parte, encajaba perfectamente en las coordenadas políticas y pedagógicas de la época. Por entonces, el Estado había descargado bastante en la iniciativa privada sus responsabilidades sobre la educación.

* * *

Corría el año 1874. Mientras las dos hermanas esperaban en el convento de Santa Cruz que aquellos señores ultimaran el proyecto, también se iba agotando el sexenio revolucionario, y España caminaba hacia la restauración de la monarquía borbónica. Pero en 1874 regía aún la Constitución de 1869, la que había entronizado todas las libertades que el hombre del siglo XIX podía soñar; también la libertad de enseñanza: “La supresión de la enseñanza pública es el ideal al que debemos aproximarnos, haciendo posible su realización en un porvenir no lejano... Hoy no puede intentarse esa supresión, porque el país no está preparado para ella. Para que la enseñanza privada pueda por sí sola generalizar la ciencia es preciso que las naciones sientan vivamente la necesidad de la cultura científica y la estimen en más que los sacrificios que ocasiona”. Así se leía en un decreto de la Junta Superior revolucionaria.

* * *

El penitenciario y el arcediano de la diócesis decidieron establecer en la ciudad un pensionado dirigido por la Orden de la Visitación. A las dos hermanas se les pedía su fortuna y sus personas: entrarían como novicias en la Orden.

Ellas dijeron que sí. Y los eclesiásticos comenzaron sus gestiones con las Salesas de Valladolid. Aquellas religiosas no demostraron un extraordinario entusiasmo ante la perspectiva de admitir a dos novicias tan acaudaladas. Posiblemente recordaron la historia de tantas fundaciones que surgieron al amparo de algún poderoso de la tierra, nacidas bajo la servidumbre de un agradecimiento continuo y comprometido al generoso bienhechor. A la distancia que, en 1874 sobre todo, separaba Valladolid de Córdoba, imaginaron a Dolores y a Rafaela María como dos solteras tan “piadosas” como exigentes, y decidieron que lo mejor era ponerles una serie de condiciones. “Díganles claramente —recomendaron a los canónigos— que, si quieren entrar en nuestra Orden, deben convencerse que van a ser las últimas”. Ellos transmitieron fielmente el encargo, y también dieron a Valladolid la respuesta. “Las dos hermanas dicen que sí, que están de acuerdo en eso de ser las últimas”.

A punto de emprender ellas el viaje, el penitenciario se sintió enfermo. El arcediano aconsejó diferir la partida por unos días. Y en éstas, otra persona surgida providencialmente vino a agregarse al equipo diocesano que estaba trazando el futuro de las dos hermanas.

Se llamaba don José Antonio Ortiz Urruela y estaba de paso en España. (Eso creía él, pero se equivocaba, porque al fin resultó que había venido a España para encontrar su morada definitiva.) Era un predicador famoso, un director espiritual cotizadísimo, un erudito, un experto en apologética. No tenía miedo a nada ni a nadie. Cuando llegó a España venía de Roma, del concilio Vaticano 1. El clero de Córdoba lo acogió con respeto. El equipo formado por el penitenciario, el arcediano y el señor Ibarra no sólo lo recibió, sino que reconoció en él, desde ese momento, al verdadero director del proyecto.

“El vicario capitular —que era en este momento el mismo arcediano—, penetrado cada vez más a fondo de la virtud, mérito y experiencia del P. Antonio, le habló sobre las dos jóvenes que estaban en el convento de Santa Cruz. esperando la decisión del camino que debían seguir y del proyecto que se tenía en la fundación de un monasterio de la Visitación, pidiéndole su parecer. El Padre le manifestó que, en las circunstancias de los tiempos presentes, lo más conveniente sería una fundación dedicada a la adoración del Santísimo, sin excluir otras obras de celo...”

Para las dos hermanas, el nuevo plan encajaba, igual que el anterior, en sus decisiones personales: les pedía una entrega absoluta de sí mismas y de sus bienes; estaba patrocinado por la Iglesia de Córdoba.

No había un cambio sustancial por lo que a ellas se refería. Lo aceptaron con la misma generosidad.

Novicias en la Sociedad de María Reparadora

El día 1 de marzo de 1875, Dolores y Rafaela María Porras empezaban el postulante en la Sociedad de María Reparadora. Había pasado más de un año desde aquel otro día en que, silenciando sus propósitos, habían salido de la casa solariega de Pedro Abad.

La nueva casa religiosa que se abría en Córdoba se había establecido en un inmueble de la calle de San Roque, cerca de la plazuela de San Juan. Era una casa de la familia Porras. Desde 1871 pertenecía concretamente a Ramón, que en 1878 vendió una parte a Dolores y poco después otra parte a Rafaela María. La casa pasó a ser propiedad íntegra de las dos hermanas. Era muy grande, con dos plantas y muchas dependencias abiertas a varios patios. Haciendo adaptaciones de poca monta, podía organizarse allí perfectamente la vida de un convento. En la mejor estancia de la planta baja se preparó la capilla. Con seguridad era una capilla llena de los deliciosos olores de un patio en que se oía gotear un surtidor.

Llegaron las Reparadoras. Junto a ellas y a las dos hermanas, pronto se reunió un buen grupo de chicas que empezaron con entusiasmo su vida de entrega a Dios. Algunas eran la flor y nata de Córdoba, pero todas tenían la riqueza que supone una juventud

alegre e ilusionada. Cuando cantaban en la capilla de la calle de San Roque, parecía que se estaban ejecutando las primeras alabanzas de la creación. Todo allí era nuevo.

En aquella casa las dos hermanas aprendieron a ser religiosas. Pasaron allí diecinueve meses, en los cuales asimilaron lo que significa seguir los “buenos consejos” de Cristo sobre la pobreza, la castidad y la obediencia. Se prepararon para sellar su decisión definitiva con votos públicos, proclamados ante la asamblea de la Iglesia. Sintieron el apoyo y las exigencias de la fraternidad. Experimentaron la alegría de vivir unidas a personas que tenían los mismos ideales que ellas, y también las limitaciones de tantos temperamentos distintos, de educaciones diversas, de edades más o menos juveniles o maduras... Aprendieron a amar a aquellas hermanas que no habían buscado, sino que habían sido buscadas y encontradas y reunidas por un Amigo común.

En el noviciado de María Reparadora aprendieron también a amar especialmente determinados aspectos evangélicos que en realidad son para todos los cristianos, pero que a ellas las interpelarían con una fuerza entrañable.

Aprendieron también que la vida religiosa institucionalizada ha seguido las normas de unos cuantos santos, verdaderos organizadores y guías carismáticos de hombres. Su propia vida religiosa seguía los cauces de uno de esos hombres, San Ignacio de Loyola.

Otra cosa todavía: habían ingresado en un “Instituto nuevo”. No estaba sujeto a la rigurosa clausura de la vida monástica o conventual. Tenía además una finalidad apostólica, en servicio a la Iglesia universal. Por este último punto, la vocación de las dos novicias enlazaba de nuevo con el proyecto de los eclesiásticos de Córdoba. A las hermanas Porras se les dijo que el Instituto de María Reparadora respondería a la mayor necesidad de la Iglesia diocesana; es decir, a la sucursal cordobesa de la Iglesia universal.

El día 4 de junio, tres meses después de la apertura de la casa, Dolores y Rafaela María tomaron el hábito. Según costumbre de la época, cambiaron de nombre para significar que empezaban una vida distinta. Rafaela se llamaría desde entonces María del Sagrado Corazón. Dolores, María del Pilar.

Gran alegría ese 4 de junio, fiesta del Corazón de Cristo.

Contentas las Reparadoras por la buena esperanza que ofrecía el noviciado de Córdoba.

Contentos los miembros del equipo diocesano, porque esperaban convertir pronto sus proyectos en realidades.

Contentas las novicias. Contentos los cordobeses.

Contentas las dos hermanas, porque habían dado todo lo que tenían y comenzaban a caminar libres por una senda iluminada por la luz misteriosa, pero segura, de la fe.

Se marchan las Reparadoras.

La primera comunidad

En 1876, tras una serie de dificultades entre las Reparadoras y el obispo de Córdoba, éstas salían de la ciudad camino de Sevilla.

En los días anteriores, las novicias pasaron momentos de incertidumbre hasta conocer lo que pensaban hacer Dolores y Rafaela Porras. Tardaron en saberlo, porque éstas habían optado por un silencio absoluto, a fin de que sus palabras no interceptaran la voz de Dios.

—¿Qué piensan hacer las dos hermanas? —preguntó una de las novicias más antiguas.

—¿Y no sería mejor que usted misma tomara personalmente su decisión? —le respondió la superiora.

—Es que ya la tengo tomada, Madre: hacer lo que hagan ellas. Su ejemplo me trajo al noviciado, y ese ejemplo es el que quiero seguir ahora.

De entre toda la comunidad, cuatro novicias acompañaron a las religiosas francesas. El resto, catorce novicias y dos postulantes, permanecieron en la casa de San Roque, alrededor de las dos hermanas y bajo la protección del obispo de Córdoba.

Rafaela María fue nombrada superiora. Nunca le había pasado a ella por la cabeza mandar en nadie, pero tal vez menos en su hermana. Forzosamente le tuvo que sorprender el encargo que le hacía el obispo. Toda su vida había tenido que actuar a la sombra de Dolores. Esta era viva, brillante, intuitiva. Tenía una palabra fácil, oportuna. Era activa, trabajadora, práctica. Según dijo una de sus connovicias años más tarde, tenía capacidad “para gobernar un reino”. La más joven, en cambio, parecía nacida para obedecer, para escuchar y comprender a los demás, para acoger la vida más que para derrochar vitalidad.

Rafaela María dijo que sí. Y también aceptó —un poco sorprendida, desde luego— su hermana Dolores. A ésta se le encomendó oficialmente una tarea que ya venía desarrollando por imposición de las circunstancias: la administración de los bienes temporales de la comunidad. Desde que llegaron las Reparadoras no había tenido más remedio que poner manos a una obra en la que se había ejercitado muchos años en su propia casa: disponer los trabajos y las ocupaciones, proveer a la familia de todo lo necesario y al mejor precio, comprar y vender, regalar y pagar, hacer buenos amigos y agradecer los favores de las amistades que ya se tienen... Dolores tenía una disposición innata para ser ama de casa. Rafaela María nunca lo había sido, y no se sentía tampoco inclinada a serlo ahora. Cuando en alguna ocasión las religiosas francesas habían querido darle cuenta de asuntos económicos, ella les encaminaba hacia su hermana.

—Entiéndase con María del Pilar, por favor.

* * *

En aquel otoño de 1876, mientras la comunidad de la calle de San Roque, con maravillosa sencillez, emprendía una vida nueva, en España reinaba Alfonso XII y se aprobaba una nueva Constitución de la monarquía. En la presidencia del Gobierno había un político malagueño, Cánovas del Castillo.

Un aire conservador barría las últimas veleidades revolucionarias. Todo tendía a tomar una estabilidad al parecer duradera.

* * *

En la casa de la calle de San Roque, Rafaela María está cumpliendo el encargo que le ha hecho la Iglesia de Córdoba. Lo hace a conciencia, como todo lo que ha emprendido en su vida. En este momento está enseñando un camino con la mejor de las pedagogías: caminando ella al mismo tiempo. Es novicia y maestra de novicias. Se ha ganado los corazones, porque no pretende ganar ni ganarse nada. Es modesta, apacible, amable y humilde. También es fuerte, con una fuerza hecha de constancia y mansedumbre.

Con su mirada atenta a las necesidades de todas las personas que la rodean, muestra la dirección de un interés que nada tiene que ver con mezquinos egoísmos, con utilidades pequeñas y domésticas.

El obispo fray Ceferino está contentísimo. Le encanta ir a la calle de San Roque a comprobar la alegría de aquellas novicias. Aunque él es bastante serio, a veces le gusta bromear.

—¿Me obedeceréis siempre? —les preguntó uno de esos días.

—Por supuesto, excelencia —contestaron ellas.

—Es lo menos que podemos hacer —añadieron algunas.

El penitenciario, el arcediano y don Antonio Ortiz Urruela hacían de nuevo sus cálculos para el pensionado. Sobre todo los dos primeros, que no olvidaban nunca las necesidades más urgentes de la diócesis.

—Habría que comprar la “Casa del Indiano” y establecer comunicación con la del noviciado. El internado quedaría así muy bien.

—Usted, don Antonio, que conoce a casi todas estas chicas, ¿cree que sacarán adelante el colegio?

—Algunas de ellas tienen capacidad para eso y para más. Sobre todo, Rafaela y Dolores...

—¡Esas son de oro!

—Otras novicias también pueden ser muy buenas educadoras. Y ya están a punto de terminar el noviciado

— ... y están dispuestas a todo, si creen que es para bien de la Iglesia.

En el mes de diciembre de 1876, el Instituto nacido alrededor de Rafaela María y Dolores Porras fue una realidad “oficial”. El arcediano de la catedral ayudó a redactar un informe que, con una instancia, se presentó al obispo de Córdoba. Don Ricardo Míguez no escatimó las palabras para hacer ver la conveniencia de aquella casa religiosa. Se trataba de establecer una comunidad que diera testimonio de su fe —“razón de su esperanza”— adorando la eucaristía y dándose a la educación de la juventud. Tan importante le parecía a don Ricardo, que afirmaba que este nuevo Instituto estaba llamado a ser un “medio poderoso” para la regeneración de la diócesis.

Fray Ceferino, el obispo, firmó el decreto de aprobación el día 30 de diciembre de 1876. Pero aquel memorial redactado por los eclesiásticos de la diócesis cordobesa no era nada parecido a unas Constituciones. Cuando pocos días después se habló de que las novicias más antiguas hicieran los votos, el obispo dijo que deseaba ver y examinar el ritual de la ceremonia y las Constituciones o Reglas. Se le entregaron en seguida.

Con la mejor voluntad del mundo, fray Ceferino había pensado hacer de la comunidad de la calle de San Roque el germen de un nuevo Instituto adscrito a la gran familia dominicana. “Nada más lógico —debía pensar—. Estas jóvenes me han prometido obediencia con una gran alegría y espontaneidad. Además no tienen ningún director espiritual que pertenezca a una Orden religiosa que pueda marcar con su espiritualidad la suya. Es verdad que estas Reglas copian casi a la letra las Constituciones de la Compañía de Jesús; pero, por otra parte, no hay jesuitas en Córdoba, ni parece que estas mujeres conozcan a jesuita alguno”.

Fray Ceferino leía aquellas páginas marcando con enérgicos trazos determinados párrafos. Cuando terminó su labor, estaban para él muy claras algunas cosas:

— había que reforzar la clausura, que en las normas y en la práctica de aquel Instituto se apartaba bastante de lo acostumbrado por entonces en la vida religiosa femenina;

— era preciso regular también el culto de adoración a la eucaristía; parecía excesiva la exposición diaria del Santísimo, como si no se tuviera suficiente conciencia de lo extraordinario de la presencia eucarística;

—aquellas Reglas quedarían más “sólidas” con algunos retoques de clara ascendencia dominicana y también con alguna que otra pincelada benedictina.

En conjunto, si atendían estas sugerencias y bajo su protección, aquel grupo de novicias entusiastas podía convertirse en un floreciente Instituto diocesano. Córdoba ganaría mucho con la consolidación definitiva de esta comunidad.

Fray Ceferino era un hombre recto y un gran obispo, no cabe duda. Algunas de sus ideas sobre promoción humana y social figuraban entre las avanzadas del pensamiento católico de su época. Era, además, persona cultísima.

Pero participaba de dos opiniones muy arraigadas entre los eclesiásticos de su tiempo (y aun de muchos años después). Primera, las mujeres no pueden hacer nada sin la sabia dirección de los hombres; segunda, la vida religiosa femenina debe seguir fielmente las normas más tradicionales y seguras, alejándose de veleidades renovadoras.

Y pensó que sería fácil encauzar según estos criterios la nueva fundación de la calle de San Roque.

“¡Queremos las Reglas de San Ignacio!”

En los últimos días de enero, las dos Fundadoras y cuatro novicias más se preparaban para el gran día de su profesión. Hacían ejercicios espirituales. Cuando más tranquilas estaban, se presentó en la casa don Camilo de Palau, que era fiscal eclesiástico. Dijo que, en conciencia, no podía tenerlas ignorantes de las variaciones que el obispo pretendía introducir en el plan de su vida religiosa.

Las dos hermanas quedaron atónitas. Momentos después llamaron a don José Antonio Ortiz Urruela. Lo que le comunicaron Dolores y Rafaela no era para él la primera noticia sobre el asunto, pero había querido esperar, porque a veces las cosas se complican doblemente con una intervención desafortunada.

Si se hubiera grabado aquella conversación, tendríamos tres voces distintas, que intervenían en diferente proporción, pero que repetían afirmaciones e interrogantes como éstos:

—Esto que quiere el obispo puede ser más trascendental de lo que parece.

—¿Podríamos desobedecerle sin desobedecer la voz de Dios?

—Nuestras Reglas son las de San Ignacio.

—A nadie le pueden imponer una vocación que no es la suya.

—Pero si el obispo no renuncia a su idea, ¿qué haremos?

—¿Renunciar a su idea fray Ceferino? Yo lo he conocido en el concilio Vaticano, y no es de los que ceden.

—(¡Dios mío, y yo que pensaba que la salida de Pedro Abad iba a ser mi última aventura!)

Después de este intercambio, aquellas tres personas tan distintas en caracteres y temperamentos habían adoptado una actitud común ante el problema. Como primera providencia, las dos hermanas reafirmaban su decisión de defender las Reglas de San Ignacio y el estilo de vida religiosa que llevaban hasta ese momento. Harían lo posible por explicar humildemente sus razones al obispo, pero no cederían sin más. En segundo lugar, expondrían con claridad a las novicias los términos del problema. De ninguna manera decidirían por nadie, a ninguna le ahorrarían ni la molestia ni el gran derecho de elegir libremente.

—Dirán lo que la otra vez: “Adonde vosotras vayáis, iremos nosotras” —pensó en alta voz Dolores.

—¡Ay! ¡Si supiéramos exactamente adónde ir!

Aquel mismo día, la comunidad fue informada en breves términos del conflicto. Sucedió lo que se esperaba: todas querían las Reglas de San Ignacio. Y todas también, ante la obligación de tomar determinaciones extraordinarias, estaban dispuestas a secundar las que juzgaran oportunas las dos hermanas Fundadoras.

El día 5 de febrero, a las diez y media de la mañana, llegó una especie de ultimátum del obispo. El fiscal y el provisor de la diócesis, ante toda la comunidad, leyeron las condiciones que fray Ceferino imponía para seguir patrocinando, e incluso aceptando, la fundación. En sustancia eran: variar el hábito; suspender la exposición del Santísimo, a excepción de los días festivos y los jueves; poner rejas en los recibidores y en el coro de la iglesia, cerrándolo como en algunos conventos; variar el oficio, y, por último, mezclar la Regla de San Ignacio con la de Santo Domingo y con la de algún otro santo.

Terminó aquella lectura en medio de un silencio impresionante. El provisor dio el plazo de veinticuatro horas para reflexionar y tomar una determinación. Pero no hizo falta tanto tiempo.

La idea que se ocurrió como solución a aquel conflicto se mantenía dentro del acatamiento a su autoridad. Fray Ceferino podía intimar a la obediencia a las religiosas de su diócesis. Pero ellas entendían que la autoridad tiene sus límites... y la diócesis de Córdoba también. Decidieron salir de la ciudad. Irían en busca de un obispo que no pusiera reparos a su forma de vivir.

—¿Por qué no nos vamos? —dijo María del Pilar.

—¿Por qué no nos vamos? —dijo también, sin ponerse de acuerdo, otra de las novicias.

—Estamos resueltas a todo con tal de salvar nuestra vocación.

Estaba ya avanzada la tarde de aquel día 5 de febrero. Con toda rapidez se organizó el viaje más pintoresco que cualquiera de aquellas novicias había hecho en su vida.

Pasadas las diez de la noche, catorce mujeres jóvenes, bastante estrafalariamente vestidas, torcían la esquina de San Roque, subiendo la calle en cuesta que va hacia la estación de ferrocarril. Iban dispuestas a viajar en el tren correo Córdoba-Madrid; pero no pensaban de momento en la corte, sino en una ciudad a mitad de camino: Andújar. Caminaban en silencio en grupos pequeños.

En uno de estos últimos iba la hija menor de la honorable familia Porras. La tímida Rafaela María, convertida primero en superiora de la comunidad y ahora en responsable de este éxodo nocturno. Si la hubieran visto sus hermanos o sus parientes, no lo hubieran podido creer; y, en realidad, apenas podía creerlo ella misma. “Pero ¿quién me ha metido a mí en estos trotes?”, se decía.

¿Podía imaginar siquiera todo el camino que le quedaba por andar en este año, en los que siguieron, en la vida entera?

Después de una noche de tren, el grupo de novicias llegó a su destino. Y a la madrugada del 7 de febrero de 1877 pudieron echarse a dormir en el suelo, arrebujadas en mantas, en una de aquellas estancias del hospital de beneficencia que iba a ser su albergue por algún tiempo.

Estaban cansadas. Mientras se sumían en una bendita inconsciencia, el sol se iba levantando sobre los olivares de Andújar.

El mismo día 6 de febrero trajo a Córdoba la increíble noticia. Se habían evaporado catorce jóvenes, y nada menos que del convento de San Roque. Como en él quedaban aún cuatro novicias, allá se encaminaron los curiosos.

Porque, además, en la calle de San Roque permanecía una de las Fundadoras. La hermana mayor por más señas. Llegaron primero las familias. Y el provisor de la diócesis, Y, por último, el gobernador civil. Todos preguntaban, todos querían saber. La H. Pilar contestaba en pocas palabras.

—Dónde están? ¿Han huido?

—No, señor... ¿Por qué iban a huir?

—Pues dínos dónde están.

—Pero ¿es que ya no se puede en España ni siquiera viajar tranquilamente?

Entre las familias había sus más y sus menos. Allí estaban, sobre todo, las madres, saliendo y entrando de los recibidores y atravesando los patios. Las puertas de la casa estaban abiertas de par en par y aquello parecía un jubileo. Doña Concha Parejo, dama muy circunspecta de la buena sociedad, aconsejaba calma y reflexión y procuraba serenar a los inquietos. Una tal doña Angustias, madre de dos novicias, iba más allá que doña Concha, hablando con unos y con otros, tratando de hacer comprender a todos la decisión de las jóvenes.

La tensión del día tuvo dos momentos cumbres. Uno, la llegada del provisor de la diócesis (fray Ceferino estaba ausente, ocupado en la visita pastoral por los pueblos de la provincia).

—Le hablo en nombre del obispo. Han pasado las veinticuatro horas de plazo para reflexionar sobre la orden que se les dio. Usted ya no es religiosa.

—¿Y qué hace usted todavía vestida de hábito? —al provisor le ponía nervioso aquel silencio.

—Si me dejaran unos minutos libres para buscar otra ropa... —contestó entonces María del Pilar.

—Adónde han ido las novicias?

—Perdone, señor provisor, pero no puedo contestarle a eso. Y además, como ya no soy religiosa, usted no tiene jurisdicción para interrogarme.

El provisor se quedó sin palabras. Pensó que se imponía una tregua. María del Pilar podría elegir mientras su atuendo de seglar. El tendría que buscar nuevos argumentos para convencerla.

Pasado el mediodía llegó el gobernador civil. También él pretendía enterarse del paradero de las jóvenes. Como no lo consiguió, hizo averiguaciones en la estación de Córdoba. La investigación resultó bien simple, dio un resultado inmediato: se habían vendido la noche anterior catorce billetes con destino a Andújar. Bien, un telegrama al alcalde de aquella ciudad y las novicias serían detenidas. Al gobernador le faltó tiempo para comunicar su triunfo a María del Pilar. Pero su respuesta lo dejó sin respiración.

—¿Que están detenidas? ¿Y con qué derecho?

¡Dios, esta H. Pilar se las sabía todas! La autoridad civil, como la religiosa, tuvo que admitir que se veía desarmada ante el aplomo de aquella mujer. Pero detrás de ella intuían, con razón, el respaldo de personas muy expertas, versadas en la interpretación de los derechos civiles constitucionales. Uno de estos asesores estaba en Córdoba, pero era intocable: Ramón Porras. El otro era un sacerdote castigado en la forma más severa por el obispo: don Antonio Ortiz Urruela, que a partir de este día tenía prohibido el ejercicio de su ministerio sagrado en la diócesis.

Por don Antonio preguntaron hasta la saciedad aquellos señores. Parecía haberse esfumado. María del Pilar no dijo ni media palabra sobre él. Declaró únicamente que la decisión de las novicias era absolutamente personal y no tenía nada que ver con supuestas presiones del sacerdote, Y esto era la pura verdad.

En los días siguientes, las de Andújar fueron también muy visitadas. El 6 por la noche llegó al hospital un agente de la autoridad. Preguntaba por catorce jóvenes de Córdoba que se habían fugado y que traían no se sabe qué artículos de contrabando. La acusación era verdaderamente ridícula, y provocó la risa de las novicias, que en ningún momento de aquella aventura habían perdido el humor. La superiora del hospital, en cambio, se quedó tan asombrada que no pudo siquiera indignarse.

—¿Contrabando dice?

—Sí, contrabando. Tenemos orden de no dejarlas salir del edificio sin permiso expreso del gobernador.

—¿Quiere verlas? —dijo la superiora.

—No estaría de más.

En estos momentos, ellas, las novicias, componían lo mejor posible su apartamento. El representante de la autoridad se impresionó al mirarlas. Nunca en la vida había vigilado personas con más cara de inocentes que aquéllas; jamás había leído en rostros juveniles una expresión semejante de libertad interior.

Aquella noche, antes de echarse en un rincón para dormir, Rafaela María escribió unas letras a su hermana. Mientras lo hacía estaba viendo a la guardia que vigilaba el hospital por orden del alcalde, y pensó que allá, en Córdoba, María del Pilar estaría viviendo una situación parecida.

“Mi querida hermana: Ya sabrás nuestro camino, que fue bueno. Aquí estamos

muy bien, muy obsequiadas por las Hermanas, que no sé con qué vamos a pagárselo.

Ha venido un agente de la autoridad preguntando por catorce jóvenes que se habían fugado y que traían contrabando, y ha dado orden expresa, que la traía del señor Gobernador de Córdoba, de que no nos dejaran salir.

Ánimo. Yo me figuro que estarás arrestada. No importa, Dios sobre todo. Escribe pronto.

Todas buenas y animosas, me dan sus recuerdos.

Y tú un abrazo para todas las de ahí.

María del Sagrado Corazón”.

La muerte de don Antonio y el encuentro con el P. Cotanilla

Desde el 5 de febrero hasta el 14 de abril de 1877 pasó casi mes y medio lleno de episodios novelescos y también de realidades prosaicas y casi rutinarias. Se padecieron grandes tribulaciones. Don Antonio Ortiz, que llegó a Andújar suspendido en su ministerio sacerdotal por fray Ceferino, sería también suspendido a divinis por el obispo de Jaén. Pasó entonces a Madrid para exponer su caso al cardenal Moreno, arzobispo de Toledo, que era gran amigo suyo hacía mucho tiempo. Este lo recibió con todo afecto, pero era tarde ya para rehabilitar al sacerdote. Este cayó enfermo con un mal que se mostró desde el principio implacable.

La comunidad de novicias seguía aún en Andújar, pero vivía ya en una casa independiente. (Se les había prohibido también permanecer en el hospital; por supuesto, en nombre de la autoridad eclesiástica.) Las dos Fundadoras apenas habían estado juntas. Después de un rápido viaje de ambas a Madrid para visitar a don Antonio, se separaron de nuevo: Rafaela María volvió a Andújar y Pilar permaneció a la cabecera del enfermo.

Mientras que el sacerdote se debatía entre la vida y la muerte ocurrió un encuentro que iba a ser trascendental. Uno de aquellos días, la H. Pilar coincidió con el P. José Joaquín Cotanilla, confesor de don Antonio, y a partir de aquel día lo vio en repetidas ocasiones. Le oyó hablar, aunque nunca malgastar palabras. Siempre llegaba a casa de don Antonio ocupadísimo en mil trabajos, pero siempre a punto para escuchar con atención a los demás. El P. Cotanilla era entonces superior de una pequeña residencia de jesuitas de la calle de San Vicente Alta, de Madrid. Cuando contaba su vida, parecía una novela de aventuras. Había padecido y sobrevivido a innumerables persecuciones.

A María del Pilar le inspiró confianza. Aunque ella era una mujer muy decidida, la situación en que se encontraba a mediados de marzo era como para abatir a personas más optimistas. Uno de esos días, la moral se le vino al suelo. Entonces decidió contar al P. Cotanilla toda la historia de su vocación, la del noviciado de la calle de San Roque, los azares de después, la incertidumbre del futuro. En este momento no preguntaba siquiera qué nuevos pasos debía andar. Le atormentaba la duda sobre los pasos ya dados.

Era el primer jesuita con quien hablaba María del Pilar. El P. Cotanilla la escuchó con toda atención, sin muestras de impaciencia por la pérdida de su precioso tiempo.

—A mí me parece que ésta es una obra de Dios verdaderamente. Si no seguís adelante, sería como volverle las espaldas a él —dijo, cuando ella acabó su relato.

El jesuita la puso en comunicación con el obispo de Ciudad Real y con el auxiliar de Madrid. Le recomendaron éstos presentarse también al cardenal-arzobispo de Toledo. De nuevo renacía una esperanza...

* * *

Don Antonio Ortiz Urruela murió pocos días después. Con una paz absoluta, que revelaba la fundamental sinceridad de todos sus planteamientos, tan incomprendidos en este mundo.

* * *

A Madrid y a Andújar llegaron en este momento las voces apremiantes de los antiguos amigos de la casa de San Roque. Todos insistían en que era hora de renunciar a innovaciones y aceptar el camino seguro que patrocinaba el obispo fray Ceferino.

—Si cedierais algo ahora, con un poco de mano izquierda podrían arreglarse después las cosas —decían algunos.

—Nadie os apoya en Madrid. ¿Adónde vais a ir solas? —preguntaba Ramón Porras.

—Como ya ha muerto don Antonio, todo será más fácil en Córdoba. El pobre era buenísimo, pero a veces resultaba molesto, hay que reconocerlo —opinaba un sacerdote del obispado.

De Andújar y de Madrid llegaban terminantes respuestas:

—Que no y que no. Que por ahí no nos vamos a entender nunca. Si volviéramos a Córdoba, tendría que ser precisamente rehabilitando la memoria de don Antonio.

—Tendríamos que asegurar la integridad de nuestras Reglas, las de San Ignacio; no queremos otras.

—Es preciso que quede más claro que la luz del sol que nadie nos ha coaccionado. Todas hemos actuado libremente.

* * *

A pesar de todo, la situación era incierta como nunca, y Rafaela María llamó urgentemente a su hermana para tomar una decisión. Al recibir el telegrama, María del Pilar estaba a punto de partir para Toledo. Después de un momento de desfallecimiento, había decidido presentarse al cardenal Moreno y jugar la última carta.

No sabía qué hacer. El telegrama le avisaba la llegada de Ramón Porras, que la acompañaría en el camino de vuelta a Andújar.

María del Pilar había comprendido que la hora era decisiva. Ramón, probablemente, la forzaría a volver, y se perderían así las últimas esperanzas puestas en la visita al cardenal. Recordaba ahora tantos esfuerzos por defender las Reglas de San Ignacio, tanto sufrimiento que se haría vano, definitivamente inútil. Entonces se decidió a consultar por última vez al P. Cotanilla (después de todo, él, que era jesuita, sabría interpretar la situación en clave ignaciana).

La conversación no fue muy larga esta vez. Después de escuchar la consulta, el P. Cotanilla guardó silencio por unos momentos. Al fin contestó con otra interrogación:

—Y usted misma, ¿qué cree?

—Padre, yo creo que debo ir ahora mismo a Toledo.

—Pues vaya, vaya con Dios, Hermana.

El día 22 de marzo, la novicia y Fundadora María del Pilar Porras se encaminaba a Toledo. Al día siguiente era recibida en audiencia por Juan de la Cruz Ignacio Moreno y Maisonave, arzobispo de Toledo y primado de España.

Fue una entrevista breve. La H. Pilar emprendió en seguida el camino de vuelta a Madrid y poco después tomaba el tren de Andalucía. Iba a Andújar, y pensaba que se cruzaría en el camino con su hermano Ramón. No quería encontrárselo. su hermano, con seguridad, querría persuadirla a renunciar a sus proyectos, Y ella ahora sabía que por primera vez esos proyectos llevaban visos de convertirse en realidades.

Comenzaba la Semana Santa. Pero a ella le parecía ya domingo de Pascua, porque iba a comunicar a su hermana y a las novicias que podían establecerse en Madrid con todas las licencias.

Al encontrarse las dos hermanas, acordaron partir en seguida. Pero antes quisieron que cada novicia tomara de nuevo su propia decisión personal.

Se reunió la comunidad en la habitación que servía de oratorio. No había sillas para todas, pero tampoco eran necesarias, Y, sin embargo, iba a celebrarse allí algo parecido a un capítulo general. Las dieciséis jóvenes, sentadas en el suelo, rodearon a las dos Fundadoras.

—María del Pilar va a darnos algunas noticias de última hora —dijo la superiora.

Difícilmente se habría encontrado un auditorio más atento y receptivo. La H. Pilar relató sus entrevistas con el P. Cotanilla, con el obispo auxiliar, con el de Ciudad Real y, por último, con el cardenal Moreno.

—Pero mirad, seguiremos teniendo dificultades. Es mejor que cada una se lo piense antes de decidirse. La que esté dispuesta a venirse, bien; la que no, vuelve a su casa y en paz. No va a haber ningún disgusto entre nosotras.

Apenas hubo unos momentos de silencio.

—¡Vámonos, Madre! ¡Vámonos cuanto antes a Madrid! —decían todas.

Ni una quería abandonar la empresa. Ni siquiera una quería informar a su familia del nuevo traslado: mejor callar y actuar. Había una alegría enorme en aquel oratorio sin bancos ni sillas. La conversación perdió el aire tenso de una reunión capitular y las novicias bromeaban con las dos Fundadoras.

A más de una se le ocurrió preguntar cómo era el P. Cotanilla. Después de tanto luchar por las Reglas de San Ignacio, conocer a un jesuita resultaba un verdadero acontecimiento.

El viaje Andújar-Madrid fue muy alegre. Era la última etapa de una peregrinación; la circunstancia se prestaba mucho a reflexionar sobre todo lo que se había vivido en aquellos meses tan densos.

Años después, recordando estos tiempos con un poco de nostalgia, algunas de las viajeras de entonces escribían:

“Nuestra vida en este tiempo era la más completa que puede darse. Nuestra fraternidad, como la que leemos de los primeros cristianos”.

“Aunque éramos como peregrinas, y no teníamos ni hogar ni aprobación de ningún obispo... Aunque no nos obligaba, en realidad, ninguna Regla, ningún mandato exterior, sentíamos una ley interior que nos impulsaba a vivir nuestra vocación”.

“Con tantos cambios, experimentábamos continuamente que no hay nada estable en este mundo si no está sostenido por la fe... Ya nos veíamos hundidas, ya nos parecía tocar con las manos los cielos abiertos. ¡En nosotras todo era esperar!”

“Mi confianza, en el Señor”

Las responsables de este grupo tan gozoso hacían también sus reflexiones. No menos confiadas, pero más realistas. Para ellas, la aventura de estos meses había supuesto incertidumbres especiales, pero también una profundización nueva en la fe.

Poco después de estos sucesos, María del Pilar escribía a dos jóvenes que pretendían incorporarse al Instituto:

“Miren bien lo que desean hacer: se quieren unir a personas que hoy están sólo confiadas en que Dios las guía y las quiere en esta obra; pero combatidas de muchas penas, dificultades, temores, privaciones y otras cosas largas de enumerar”.

En todo este tiempo, Rafaela María se había sentido como el guía de un camino desconocido, medio perdido en la noche. Experimentando el mayor de los desamparos, había desempeñado a la perfección el oficio de animar. “Es la más alegre y la que más alegría a las demás”, decían las novicias. Se había mostrado serena, había sonreído siempre, aun cuando muchas veces hubiera querido llorar.

“Fuerzas y su gracia necesitamos, y particularmente yo, que soy tan débil, para no sucumbir en el estado tan difícil en que me encuentro.

A veces me parece que no puedo más. Pero el Señor me ayuda, y no quiero dejar la empresa, si es obra suya.

Tengo puesta mi confianza en el Señor. Él no nos dejará nunca, porque no deseamos más que su honra y su gloria”.

II. 1877-1893

A. ESTABLECIMIENTO Y PRIMERA EXPANSION DEL INSTITUTO (1877-1886)

Madrid, calle de la Bola

La M. Sagrado Corazón y las novicias llegaron a Madrid en uno de los primeros días de abril. Las había precedido la H. María del Pilar para buscar casa; asunto nada fácil por cierto. De momento, alquiló un piso en la calle de la Bola, número 12: en el corazón del viejo Madrid.

De la estación de Atocha, el grupo de novicias se trasladó al hospital de la Princesa. (Ya parecía obligado, una especie de tradición, pasar algunos días en una institución benéfica.) Las Hijas de la Caridad las acogieron con el cariño de siempre, pero esta vez la estancia fue muy breve. El 6 de abril ya estaban en la calle de la Bola. Su instalación fue rapidísima; en realidad tenían muy poco más que sus personas para distribuir por las habitaciones del piso.

Al día siguiente, las dos Fundadoras se presentaron a monseñor Sancha y Hervás, que era obispo auxiliar de Madrid. El les autorizó para vestir de nuevo el hábito, pero les recomendó que, lo antes posible, solicitaran del cardenal del Toledo la licencia escrita de fundación.

Aquel día, como tantos otros, el P. Cotanilla se llegó a la calle de la Bola. Le hablaron de la instancia, y él se prestó a ayudarles en su redacción.

—Y qué nombre va a tener este Instituto? Será preciso que conste en el documento —dijo el jesuita.

Las dos hermanas se miraron. ¡Ni siquiera habían tenido tiempo de pensar en nombres! Recordaron entonces que, después de la salida de las Reparadoras de Córdoba, fray Ceferino les había propuesto un nombre muy largo y complicado. Sin entusiasmo, ellas lo habían aceptado. Desde luego, apenas habían tenido tiempo de usarlo.

—Pues yo propongo —dijo el P. Cotanilla— que os llaméis “Reparadoras del Corazón de Jesús”. Si os gusta, claro...

Les gustó a las dos hermanas, les encantó a las demás. El P. Cotanilla se sintió animado a explicarles lo que el nombre significaba.

—“Reparadoras del Corazón de Jesús”: vuestra misión es muy grande. Pero ¿qué reparación podéis dar vosotras a Dios? Jesucristo os ha reunido, os ha incorporado a su Corazón para colaborar en la salvación de los hombres. Vuestras obras tienen que estar unidas a las de Jesús y ser semejantes a las suyas. ¿Y qué hizo El? Desde que nació hasta que murió en la cruz, no hizo otra cosa que dar gloria a su Padre...

Penetraos bien de vuestra vocación para poder responder a ella con fidelidad. Que ninguna piense que ha sido llamada para vivir y trabajar para su propia salvación solamente. Habéis sido llamadas, como Jesús, a dar la vida por vuestros hermanos...”

La aprobación del cardenal Moreno

De acuerdo todo el mundo, el nombre de “Reparadoras” figuró en la instancia que redactaron el P. Cotanilla y las Fundadoras. Al acabarla, la superiora reunió a la comunidad para informarlas claramente de lo que se pedía y “certificarse de que eran contentas” antes de presentar el documento al cardenal.

“La infrascrita, en nombre suyo y en el de sus Hermanas..., acude a Su Eminencia Reverendísima con el fin de solicitar y alcanzar la gracia de poder establecerse en Madrid.

Además, habiéndose separado nuestra naciente Congregación de la de ‘María Reparadora’, que tuvo su origen en Francia, y siendo conveniente que no subsista con el mismo nombre, ruego humildemente a Vuestra Excelencia conceda su aprobación para que nuestra citada Congregación se denomine en lo sucesivo ‘Instituto de Hermanas Reparadoras del Corazón de Jesús’.

Madrid, a 13 de abril de 1877.

María del Sagrado Corazón de Jesús,
superiora”.

Fue presentada la instancia, y las cosas de palacio no fueron despacio esta vez. Al día siguiente, el cardenal devolvía el documento con una nota al margen.

“Madrid, 1º de abril de 1877.

Concedo como se pide.

El cardenal-arzobispo de Toledo”.

Las paredes del piso de la calle de la Bola estallaban con la fiesta.

—¡Que lo sepan pronto las Hermanas de la Caridad y los amigos de Córdoba! ¡Que se entere Ramón Porras, y doña Angustias Malagón, y doña Concha Parejo!

... y el arcediano, y don José María Ibarra!

—¡Que se alegren todos los que han sufrido con nosotras!

—¡Ay! ¡Si pudiera ver este día don Antonio!

El día 20 de abril, el P Cotanilla celebraba por primera vez la eucaristía en la pequeña capilla. Compartían la emoción de la comunidad algunas Hijas de la Caridad y unas cuantas señoras conocidas del celebrante. Por cierto que éste les había advertido:

—Si quieren visitar a las Reparadoras, será mejor que cada una lleve su silla.

—¿Tan pobre es la casa?

—Es normal y corriente vista desde fuera. Por dentro es..., ¿cómo lo diría? Mejor es que vayan y la vean.

Un mes después tomaban el hábito las tres postulantes que habían participado en todas las aventuras de la fundación. Desde Málaga, dos jóvenes insistían en solicitar la entrada en el Instituto. El sencillo piso de la calle de la Bola albergaba a una comunidad verdaderamente feliz.

Y, sin embargo, se imponía el traslado a otra casa más amplia. En aquella no podía desplegarse la actividad exigida por la misión del Instituto. Para colmo, una verdadera epidemia hizo presa en el grupo, sin duda alguna muy trabajado por varios meses de privaciones y sinsabores. La más afectada fue la superiora, la M. Sagrado Corazón. Sólo María del Pilar se mantenía como un roble, y ella buscó y rebuscó hasta dar con una vivienda aceptable. Estaba situada en Cuatro Caminos, en medio de un descampado, pero era amplia y ventilada.

Se mudaron el día 26 de mayo de ese mismo año.

La primera fiesta en Cuatro Caminos

La estancia en Cuatro Caminos sólo duraría algo más de dos años. Sin embargo, para una comunidad tan habituada a los cambios, fue un tiempo suficiente como para adquirir un extraordinario sentido de estabilidad.

Pocos días después de la mudanza tuvo lugar la primera gran celebración comunitaria.

—Padre, yo creo que ya es hora de que hagamos la profesión las más antiguas —dijo la superiora.

—Estamos preparadas desde hace casi seis meses —añadió María del Pilar—. El día 2 de febrero teníamos que haber hecho los votos nosotras dos y cuatro novicias más.

Pero el P. Cotanilla juzgaba que debía hacerse una fiesta muy especial para la profesión de las dos Fundadoras. A los demás también les pareció natural y justísimo realzar el carácter único de las dos hermanas en el Instituto. Pensaban en los acontecimientos pasados, y no podían menos de reconocer, con inmenso gozo además, que sin ellas no se hubiera hecho nada. La cronista oficial de la comunidad describió muy bien lo que todas sentían ante esta fiesta. “Se deshacían los corazones en acción de gracias al ver que la obra por la que tanto habían sufrido formaba ya sus cimientos”.

El día escogido fue el 8 de junio. La primera fiesta del Corazón de Jesús vivida en la historia del Instituto.

“Fijaos en los que habéis sido llamados”

“Mirad vuestra vocación, fijaos en los que habéis sido llamados. No hay entre vosotros muchos sabios según el mundo, ni muchos poderosos, ni muchos nobles... Ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir a lo fuerte”.

San Pablo escribía esto a los cristianos de Corinto. La M. Sagrado Corazón decía cosas parecidas a las novicias. Sus instrucciones eran conversaciones muy sencillas. Cada una se sentía interpelada directamente, como si las palabras fueran dirigidas a ella en especial.

—Después de las experiencias que hemos vivido, está claro que Dios quiere hacerlo todo por nosotras. Mejor saldrá, seguro. Si alguna de la Congregación se creyera alguien, a mí me daría verdadero miedo: pensaría que se está trastornando, que no está del todo bien de la cabeza. Pero si una llegara al extremo de creerse más que las demás, la cosa ya sería grave; sería cuestión de encerrarla por loca.

No había, por el momento, graves tentaciones en este sentido. Había, en cambio, “caridad fraterna no fingida”, cariño verdadero que excluía las emulaciones. Así escribió después una de las novicias: “una hermandad tal como la leemos de los primeros cristianos”.

Entre las que componían la comunidad había personas de distintas edades, de temperamentos diferentes, de muy diversa procedencia social. La culta y bien emparentada Concha Gracia y Parejo conversaba sencillamente con Isabel Requena, la antigua sirvienta de los Porras. Y las mismas Fundadoras compartían el trabajo de la casa con la que en otros tiempos había procurado evitarles el menor esfuerzo. Vistas desde fuera, las personas que componían aquel grupo eran diversas. Desde dentro, en la apreciación que la comunidad y cada una de sus miembros hacía de sí misma, eran todas iguales y se sentían “los más débiles instrumentos de la tierra” escogidos para una gran misión; sobre todo, criaturas insignificantes, pero llamadas, por pura gracia, al protagonismo maravilloso de una amistad muy especial *con* Dios.

Humanamente, en el grupo había elementos valiosos, de los que enriquecen una comunidad. Había jóvenes apenas salidas de la adolescencia, siempre dispuestas a reír, pero también a trabajar y a esperar en el futuro: diecisiete o dieciocho años tenían María de la Paz, María de San José, María de San Luis, María del Rosario... Había personas agudas, de conversación bien sazónada de humor, como aquella María del Amparo, a la que se podían dar bromas sobre su físico. Había mujeres capaces de realizar con éxito cualquier trabajo de artesanía, y también “juglares” que convertían en música y en poesía barata todos los lances de la vida diaria. En la comunidad, además de las Fundadoras, había otras dos personas que podían ser consideradas “escritoras” y, desde luego, cronistas: María de la Preciosa Sangre sacaba de cualquier situación un relato lleno de detalles sabrosísimos; María de los Mártires tenía un estilo muy expresivo; pero, como toda su persona, más erudito, más docto. (Cuando quería relatar algo sucedido en el siglo XIX, era casi seguro que sentía la necesidad de buscar sus raíces por lo menos en la Edad Media.)

Las primeras Esclavas eran, todas ellas, naturales de Córdoba o su provincia. La Providencia vino a reforzar el hondo sentido comunitario con la presencia de tres grupos de hermanas: además de las dos Porras Ayllón, había dos hermanas Gracia y Malagón (Luisa y Concha) y tres Rodríguez-Carretero (Carmen, Expectación y Pilar).

“Mirad cuál sea vuestra vocación”

La casa de Cuatro Caminos tenía un hermoso huerto, en el que pasaban buenos ratos de conversación. Lo que más les gustaba a todas era hablar sobre la vocación que habían recibido. Cuando leían el evangelio había un relato que les apasionaba: el de la última Cena. De ser artistas —no hubo pintoras entre las primeras Esclavas—, cualquiera de ellas habría querido representar la imagen de Jesucristo que bendice el Pan y el Vino y lo reparte entre sus discípulos anunciándoles su pasión y su muerte por amor. “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros”. También Cristo en la cruz, con el corazón abierto, remitiendo de nuevo a las últimas palabras del Jueves Santo: “Amaos... Nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos...”

—Nuestra vocación es una cuestión de amistad —explicaba a las novicias Rafaela María—. Jesús nos quiere especialmente sensibles al amor inmenso que El nos tiene, y que nos manifiesta, sobre todo, en la eucaristía.

Y esto quedó escrito clarísimamente en los primeros Estatutos de la Congregación. No se descuidaron en redactarlos las dos Fundadoras. Trabajaban en equipo con el P. Cotanilla; ellas le decían todo lo que querían vivir y él escribía. A veces, al leerlos, discutían los párrafos que no estaban claros.

Los repasaron mucho antes de presentarlos. Los leyeron a la comunidad.

*- Para responder a este amor inmenso de Jesucristo, dedicaremos nuestra vida a adorarlo en la eucaristía y a trabajar para que todos le conozcan y amen.
...enseñaremos la doctrina, especialmente a las niñas pobres, pero incluso a otras también necesitadas.
...recibiremos en nuestras casas a las personas que quieran hacer ejercicios espirituales.*

—Pues la que apenas sepa leer, poco va a poder enseñar a nadie —dijo una de las Hermanas más sencillas.

—Todo lo que puede hacer y haga una de nosotras —dijo la M. Sagrado Corazón— es como si lo hiciéramos todas las demás. Nuestro Instituto es como una familia. O como un cuerpo, y cada una de nosotras participamos, como miembros, en la vida y en las obras de los demás miembros. Pero para eso tenemos que estar unidas como los dedos de la mano.

—Madre —preguntó otra—: ¿no va escrito en los Estatutos nada de San Ignacio? ¡Hemos hecho muchos viajes por defender sus Reglas!

—Claro que sí. Esto es sólo un esquema, pero al final lleva una nota: “Para el gobierno espiritual y práctica de las virtudes tiene la Congregación las Reglas de San Ignacio de Loyola”. Más adelante ya tendremos unas verdaderas Constituciones, más extensas y detalladas que éstas.

A finales de agosto, los Estatutos ya estaban terminados. Se presentaron al cardenal, y éste los aprobó el día 21 de septiembre. Incluso con la nota final, la que se refería a las Reglas de San Ignacio.

Aquel año 1877 estuvo en verdad lleno de acontecimientos. Aunque siempre recordaron las primeras Esclavas el día 14 de abril, en realidad la fundación del Instituto fue una larga serie de pequeños y grandes pasos hacia su estabilización. La mayoría de ellos se dieron en el año que estamos relatando.

—Vamos a pedir al cardenal —dijo la M. Sagrado Corazón— que nos conceda tener la capilla pública, abierta a todos. Cuando celebramos la eucaristía y adoramos la presencia de Jesús entre nosotras, debemos sentir, más que nunca, que nuestro corazón no puede limitarse. Cada vez que recordamos las palabras del Señor: “Esto es mi cuerpo, que se entrega...”, tendríamos que desear abrimos al mundo entero y que todo el mundo se sintiera atraído hacia Él.

El cardenal Moreno concedió la licencia en seguida, a principios de septiembre. A partir de entonces, cada vez que se celebraba la eucaristía en la capilla participaban en ella otras personas, además de las religiosas.

Pero faltaba algo importantísimo, una licencia que no podía dar el cardenal: la de conservar, después de la misa, las formas consagradas.

—Esto no está en mi mano —decía el cardenal—, que, si estuviera, ahora mismo os lo concedía. Este permiso lo dan en Roma, y de allí todas las cosas suelen tardar.

El secretario del cardenal Moreno y el obispo auxiliar iban con frecuencia por la casa; eran visitas muy familiares. Todas se atrevían a hablar.

—Lo que más deseamos es el permiso para tener el Santísimo, porque Jesús en la eucaristía es el centro de nuestra vida —decía uno de esos días la M. Sagrado Corazón.

—Es el mayor regalo de nuestra vocación —añadió otra.

—Es la gran alegría, como el sol de nuestra casa —dijo todavía una tercera.

Entonces habló con su solemnidad habitual María de los Santos Mártires:

—Es vida del Instituto, como la raíz lo es del árbol, el cual se seca si aquélla falta. Pero, por la misericordia de Dios, esperamos que esto nunca sucederá, sino que el que lo plantó lo hará crecer en adelante...

* * *

El día 26 de septiembre se escribió a Roma para solicitar esta gran gracia.

“Humildemente postradas a los pies de Vuestra Santidad, encarecidamente le rogamos y suplicamos se digne concedernos la gracia inestimable de tener reservado en nuestra capilla, para nuestro mayor consuelo y principal objeto de nuestra reunión, a Jesucristo sacramentado”.

* * *

—De Roma, todas las cosas tardan —les decían los entendidos.

Y aunque esta vez no fue tanto, el plazo se les habría hecho muy largo si no hubieran ocurrido unos sucesos realmente extraños. Al capellán, sin quererlo, se le quedaban partículas de formas en la patena o entre los manteles del altar. Una, dos, tres y más veces...

—No sé qué me pasa, Manuel —decía el pobre sacerdote al portero, antiguo sirviente de los Porras—. Cuanto más cuidado pongo al limpiar la patena, más grandes son las partículas.

—Yo que usted no me apuraría tanto, señor cura —contestó Manuel—. Nací, como el que dice, en casa de don Ildefonso y siempre viví allí, y ya he aprendido que si las dos señoritas quieren algo, mayormente terminan por conseguirlo. Usted se empeña en que no queden partículas; pues mire usted lo que le digo: igual nos empeñábamos todos en Pedro Abad para que las señoritas no salieran de madrugada a casa de los pobres, ¡y se nos escapaban! Se lo aseguro a usted: si ellas quieren el Santísimo Sacramento, y esto va a tardar (lo del permiso ese que tiene que venir de Roma), ellas conseguirán que el Santísimo se les entre en la casa de otra forma. Y otra cosa le digo, si usted me quiere oír: si ellas rezan, me parece a mí que Dios las atiende, porque creo yo que Dios les tiene a ellas verdadera ley. ¡Si se la tenemos todos los que las conocemos! Que Dios no se queda con nada de nadie, y ellas se lo dieron todo a El; y yo le puedo decir a usted que no era poco...

—¿No es esto un milagro, Madre? —comentaban alegrísimas las novicias.

—Según se mire —dijo con absoluta naturalidad la M. Sagrado Corazón—. Dios hace todos los días cosas maravillosas para los hombres; pero de tan repetidas, esas cosas ya no nos asombran. El gran milagro es que Jesús haya inventado la eucaristía para nosotros; y casi tan extraordinario como eso es que haya puesto en nosotras el deseo de estar con El. Creo que en esto estamos todas de acuerdo: cuando Jesús está entre nosotras, El ilumina nuestra vida con una luz extraordinaria: estamos siempre de fiesta.

* * *

A mediados de octubre ya no hicieron falta más “milagros” ni el capellán tuvo que volver a lamentar- se de sus descuidos o su mala vista: el día 19 de ese mes recibieron de Roma la licencia para tener la reserva eucarística; el documento traía fecha del día 12.

* * *

Aquella casa de Cuatro Caminos quedaba lejísimos del centro de Madrid. El barrio no se parecía, ni mucho menos, a un suburbio, sino más bien a un descampado. Sin embargo, gentes más o menos vecinas se dieron por enteradas de la existencia de la comunidad. La casa empezó a ser un centro de evangelización mucho antes de tener las estructuras mínimas de la actividad apostólica del Instituto: allí no había un local adecuado para la enseñanza, ni mucho menos para recibir personas que quisieran hacer

ejercicios. Pero a pesar de todo acudían niñas a las que se enseñaba el catecismo, y también adultos que se sentían atraídos por la devota sencillez de la capilla y por la amabilidad de las Hermanas.

—Después tendremos nuestra casa más cerca de donde vive la gente, cualquier clase de personas a las que podamos comunicar esperanza, hablarles de que Dios las ama —la M. Sagrado Corazón hacía proyectos y soñaba al mismo tiempo en alta voz—. Haremos escuelas grandes, y recibiremos en ellas muchas niñas, sobre todo las más necesitadas, las que tienen menos posibilidades de ser educadas cristianamente. Y levantaremos una capilla, en la que el Señor atraiga a todos, donde El esté expuesto verdaderamente a la adoración de los pueblos.

El viaje de las reconciliaciones

Para completar la alegría, en el otoño de 1877 se llegó a una reconciliación total con la curia diocesana de Córdoba; mejor dicho, la reconciliación se hizo oficial, porque resentimiento no había ni en los eclesiásticos cordobeses ni en la comunidad peregrina. Zanzar aquel disgusto era un paso muy importante en el proceso de crecimiento del nuevo Instituto.

La protagonista principal de este hecho fue María del Pilar, que viajó a Córdoba en los primeros días de septiembre. El motivo del desplazamiento era económico, porque todos los bienes de la comunidad consistían en fincas situadas en la campiña cordobesa. Pero María del Pilar aprovechó la ocasión para darse una vuelta por la residencia de fray Ceferino y por todas las oficinas del obispado donde había clérigos que meses atrás habían intervenido más o menos en el asunto. Su actuación fue una auténtica filigrana, compuesta, a partes iguales de humildad, dignidad y diplomacia. En ningún momento se mostró María del Pilar arrepentida de anteriores decisiones, pero sí dispuesta a lamentar los sinsabores que, involuntariamente, ella y su hermana ocasionaron a aquellos señores.

La familia Porras en pleno la acogió con inmensa alegría. Doña Angustias Malagón la hospedó en su casa con el mismo amor con que lo hubiera hecho a sus propias hijas, María de Jesús y María de San José.

Cuando llegó la hora de la despedida, todos, eclesiásticos, familiares y amigos, sabían que no había de pasar mucho tiempo antes de que el nuevo Instituto se viera establecido, con todas las de la ley, en la ciudad.

Llegó la H. Pilar de vuelta a Madrid mediado el mes de octubre. Además de la Hermana que la había acompañado en todo el viaje, iban con ella María Manuela y Ana María de Baeza, dos malagueñas que se incorporaban a la colonia andaluza que vivía en Cuatro Caminos, y dos niñas de pocos años, precedente muy remoto de lo que luego serían las alumnas internas de los colegios del Instituto.

Las anécdotas de aquel viaje animaron muchas recreaciones en tardes de otoño pasadas en la huerta de Cuatro Caminos. María del Pilar, aparte de contar con buenos argumentos, tenía un bonito decir, muchas veces chispeante y algunas otras conmovedor. No se cansaban de escucharla cuando contaba la entrevista con fray Ceferino, que hizo lo que pudo por “endulzar su austero carácter”. Se reían a carcajadas cuando describía su atuendo, la pobreza de sus vestidos, que la hacían irreconocible a personas muy allegadas o que movían el ánimo de otros a hacerle limosnas.

“Vosotras, las Fundadoras...”

Al recordar tantas cosas ocurridas en el espacio de pocos meses, Rafaela María y Dolores bendecían la providencia de Dios, que, a través de los acontecimientos, las había conducido casi sin darse cuenta. En 1877 no se había escrito todavía nada parecido a una crónica del Instituto, pero en realidad éste tenía ya su historia, y sagrada además.

Como la del pueblo de Israel, esa historia, antes de ser un libro, fue una tradición amada y evocada repetidas veces por una comunidad.

—Aunque todos los institutos son de Dios, tienen fundadores —decía un día María del Pilar—, es decir, santos que por inspiración divina concibieron algún proyecto y después lo pusieron en práctica.

—¿Y a quién se le ocurrió por primera vez lo que iba a ser el nuestro? —preguntó una de las últimas novicias.

—Que yo sepa, a nadie —contestó María del Pilar—. No salió adelante el proyecto del arcediano, ni el de don Antonio, ni el del obispo... Pero, a fuerza de deshacerse planes, se realizaba el plan del Corazón de Jesús.

—Pero vosotras, las Fundadoras... —empezó a decir una de las más antiguas.

— ¿Nosotras fundadoras? —respondieron casi al tiempo las dos hermanas—. Nosotras lo hubiéramos echado todo a rodar. Jesucristo es el Dueño del Instituto, y de su Corazón nació esta familia y El la llevará adelante siempre, aunque sea con hechos en apariencia negativos.

—Madre —dijo una todavía—, todo eso es verdad, pero ustedes sois para mí verdaderas fundadoras —mezclaba el “tú” y el “usted” como muchos andaluces y además ahora se estaba emocionando al hablar—. Yo no habría seguido a otras personas con aquel plan que parecía una locura; y estoy segura de que tampoco lo habrían hecho las demás. Queráis o no, sois fundadoras.

—Nosotras somos sólo los cimientos —respondió la M. Sagrado Corazón.

—Tanto me da el nombre de fundadoras como el de cimientos —siguió porfiando la más discutidora.

—Pues no es igual —dijo con profundo convencimiento la M. Sagrado Corazón; en realidad había pensado y repensado en muchas ocasiones lo que ahora iba expresando—. Es completamente distinto. Un cimiento no pretende dirigir una construcción; ni siquiera elige el lugar en que va a colocarse. Un cimiento, los cimientos son colocados, y por cierto, bien hondos... Son piedras consistentes, pero rotas y apisonadas..., porque, en realidad, no interesa que se vean.

En el grupo se había hecho un silencio muy denso, en el que rebotaban, haciendo eco, estas palabras.

—Nuestro edificio, el Instituto, va a ser muy hermoso —terminó con acento más festivo la M. Sagrado Corazón—, y es preciso que nosotras, todas nosotras, las que hemos participado en la fundación y las que vendrán después, estemos dispuestas a dejarnos apisonar. Pero lo más importante, lo verdaderamente necesario, es que nos dejemos en las manos del único constructor sabio.

En el paseo del Obelisco

En julio de 1879, la comunidad se trasladaba al paseo del Obelisco. Comprar una casa fue como un síntoma de la absoluta estabilidad de la fundación. Pero había otros datos mejores para valorarla: a lo largo de los dos años pasados en Cuatro Caminos fueron haciendo los votos de pobreza, castidad y obediencia todas las que habían participado en los azares de 1877.

Los años que siguieron verían el florecimiento y expansión del Instituto y la maduración progresiva y constante de Rafaela María Porras Ayllón. En 1880, el Instituto contaba con 33 religiosas, y cinco años después, al solicitarse el Decretum laudis, casi se había triplicado el número, y se habían establecido casas en Córdoba, en Jerez, en Zaragoza y estaba a punto de abrirse la de Bilbao. Aquellas primeras niñas que acudían a Cuatro Caminos a recibir catequesis habían aumentado considerablemente; sólo en Jerez había ya más de 300.

Mientras el naciente Instituto conseguía afianzarse cada vez más, en España se vivían los primeros años del reinado de Alfonso XII, casado en 1878 con María de las Mercedes, viudo unos meses después y vuelto a casar en 1879 con María Cristina de Habsburgo.

Era lo que se dice un real mozo. Pero su buena voluntad no bastaba para solucionar los problemas de España, que eran muchos y muy variados. Diversas personas, desde distintos intereses y ángulos de visión, intentaban solucionarlos:

Giner de los Ríos se preocupaba del problema de la enseñanza. Buscaba nuevos caminos, métodos activos y apertura a la realidad. Fundó la Institución Libre de Enseñanza un año antes que Rafaela María y Dolores se vieran aceptadas en Madrid por el cardenal Moreno.

Pablo Iglesias quería sacar de su marginación al mundo obrero. Fundó el PSOE en 1879, el mismo año que las Esclavas se trasladaron a su casa definitiva del paseo del Obelisco, en donde, por cierto, fueron vecinas de la Institución Libre.

Cánovas del Castillo buscaba una fórmula mágica para acabar con la inestabilidad política. Y creó un partido conservador, inspirando también la creación de un recambio liberal para los momentos en que España estuviera demasiado cansada de conservadurismo.

Menéndez Pelayo empleaba la erudición al servicio de su búsqueda apasionada de las raíces de España. En 1880 empezaba la publicación de la *Historia de los heterodoxos españoles*.

Córdoba

En 1880, con la seguridad de los Estatutos definitivamente aprobados por el cardenal Moreno, la M. Sagrado Corazón se decidía a realizar la fundación de Córdoba. En los años anteriores, la M. Pilar había tenido que hacer varios viajes tratando de vender algunas de sus fincas. Eran tiempos difíciles para las explotaciones agrarias, y las tierras se depreciaban, máxime cuando la administración tenía que llevarse por terceras personas. Las dos hermanas no se anduvieron con contemplaciones a la hora de desprenderse de las propiedades familiares. Una vez más, tíos y hermanos se lamentaron de ciertas enajenaciones, que eran, a sus ojos, malbaratar las buenas tierras recibidas en herencia de sus padres.

El motivo económico aceleró los pasos hacia el establecimiento del Instituto en Córdoba. En agosto, la M. Sagrado Corazón se dirigía al obispo en una de aquellas instancias oficiales, cuyo estilo llegó a hacerse casi familiar. Pedía a fray Ceferino licencia para “fundar en su propia patria” una casa filial de la Congregación, “canónicamente establecida en la villa y corte de Madrid”. Mucho había llovido sobre Córdoba para que el obispo acogiera con verdadero agrado aquella “filial”. Pero así fue. Y, en consecuencia, “la ciudad donde tuvo su origen” fue la primera adonde se extendió el Instituto “para dar gloria a Dios cumpliendo sus fines: la adoración al Santísimo Sacramento, instrucción gratuita a las niñas pobres y demás que se expresan en las Constituciones que a ésta acompañan” (“ésta” era la instancia). En verdad que el obispo que las recibió con las Constituciones por delante, se manifestaba bastante cambiado respecto al prelado que tres años antes las había puesto en la necesidad de emigrar a causa de las Constituciones precisamente.

Fray Ceferino, no contento con dispensarles una cariñosa acogida, les cedió *gratis et amore* nada menos que una iglesia: la de San Juan de los Caballeros.

¿Cuántas veces habrían entrado en ese templo, siendo niñas y jóvenes, las dos Fundadoras?

A la M. Sagrado Corazón le subieron los colores a la cara al enterarse del gesto del obispo. Como a todas les emocionó, ninguna se paró a pensar que para la superiora la cosa era muy especial. Porque Rafaela María pensó en la entrega de sus quince años,

en su primer y definitivo voto de castidad. Aquella donación episcopal al Instituto era para ella como un regalo personal que Dios le hacía.

En el mes de octubre de 1880 se establecía, en la plazuela de San Juan, la primera comunidad de Esclavas; pocos metros las separaban de la calle de San Roque, de su antigua casa. Muchos kilómetros de la casa del Obelisco, de la comunidad de Madrid. Fue la primera separación, pero más bien la ocasión de estrechar los profundos vínculos de fraternidad que unían a los miembros del Instituto.

También las dos hermanas Fundadoras vivieron separadas a partir de entonces. María del Pilar fue superiora de Córdoba, y empezó a compartir con la M. Sagrado Corazón una especie de liderazgo espiritual sobre las primeras Esclavas. Para todas ellas, Rafaela María siguió siendo la superiora principal del Instituto. Pero las que pasaron a Andalucía se acostumbraron pronto a respetar y admirar el estilo religioso personal de María del Pilar.

Para entonces ya había en Córdoba una comunidad de jesuitas. Por cierto bastante cerca de la plaza de San Juan, en el convento anejo a la Real Colegiata de San Hipólito.

La M. Sagrado Corazón estaba contenta con la fundación y con las noticias que le llegaban de las Hermanas. La comunicación epistolar fue muy frecuente y contribuyó a mantener la unidad entre las dos casas.

La fundación cordobesa se consolidó en seguida. La ciudad estaba encantada. La iglesia de San Juan fue restaurada y abierta al público el día 2 de febrero de 1881. Cuando los amigos se llegaban al templo recordaban como una pesadilla los sucesos de cuatro años atrás. En seguida se abrió una escuela, a la que asistían bastantes niñas. Y Córdoba y su provincia seguían abasteciendo de vocaciones al Instituto.

Jerez de la Frontera

Ya en 1882 se pensó en otra casa. No sobraba el personal y tampoco abundaban los medios económicos, pero en Jerez de la Frontera había una verdadera necesidad, que, con sacrificio desde luego, podía y debía ser atendida. Y en Jerez pusieron sus ojos las Fundadoras.

Llegaron a la ciudad en los primeros días del año 1883, y el día 8 de enero abrían las puertas de su casa a más de cien niñas pobrísimas y verdaderamente necesitadas de educación cristiana. La M. Sagrado Corazón había dirigido los trámites de la fundación, aunque la ejecutora del proyecto había sido, como otras veces, la M. Pilar. Las gestiones habían durado cerca de un año, y no se habrían dado por terminadas de no existir una urgencia muy particular: si no se inauguraban las escuelas en seguida, las niñas se irían a un colegio protestante. Las dos Fundadoras recordarían, sin duda, al arcediano de Córdoba y, en general, a aquellos eclesiásticos que habían visto en la creación de un centro educativo “un medio poderoso de regeneración social”.

En Jerez se había buscado afanosamente una casa capaz de acoger con mediana holgura a la comunidad y a las niñas. La M. Pilar echó el ojo a un inmueble contiguo a la iglesia de la Trinidad. Pero las gestiones no habían llegado a su término, y la primera comunidad hubo de acomodarse como mejor pudo en una casa “reducidísima y pobre”, en un extremo de la población. Jerez respondió pronto al interés de aquellas Hermanas: el número de alumnas creció en los años que siguieron, y el ejemplo de las primeras religiosas suscitó entre las jóvenes jerezanas un movimiento de vocaciones para el Instituto.

En el verano de 1883, la comunidad se trasladó a una casa más amplia, en la calle Medina, cerca de la iglesia de la Trinidad. La pobreza extrema de los tiempos de la fundación había contribuido a arruinar la salud y la vida de algunas Hermanas. Pero lo mismo éstas que las que las relevaron estaban convencidísimas de que había merecido la pena el esfuerzo. Aunque muy contentas con el traslado, todas recordarían siempre el medio año pasado en la calle del Porvenir, cuando desde la cama, a través de las grietas

del techo, podían ver la bóveda del firmamento, mucho más hermosa que la de la catedral de Sevilla.

Mirando a Roma

En noviembre de 1880, las Fundadoras comenzaron las gestiones para la aprobación del Instituto por parte de la Santa Sede. El día 21, la M. Sagrado Corazón presentaba al nuncio la instancia que dirigía al papa León XIII. Pensaba ella y todas que éste había de ser un asunto fácil y que llegaría a su conclusión en breve tiempo. En realidad no fue así, y a lo largo de años las Fundadoras pudieron experimentar que con mucha razón se llamaba a Roma “Ciudad Eterna”. Les urgía la aprobación, porque veían en ella el único medio radical de que en determinados ambientes se olvidasen para siempre las circunstancias del origen del Instituto. Las primeras Esclavas fueron poco aficionadas a darle vueltas al asunto, sobre todo con explicaciones que pudieran resultar ofensivas para otras personas. “Dejemos a la sabiduría y equidad benditísimas de Dios el misterio de la cosa...” La M. Pilar escribió estas palabras años más tarde, pero en sustancia eran las mismas que las dos Fundadoras habían venido repitiendo desde que empezaron a vivir como comunidad independiente. Sin embargo, esta opción por un silencio respetuoso sólo era posible si los demás implicados (obispos, religiosos, eclesiásticos en general) aceptaban también, dentro del misterio de la Providencia, el nacimiento del Instituto de “Reparadoras del Corazón de Jesús”. Y, para esto, nada como una declaración pontificia. Si Roma hablaba, la causa estaba decidida.

Roma tardó más de cinco años en hacerlo; pero, comparado con el ritmo seguido en la aprobación de otros institutos, la velocidad romana fue casi supersónica en esta ocasión.

Las raíces de un problema

Para estas fechas, la M. Sagrado Corazón ya tenía fama de santa en la comunidad. Una santa sencilla, muy familiar. (¿Cómo se la iban a imaginar sobre un pedestal en la iglesia?) A ninguna le hubiera extrañado que hiciera incluso milagros, si con ellos podía aliviar a alguien, animar, alegrar.

Si a cualquiera de las primeras Esclavas se le hubiera preguntado cuál de las dos hermanas era la fundadora principal, no habrían sabido qué responder. Si la pregunta hubiera sido cuál de las dos era más necesaria para la marcha del Instituto, tampoco. Si, por último, les hubieran interrogado acerca de sus preferencias afectivas hacia una u otra, las respuestas ya se habrían dividido, pero dentro de un profundo cariño que las abarcaba a los dos, aunque el que tenían a Rafaela María era, además, auténtica veneración.

A partir de las fundaciones de Córdoba y Jerez, la existencia de varias casas, y la consiguiente separación de los miembros de la primera comunidad, fue ocasión de que se manifestaran ligeras y normales diferencias de opinión ante los asuntos cotidianos. Los azares del establecimiento del Instituto habían sido algo así como un “estado de sitio” en el que no había tiempo de caer en la cuenta de pequeños detalles. Ahora la situación iba estabilizándose, y la M. Pilar volvía a sentir la tendencia a organizar no sólo la vida propia, sino también la de su hermana. De palabra y por carta hacía continuas observaciones a la M. Sagrado Corazón. La paciencia de ésta era muy grande, pero no le ahorraba la molestia de sentir, cuando menos, una crítica demasiado constante para ser constructiva. La M. Pilar sabía, naturalmente, que no era la superiora principal del Instituto, y su propia supervaloración, no confesada, subconsciente, le producía un cierto malestar ante algunas determinaciones de su hermana.

Uno de los últimos días de julio de 1883, cuando acababa de volver de un viaje por las casas de Andalucía, la M. Sagrado Corazón leía una carta de la M. Pilar:

“Aún me duele el corazón del viaje de usted por lo que yo le he dado que sufrir y lo torpe que he estado en todo, aunque sin mala intención, por lo cual espero que Dios nuestro Señor lo hará redundar en mayor gloria suya y bien de la Congregación. Yo, por mi parte, puedo asegurar a usted con toda verdad que ni recelo de usted ni de nadie, ni desconfío, y que si algo he dicho es porque me irrité y no me sé dominar; pero pasado, no me queda sino pesar”.

La M. Sagrado Corazón se detuvo, recordando los sinsabores de los días pasados en Jerez. Habían sufrido las dos hermanas el dolor de la muerte de una joven religiosa en la que tenían puestas grandes esperanzas:

la M. María de Santa Teresa, que había descansado en paz después de una vida corta, pero muy trabajada, teniendo el consuelo de vivir sus últimos momentos rodeada de la solicitud y la ternura de las dos Fundadoras. Pero esta pena, grande sin duda, era de las que consuelan en el recuerdo. Y, en cambio..., había habido mil pequeños detalles molestos, difíciles de explicar a las personas que no conocieran de siempre la complejidad de las relaciones entre las dos hermanas. Casi nadie se apercebía de aquellas menudencias que la dejaban dolorida: gestos de impaciencia o malhumor, divergencia de opiniones manifestada con violencia. La M. Sagrado Corazón no podía menos de sentirse insegura ante esas manifestaciones de su hermana. Y ésta después sentía lo impropio de su conducta, reconocía que “había hecho sufrir, aunque sin mala intención”.

Leyó de nuevo la carta, y perdonó como tantas otras veces, sin dejos de amargura. Luego se quedó pensando, reviviendo los días, no muy lejanos, de la adolescencia y la juventud.

* * *

Hasta donde Rafaela María alcanzaba en sus recuerdos, su vida había sido, por lo menos exteriormente, sumisión. Y no es que le faltaran iniciativas, pero las circunstancias y la voluntad de su hermana se habían impuesto siempre. La familia estaba acostumbrada a mirarla como una especie de lote humano inseparable, y la misma Dolores parecía haberse convencido de esto. De todas formas, para ella no resultaba especialmente molesto. Imponía su criterio en todas las cuestiones de economía doméstica, para las que se sentía muy capacitada (y cierto, había llegado a serlo por la práctica, una práctica que Rafaela nunca tuvo ocasión de adquirir). A Dolores le encantaba ir a todas partes con su hermana, siempre que ésta aceptara el papel de adolescente tímida que entre todos le habían adjudicado. En muchas ocasiones, Rafaela había sentido algo así como rebeldía, pero estaba habituada a ceder y a renunciar a sus gustos por evitar malos ratos en la casa. En realidad, este ejercicio, muy frecuente, había sido su ascética juvenil, sobre todo mientras vivió doña Rafaela: su hija menor la adoraba, y hubiera soportado cualquier cosa por ahorrarle un disgusto.

El dúo Dolores-Rafaela María había sido el orgullo de la familia. Las preferencias de hermanos, tíos, primos, e incluso sirvientes, se dividían. A Antonio le encantaba la desenvoltura y la gracia chispeante de Dolores; Ramón quería con predilección a Rafaela. Había, a veces, discusiones entre las doncellas destinadas al servicio personal de cada una.

Rafaela no había hablado nunca con su hermana a niveles de experiencia religiosa. Durante años se limitó a observarla para leerle en el rostro los movimientos de su espíritu. Cuando en 1865 Rafaela hizo voto de castidad, le daba la impresión de que Dolores se inclinaba al matrimonio. La vio luego cambiar poco a poco, y después de la muerte de su madre le pareció claro que sus proyectos de futuro coincidían casi enteramente. Por lo pronto, las dos estuvieron de acuerdo en simplificar la vida y reducir los niveles de confort a que estaban acostumbradas. Con igual generosidad emprendieron un camino austero y dilapidaron el caudal recibido en herencia. Se

entregaron a los pobres: la amabilidad que derrocharon con ellos era de la mismísima marca. Cuando se marcharon del pueblo dejaron en él un recuerdo imborrable; para los que ellas habían socorrido, no hubo ni Rafaela ni Dolores; siempre fueron, sin más, “las señoritas”.

Aun en esos días de heroísmo evangélico había habido pequeñas dificultades de convivencia, compatibles con un cariño natural muy verdadero. A Dolores le sobraba solicitud por su hermana, pero le faltaba aprecio de sus cualidades reales; unas cualidades ensombrecidas, en parte, por el constante protagonismo de la mayor.

Cuando llegó el momento de seguir la vocación religiosa, Rafaela tuvo dudas sobre la oportunidad de emprender un nuevo camino unida a su hermana. No porque ella se sintiera llamada a una vida contemplativa y juzgara más activa a Dolores, sino por evitar las ocasiones de roce y discrepancia que se derivaban no sólo de la diversidad de temperamentos, sino de una ya larga historia vivida en común. A Dolores, en cambio, ni le pasó por la mente la cuestión. Como en tantas ocasiones anteriores, se impuso su idea, y con naturalidad además. La dirección espiritual de don José María Ibarra y luego los planes de los eclesiásticos cordobeses apuntaban en la dirección que unía cada vez más a las dos hermanas. El encuentro con don Antonio Ortiz Urruela acabó de afianzar, a niveles religiosos, la unión que aquellas dos personas, tan distintas, habían vivido desde su más temprana infancia. Recorrerían siempre los mismos o parecidos caminos: juntas salieron de Pedro Abad, estuvieron en el convento de Clarisas de Santa Cruz y en el noviciado de María Reparadora...

Cuando Rafaela recordaba los episodios del origen del Instituto, se asombraba de haber podido vivir serenamente situaciones que tanto contrariaban su forma de ser. De dos cosas estaba plenamente convencida: no había pretendido en todo ello más que hacer la voluntad de Dios; jamás se había apoyado en seguridad alguna que no fuera la confianza en su Señor. Y en esta actitud le sorprendió su primer nombramiento de superiora. Rafaela aceptó, pero con la sensación de que le había ocurrido algo raro; algo que, buscando precedentes en su historia anterior, parecía contra naturaleza. Y, aunque pudiera juzgarse extraño, Dolores estuvo de acuerdo con la elección. Sabía que sólo podía dirigir a aquel grupo una de ellas dos, y era claro que Rafaela tenía mayor sosiego para dedicarse a las novicias. Pensó Dolores, y así lo trató con don Antonio Ortiz, que su hermana, ocupada en la tarea de formación, delegaría de muy buena gana en ella todos los demás negocios. Y en esto último acertaba.

* * *

La M. Sagrado Corazón puso fin al hilo de sus recuerdos volviendo los ojos a la realidad actual. En Córdoba y en Jerez, como en Madrid y como antes en la peregrinación de los primeros días, un puñado de personas tenía los ojos fijos en ella y su hermana. “Dios permite que no vean nuestros defectos”, había dicho en una ocasión María del Pilar. Era verdad. Las dos debían esforzarse en disimular dificultades que por ahora no pasaban de pequeñeces. Leyó de nuevo las últimas frases de la carta de su hermana: “Lo que yo le he dado que sentir... espero que Dios nuestro Señor lo hará redundar en mayor gloria suya y bien de la Congregación...” Tenía razón. ¿Qué otra cosa buscaban?

Cartas familiares

El tiempo pasado desde que Rafaela María, en 1876, comenzara a actuar como guía espiritual, no le había hecho creerse capaz de dirigir ni sostener a nadie apoyada en sus propias fuerzas. Experimentaba a cada momento que sólo Dios realizaba la transformación progresiva de aquellas que había puesto en sus manos. En lo humano, sin embargo, no podía menos de advertir que, lejos del ambiente familiar, en el que se la había juzgado tímida, su capacidad de relación y comunicación era mayor cada día. Ni

podía negar el ascendiente que sus palabras tenían sobre todas las que convivían con ella.

Cuando terminaban el noviciado, las Hermanas le escribían muchísimo, sobre todo las de Córdoba desde que la M. Pilar hubo de ausentarse con frecuencia para atender a la comunidad de Jerez. A todas respondía y para todas tenía las palabras justas. “Sus cartas me alegran, porque la veo llena de buenos deseos, Y las obras, ¿corresponden?, escribía a una de estas Hermanas. “Me alegro que esté tan fervorosa; pero tan diligente ha de ser cuando rebosa de alegría como cuando se ve con el agua hasta el cuello, ¿eh? Cuidadito con el geniecito; que éste no vea esas tierras, ¿oye?” Las que recibían cartas como ésta no las juzgaban, ni por un momento, formularias. (En qué formulario epistolar se encontrarían tantos deliciosos diminutivos, tantas interrogaciones cariñosas? Eran las palabras mismas de la M. Sagrado Corazón, que, por fortuna para ellas, escribía lo mismo que hablaba. Y todas se creían a sí mismas objeto de algún género de predilección, y sabían que eran sinceras recomendaciones como ésta: “Que me escriba mi Santa Victoria, y le conste que no la olvido delante del Señor”.

Un día de enero de 1884 decidió escribir una carta general a todas las Hermanas de Córdoba. No se daba cuenta que sus palabras iban a trascender más allá de esa comunidad y de ese año. En realidad, las había repetido, más o menos, en otras muchas ocasiones.

“Ahora, queridas mías, que aún estamos en los cimientos, ahondémoslos bien, que los vendavales que después vengan no derriben el edificio, y todas a una para que no quede por ningún lado rendija al diablo por donde pueda meter la uña de la desunión. Todas unidas en todo, como los dedos de la mano, y así saldremos con cuanto queramos, porque a Dios nuestro Señor tenemos por nuestro.

Démosle todo, todo el corazón a Dios. No le quitemos nada, que es muy chico y El muy grande; y no arrugado, sino rollizo, lleno todo de amor suyo y nada del nuestro propio. Acrecentemos el celo de las almas; pero no por ocho o por diez, sino por millones de millones, porque el corazón de una Reparadora no debe circunscribirse a un número determinado, sino al mundo entero, que todos son hijos del Corazón de nuestro buen Jesús y todos le han costado su sangre toda, que es muy preciosa para dejar perder ni una sola gota”.

Le salió una carta muy larga. Pero las destinatarias llegaron casi a sabérsela de memoria.

* * *

—Madre, quisiéramos que se fuera una temporada de Madrid —dijeron las Hermanas días después.

—Qué dice, Hermana?

—Que quisiéramos que se fuera de viaje y nos escribiera una carta larga...

—Madre, ¿qué les decía a las de Córdoba? Están todas contentísimas.

—También las de Jerez, porque les han mandado copia.

—Nada de particular —contestó la M. Sagrado Corazón—. Eso mismo que siempre repito: que somos muy pequeñas, pero que lo podemos todo si nos apoyamos en Dios. Y que a El lo tendremos ganado mientras permanezcamos unidas. Y no sé, un medio sermón que me salió el otro día. Cuando me vi ante el papel, primero pensaba en la comunidad de Córdoba, y les escribía a ellas. Luego... fue como si mirara más allá, como si viera a todas las que están de camino, a las que vendrán en el futuro y formarán parte del Instituto. Si ahondáramos ahora bien los cimientos...

La muerte del cardenal Moreno y el inicio de la obra de Madrid

Dos cosas importantes ocurrieron en 1884: una, la muerte del cardenal Moreno; otra, el comienzo de la obra de la iglesia de Madrid.

Cuando la M. Sagrado Corazón supo que había muerto el cardenal, organizó un verdadero duelo solemne. La campanita de la capilla de Madrid dobló nueve días seguidos; como era tan pequeña, lanzaba al aire sonidos muy atiplados, que no se sabía si eran de luto o de gloria. En las tres casas del Instituto se hicieron funerales por un prelado tan importante como aquél (era primado de la Iglesia española); pero, sobre todo, por un bienhechor que les había permitido nacer a una vida oficial. “Dios nos dé un buen sustituto”, escribió en seguida la M. Pilar, temblando ante la idea de que fray Ceferino fuera el nuevo cardenal de Toledo. ¡Y lo fue! De nuevo el prelado dominico se vio incorporado a la historia del Instituto, informando a la Santa Sede, en términos muy positivos por cierto, sobre los sucesos de Córdoba en 1877.

En otoño se puso la primera piedra de la iglesia. Su construcción iba a durar más de dos años y costaría muchos disgustos, pero de momento era una gran alegría. La M. Sagrado Corazón soñaba con ese templo en el que Cristo atraería a tantas personas y en el que tantas generaciones de novicias habían de hacer su consagración al Señor. Y no era sólo el templo: se trataba de todo un plan de ampliación de la casa, que resultaba ya, a ojos vistas, insuficiente.

—Entre todas vamos a ayudar a Dios a hacer su casa —expuso la M. Sagrado Corazón a la comunidad—. También podríamos ahorrar jornales con nuestro trabajo; pero esto, de momento, no es posible, porque la obra está ya ajustada. Lo que yo quisiera es que cada una de nosotras colabore en esta construcción, para demostrarle al Señor el deseo de que esté en una iglesia mejor, más amplia; le ofreceremos nuestro trabajo y nuestro cansancio para obligarle a que nos ayude a poder terminar la obra que hoy empezamos.

Todas querían contribuir, todas acogieron la idea con entusiasmo. Lo hacían en un silencio absoluto, en parte para no ser oídas al otro lado de la tapia, pero además para que todo su esfuerzo fuera una verdadera oración. El final y el principio de cada día estaba marcado por aquella actividad un tanto fantasmal. Unas removían la tierra, otras llevaban espuelas o carritos con arena. Los corazones de todas golpeaban alegremente pensando que aquellos afanes eran las primeras alabanzas que habían de cantarse al Señor en su templo.

Por la mañana, los obreros se admiraban del progreso.

—No nos dejarán en el paro, ¿eh, Madre?

—Espero que no —decía la M. Sagrado Corazón sonriente.

—Calla, hombre —dijo otro—. Si nuestro jornal va a ser el mismo y ellas tienen gusto en trabajar...

—La ventaja es para nosotros. Como podemos descansar un poco por lo que ustedes han adelantado, echaremos un cigarrito a su salud.

Hay que cambiar de nombre

A comienzos de 1885, las Fundadoras recibieron una notificación de Roma: debían cambiar de nombre; el de “Reparadoras” se prestaba a confusión con el que llevaba otro Instituto más antiguo.

Era una contrariedad. Las “Reparadoras del Corazón de Jesús” iban siendo ya muy conocidas en España, sobre todo en las tres diócesis donde tenían casa y en las dos en las que muy pronto habían de fundar una nueva comunidad: Zaragoza y Bilbao. La cuestión del nombre, que en sí no era esencial, revelaba además que aún existía mar de fondo. En Roma o en España, alguien seguía pensando en el origen azaroso del Instituto,

y veía en él una especie de lacra que no quedaba contrarrestada ni siquiera con la ejemplar conducta posterior de las religiosas.

Desde hacía años habían ido llegando a Roma sucesivos informes favorables a la fundación; uno de los más explícitos, precisamente, el de fray Ceferino. Junto al suyo estaban los informes de los obispos de Segorbe, Santander, obispo auxiliar de Madrid... Todos elogiaban a las Hermanas y se hacían lenguas de “la caridad fraterna” y del “prudente celo” de las superiores. Decían los obispos que estaban “animadas de un espíritu evangélico admirable, del cual han dado y dan pruebas en el celo tan laudable que se toman por la educación... y en la adoración a Jesús Sacramentado”. Pero el cardenal Ferrieri, que era el prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, determinó detener el asunto de la aprobación hasta que el Instituto estuviera más extendido y, desde luego, hasta que cambiaran de nombre.

Los amigos de las “Reparadoras” se sintieron contrariados. Incluso algunos obispos no veían la necesidad del cambio ni les parecían convincentes las razones alegadas. Una de ellas, la de una posible confusión con la Sociedad de María Reparadora, era verdaderamente bien poco sólida; entre los institutos ya aprobados por la Iglesia había múltiples nombres parecidos, sin que de ello se siguiera ningún inconveniente. En cuanto a las razones teológicas que aconsejaban abandonar el nombre de “Reparadoras”, el menos convencido era el P. Cotanilla.

La M. Sagrado Corazón recibió consejos contradictorios de muy diversas personas. Y al fin, con un verdadero instinto, siguió las orientaciones de monseñor Della Chiesa, aquel joven secretario de la nunciatura que tanto prometía. En octubre de 1885, la Madre firmaba una de las innumerables instancias de su vida, dirigida ésta al prefecto de la Sagrada Congregación. Explicaba con todo detalle, pero sobre todo con absoluta precisión y claridad, el origen del Instituto. Se ofrecía de buena gana a cambiar la denominación que distinguía a éste y por último suplicaba ardientemente que les fuese concedido el *Decretum laudis*.

No quedaba ya más que orar y esperar. Y mientras, animar y encauzar la vida de las comunidades, que seguía creciendo y tomando cada día nuevos impulsos.

Zaragoza

En otoño de 1885 llegaba la M. Pilar a Zaragoza para abrir otra casa. La ciudad vivía unos momentos difíciles. El cólera hacía estragos en la población.

Como en años pasados, gozaron de la hospitalidad de algunas comunidades religiosas. Las dos Fundadoras tenían verdadera amistad con la M. Vicenta María López y Vicuña, fundadora de las del Servicio Doméstico. La superiora de la comunidad de Zaragoza les ayudó a encontrar una casa amplia, aunque viejísima y destartada. La M. Pilar la alquiló por un año y empezó a hacer las acomodaciones imprescindibles para recibir a las que habían de formar la nueva comunidad.

La M. Pilar solía decir que en Zaragoza la Virgen lo había arreglado todo; incluso la escasez de medios económicos. El cardenal Benavides les concedió en seguida licencia escrita de fundación y luego reconoció como pública la primera capilla, instalada en un local muy reducido. No se arrepentiría el cardenal ni sus sucesores en la archidiócesis: pocas iglesias del Instituto han tenido un culto más digno, y sobre todo más lleno de vida, que la iglesia de la calle Mayor de Zaragoza.

La M. Pilar y su acompañante protagonizaron una anécdota preciosa en esos días. En la casa de las religiosas del Servicio Doméstico había entrado el cólera. Murió una de las colegialas y enfermaron algunas de las Hermanas, y las que escaparon al contagio estaban rendidas con la asistencia continua y las velas nocturnas.

—Si yo estuviera sola en Zaragoza —pensaba la M. Pilar—, me ofrecería a la M. Vicenta para ayudar a cuidar a sus enfermas. Pero la M. María del Salvador querrá acompañarme; y es muy joven, y no puedo ponerla en peligro de contagiarse.

Pensaba la M. Pilar que ella no habría tenido valor para comunicar a la M. Sagrado Corazón la muerte de María del Salvador; era bien conocido el extraordinario cariño que le tenía a esta religiosa, que además era de salud delicada.

—Si no estuviera conmigo la M. Pilar —pensaba la M. María del Salvador—, yo le diría a la M. Vicenta que cuente conmigo en estos momentos de apuro. Pero la M. Pilar no va a consentir que yo haga esto. Y además vendría conmigo, y no quiero pensar que se contagiara. Si yo me muero, poco pierde el Instituto; pero ella, que es Fundadora, hace mucha falta. ¿Cómo le diría yo a la M. Sagrado Corazón y a cualquiera de las demás que la M. Pilar ha caído con el cólera?

Y las dos rumiaban en silencio sus pensamientos. Había tiempo sobrado para hacerlo, porque no tenían otra ocupación que la de esperar el fin de la epidemia, y después la llegada de las Hermanas destinadas a la fundación. Vivían ya en la casa alquilada en la calle Mayor.

Una mañana, la M. Pilar amaneció un poco indispuesta. María del Salvador se asustó. Pensó, como era natural, en el fantasma del cólera. —No, María —la tranquilizó la M. Pilar—; es sólo la cabeza, que se me pone incapaz; mañana ya estaré bien. Poco después, María del Salvador salía para hacer un recado urgente que le encomendaba su superiora. Al verse sola en la calle Mayor, revivieron todas sus ocurrencias de aquellos días. Se le fueron los pies, y, como sin darse cuenta, se encaminó hacia el Servicio Doméstico.

La misma M. Vicenta la recibió en la portería y le suplicaba que no pasara adelante; pero las manos que detenían a María del Salvador ardían de fiebre. Sus palabras persuasivas vinieron a traerle de nuevo el recuerdo de la M. Pilar, que había tenido que quedarse en cama, y que, sin duda, le habría prohibido exponerse al peligro del contagio. Con pena, María del Salvador se despidió.

Acababa de dejar el portal y daba la vuelta a la esquina de la calle, cuando tuvo una auténtica aparición. De la sorpresa, María del Salvador quedó sin palabras.

—Ma... Madre, ¿pero no estaba usted en la cama?

—acertó a decir.

—Estaba —dijo la M. Pilar—, pero me he recuperado rápidamente. Casi en el mismo momento en que usted decidió venirse para acá en lugar de ir a hacer mi encargo.

—Yo...

—María, más vale que no perdamos el tiempo. Vamos a entrar y ofrecernos a estas religiosas, que bien necesitan nuestra ayuda; y bien obligadas estamos a dársela además.

Pasaron la noche en aquella casa atribulada, pero en la que ya iba remitiendo el rigor de la epidemia. Mucho tiempo después, las religiosas del Servicio Doméstico, siempre amables y cariñosas con las primeras Esclavas, recordaban a las enfermeras improvisadas de aquella ocasión, sobre todo a María del Salvador, que recorrió el convento en todas direcciones repartiendo agua caliente o leche, o simplemente aquella sonrisa suya, tan agradable y que tanto gustaba a la M. Sagrado Corazón.

Bilbao

Casi simultáneamente, la M. Pilar y la M. María del Salvador tramitaron la fundación de Bilbao.

Pocas dificultades iban a tener esta vez. Un verdadero entusiasmo se despertó en la población, y se manifestó en una extraordinaria acogida a las religiosas. La M. Sagrado

Corazón recibió contentísima tan alegres nuevas. Tal vez, de todo lo que se escribió aquellos días, lo mismo en noticias familiares que en reportajes periodísticos, lo que verdaderamente le encantó fue la carta de un jesuita, el P. Balbino Martín, que recomendó el Instituto al obispo de Vitoria en estos términos:

“Estas religiosas han visto varias veces los barrios de Bilbao la vieja y San Francisco, y, reparando el sinnúmero de niñas que, a pesar de las muchas escuelas, vagan por las calles y plazas, han venido en deseos de fundar aquí sus escuelas gratuitas para la educación de niñas pobres... Como son muy de la Compañía de Jesús y sabemos cuánto las amó y protegió en Madrid el cardenal Moreno... y porque vemos el fruto que hacen en las almas con sus escuelas, y con la adoración cotidiana del Santísimo expuesto en sus iglesias, y con el buen ejemplo que dan de sus virtudes, mucho le pido a V. E. las tenga a bien por suyas y las mande a Bilbao, que aquí las ayudaremos en lo posible, como en todas partes lo hacemos”.

La fundación de Bilbao se hizo efectiva el 31 de enero de 1886, en una calle y en una casa de las que podía decirse cualquier cosa menos que eran de buenas apariencias. Pero —decía María del Salvador— Cristo desde la custodia, “desde tempranito”, iluminaba la vida de aquella comunidad. Y también el pueblo acudía a adorarle “de sol a sol”.

A la gente de Bilbao le gustó aquel grupo de jóvenes religiosas que hablaban con acento suave un castellano pasado por el Guadalquivir. A la M. Sagrado Corazón, por su parte, le cayeron bien los naturales de las provincias. “De esta tierra, a ojos cerrados”. Empezaba así un movimiento extraordinario de vocaciones para el Instituto.

Después de tanto discutir en Roma la necesidad del cambio de nombre de las “Reparadoras españolas”, en Madrid y en Bilbao encontraban ahora una denominación no muy teológica: la Congregación era, por este tiempo, “La vasco-andaluza”.

“Decretum laudis”

También en enero de 1886, la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares extendía, al fin, el *Decretum laudis*. La Santa Sede, a través del organismo correspondiente, alababa y recomendaba el Instituto fundado por Rafaela y Dolores Porras Ayllón. La M. Sagrado Corazón no recibió el documento hasta el primer viernes de marzo. Era una alegría grandísima, levemente atenuada por la obligación de cambiar el nombre. Desde ahora, el Instituto se llamaría de “Esclavas del Sagrado Corazón”.

A pesar de aceptar cordialmente la nueva denominación, la M. Sagrado Corazón expuso a la Santa Sede su temor de que más adelante hubiera algún tropiezo a causa de la casi identidad con el nombre que llevaba otro Instituto español: el de “Esclavas del Divino Corazón”, fundado por el cardenal Spínola en 1885. La Santa Sede la tranquilizó (o más bien, la invitó a resignarse al cambio): como las religiosas del cardenal Spínola eran más recientes, en caso de que hubiera que imponer cambios, ya se vería qué se hacía en el momento en que ellas acudieran a Roma para pedir la aprobación.

—¿Y no estaría bien que os unierais a estas religiosas? —apuntó Ramón Porras, el hermano de Dolores y Rafaela—. La superiora es Celia Méndez, prima de Concha Parejo, vuestra M. Mártires. Yo he estado hablando con don Juan Vacas y...

—¡Ay, Ramón! No pensarás meternos en otro conflicto, ahora que ya tenemos el *Decretum laudis* —contestó la M. Sagrado Corazón. —Nosotros, don Juan y yo, pensamos lo bien que estaríais bajo la protección del obispo de Coria, de este monseñor Spínola que tiene fama de santo. Así ya no tendríais más problemas “episcopales”.

—¿No habréis dicho nada de esta peregrina idea a otras personas? —dijo ella, la M. Sagrado Corazón.

—Bueno, decir... nada en concreto. Sugerir..., sí.

—Pues hay que escribir a este señor obispo para que quede claro que ni mi hermana ni yo tenemos parte en esta iniciativa. Y no porque tengamos en poco ese Instituto, ni mucho menos...

Y la M. Sagrado Corazón escribió una carta muy discreta a monseñor Spínola. Le decía que, si Dios había suscitado la fundación de su Instituto ocho años después de que ellas se hubieran establecido en Madrid, era claro que el mismo Señor lo tenía destinado a extenderse y a darle mucha gloria en la Iglesia,

“... sin que, por otra parte, dejemos de reconocer que también bendice el nuestro la divina Providencia, como se ve claramente por el desarrollo y aumento que le va dando..., todo lo cual nos debe mover a bendecir y dar gracias a nuestro Señor, que tan visiblemente nos favorece”.

* * *

De todos los amigos del Instituto, el que más sintió el cambio de nombre fue el P. Cotanilla. No podía menos de recordar que había empleado varias tardes en explicar a la primera comunidad de Madrid el sentido del nombre antiguo “Reparadoras del Corazón de Jesús”. Bajó la cabeza, porque conocía muy bien el significado de la obediencia, que para eso era jesuita de pura cepa. Pero no le iba a dar tiempo de preparar otras pláticas hablando del nuevo nombre: murió cuando las “Esclavas” comenzaban a ser conocidas por este apelativo.

B. ESCLAVAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS”

(1886-1887)

La M. Pilar va a Roma

El día 2 de mayo, el obispo de Madrid comunicaba oficialmente a la casa del Obelisco el decreto laudatorio. No causó sensación la noticia, que ya era añeja. El prelado recomendaba que las Constituciones fueran preparadas cuanto antes, para que, revisadas por él, fueran enviadas a Roma para la aprobación definitiva del Instituto.

Las dos Fundadoras se habían acostumbrado a temer semejantes apoyos episcopales por la larga historia vivida desde Córdoba. Sospechaban la posibilidad de que también este obispo pretendiera introducir cambios en su modo de vivir.

La M. Pilar tuvo uno de sus impulsos. Ya antes de esta noticia, la cuestión del nombre del Instituto —muy mal acogida por los jesuitas de Bilbao— la tenía inquieta y dudando si aún podría intentarse algo. Lo del obispo la acabó de decidir. Y sin pensar siquiera que la superiora no era ella, sino su hermana, escribió a ésta desde Zaragoza —estaba allí en esos días— comunicándole su decisión de partir cuanto antes a Roma y dando como cosa hecha su aprobación. Como en tantas ocasiones anteriores, su carta revelaba una determinación absoluta: “... No veo otra solución que desde aquí partir yo, sin que la tierra se entere, para Roma... Que arregle las Constituciones el P. Vélez y usted me las envía certificadas. No venga recomendación ni nada; lo que importa es ir y silencio”. La M. Sagrado Corazón cedió. A la misma M. Pilar le parecía arriesgado aquel paso: iba a Roma para gestionar la aprobación definitiva del Instituto soslayando la ayuda del obispo (porque, más que ayuda, le parecía intromisión peligrosa). Con mucha razón intuía que a muchas personas parecería locura un viaje tan precipitado.

Pedía solamente una compañera para el viaje. La M. Sagrado Corazón envió con esta comisión a la M. Purísima, que era la que deseaba en este momento la M. Pilar.

En Madrid quedó la superiora bastante agobiada por las ocupaciones inmediatas y por la preocupación del porvenir. Tenía a sus espaldas el cuidado de las cinco casas del Instituto (algunas recién abiertas), la formación de las novicias, la preparación de las Constituciones... Pero lo que realmente la inquietaba era el compromiso de mantener secreto, incluso con los jesuitas y los amigos más allegados, el paradero de la M. Pilar.

Fueron meses agotadores, vividos primero en una incertidumbre que los hacía más difíciles. Meses en que las dos Fundadoras vivieron pendientes del correo, que regularmente les transmitía, con cuatro o cinco días de retraso, las alternativas del asunto en Roma y en Madrid y las impresiones consiguientes de cada una de ellas.

Roma, 15 de marzo.

“Hoy hace ocho días que salimos, y sólo una noche hemos dormido en cama. Partimos el sábado para Florencia a las diez y cuarenta de la noche, llegando a esta ciudad a las seis y pico de la mañana, muy nublada y fría.

Después de un camino de hora y cuarto, llegamos a la casa de los Padres, que es como de campo, y, entradas que fuimos en un mal recibidor, vino el P. La Torre. Es indecible lo amargo de la entrevista, y bien se conoce por ella tratamos cosas de Dios y cuyo resultado ha de ser bueno.

El P. La Torre, no sé si movido con nuestra pena o por qué, al fin dijo que el P. Urráburu podía repasar y corregir esos documentos, mas con nosotras, sin figurar oficialmente para nada. Ya ve usted cómo Dios nos deja siempre abierta la puerta, que es la señal, y los trabajos, de ser suyo este negocio”.

Roma, 18 de marzo.

“Esperamos esos papeles, y con ellos que venga el oficio que envió a usted el Sr. Obispo pidiéndole el arreglo de las Constituciones... Tres o cuatro días después, llama usted al secretario del nuncio y en reserva le dice usted que, sabiendo yo que el Sr. Obispo de ahí había de intervenir en este arreglo, la he convencido a usted y me he venido con las Reglas a gestionarlo aquí...”

Madrid, 19 de marzo.

“Enterada del contenido de la de ustedes recibida hoy, nos parece a Mártires y a mí que lo derecho es que en seguida se vuelvan ustedes aquí, porque temo se eche a perder el negocio. Aquí todo se arregla mejor; lo veo por lo que ustedes dicen del P. La Torre. Dios quiera que no haga para aquí esa entrevista daño. Dios sobre todo, porque la intención ha sido buena.

Yo no quiero obligarla; pero, según veo las cosas por aquí y por ahí, aquí se saca más partido, y así convendría que se viniesen.

Las Constituciones no es obra tan sencilla ni que se deba hacer a la ligera. Ahora no conviene más, creo yo, que reunimos aquí y con mucha oración y reflexión ordenarlas bien”.

Roma, 23 de marzo.

“Conozco yo y confieso que mi prisa por venirme fue porque creí venían las Reglas en seguida; mas, puesto que Dios permitió este engaño, no nos apenemos, que El sabrá por qué. Lo que importa es que sin perfiles vengan esos escritos cuanto antes, porque el P. Urráburu, persona inteligentísima, está esperando con grandísima voluntad, y de su cuenta corre la corrección de traducción. No le dé usted más largas al negocio, sino, puesto en limpio y completo con las advertencias que usted quiera, venga cuanto antes... Y si nosotras desfallecemos por la contradicción que necesariamente se ha de presentar, y más mientras mejor resultado dé, usted nos ha de sostener y prohibir volvernos a España sin terminar el negocio”.

Roma, 24 de marzo.

“Aunque tengamos otras cartas en que nos llame usted, no iremos hasta que responda a la de ayer”.

Madrid, 24 de marzo.

“No quisiera caer en la tentación, silo es, pero cada día me quiero afirmar más que convendría su vuelta de usted cuanto antes.

Aún no he dicho nada a nadie de esa marcha y estoy con todos como usted puede figurarse, particularmente con el P. Cotanilla e Hidalgo”.

Roma, 28 de marzo.

“Quiere usted hacer lo que yo le diga? Háblele usted al P. Vélez en reserva y dígame que yo me he venido a Roma y que el P. Urráburu se ofrece a hacer el arreglo.

Dígaselo usted al P. Cotanilla y al P. Hidalgo, en reserva también; yo soy gustosa. Además llame usted sin demora a María del Carmen para el noviciado; esto es razonable y prudente”.

Madrid, 2 de abril.

“El P. Cotanilla, a quien se lo dije hace tres o cuatro días, se quedó estupefacto, pero no augura mal... Dice que, si se le llega a consultar, lo niega, y que se alegra que se la haya ocultado; ya está tan animado y no cesa de preguntarme”.

Roma, 3 de abril.

“Hoy hemos hecho una consulta reservada con uno de los monseñores que están en la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, y dice que es preciso presentar las Constituciones a ese prelado, dándonos instrucción del procedimiento que hemos de seguir si, como las otras dos veces, nos rechazan la Regla.

En vista de esto, yo, por mí, esta noche me iría, si mañana no fuera domingo. El Señor ha querido que esta vez me engañe mi buena fe, y yo, humillándome, le pido que me perdone, si es por faltas que haya cometido, y sin quitarme esta buena fe haga que en el porvenir no me amilane, pues crea usted que este golpe me tiene toda preocupada”.

Madrid, 3 de abril.

“Dios da luz al que escoge para una obra, y como el P. Cotanilla es el designado por Dios, lo ve el asunto tan claro, que no ve ninguna necesidad de que se le dé cuenta a este Sr. Obispo, toda vez que este señor es un arroyo y ustedes van directamente a la fuente... El Padre me ha dejado en completa tranquilidad, y ya, como lo sabe S. R., no tengo ningún cuidado, porque el Padre es todo del Sr. Obispo y de la nunciatura. Usted sabe que todo lo que el Padre ha aconsejado en el Instituto nos ha salido bien. Nunca se le ocultará más nada de lo principal”.

Roma, 6 de abril.

“La carta primera de usted, fechada el 2, nos ha dado la vida, y la segunda, que hemos recibido poco después, nos ha llenado aún más de gozo, y ahora estoy sintiendo que usted será la apurada con la noticia de nuestra marcha, por lo cual no demoramos la respuesta.

Ya pasó esto; mas, como usted bien dice, preparémonos para otra, pues sobre tribulaciones, perplejidades y trabajos se ha de conseguir lo que se anhela. Y para afirmarnos más en no apretarnos las unas a las otras; estaba yo tan ciega con la ida, que no veía, hasta recibir carta de usted, el gran disparate que hacíamos”.

Madrid, 7 de abril.

“Acabo de recibir la de usted, que me ha afligido, como a usted las mías primeras. Dios quiera no se hayan puesto ustedes en camino de vuelta. No se muevan, por Dios.

Ayer vi. al P. Vélez... Como es un Padre tan bueno y se presta a la confianza, le dije todo lo que había en el asunto, y se puso loco de alegría. Me dijo que sí, que era un paso algo atrevido, pero que lo veía ser como una

inspiración de Dios, que no podíamos haber hecho cosa mejor; que se siguiera adelante sin temor, que el tener propicio al P. Urráburu era una gracia tan especial de Dios, que no la podíamos apreciar nunca bastantemente. Que se interesara bien a S. R., que era un sabio y un santo, y tan versado en esta clase de asuntos, que, cuando él los dé por aprobados, bajemos hasta el suelo la cabeza”.

La muerte del P. Cotanilla

En la madrugada del día 1 de mayo de ese mismo año moría repentinamente el P. Cotanilla. Era una pérdida grandísima. “Veo la cosa como cuando murió el P. Antonio — comentó la M. Sagrado Corazón—, y tengo confianza en que; después que se sufra cuanto el Señor crea nos convenga, dará el Instituto un buen estirón”. También la M. Pilar comparó la muerte del jesuita con la de Ortiz Urruela. Era el mejor elogio fúnebre en boca de cualquiera de ellas. Ninguna otra persona había conocido como Cotanilla las cualidades y los defectos de la M. Pilar. Tal vez nadie había valorado más su función en el Instituto, manteniendo al mismo tiempo la autoridad de la M. Sagrado Corazón.

Hacía menos de un año había muerto en Córdoba la M. María de San Ignacio, la hermana de don José María Ibarra. Otro gran dolor para las Fundadoras.

Las Constituciones se terminaron en Roma y fueron luego enviadas a Madrid para que las viera la M. Sagrado Corazón. Pasaron varios meses.

El día de San Ignacio, ya revisadas, salieron de Madrid para Roma. Al mismo tiempo enviaba la M. Sagrado Corazón las recomendaciones y alabanzas (“cartas comendaticias”) de diez obispos españoles. Como decía uno de ellos, el Instituto, en los cortos años que llevaba de existencia, había logrado “la admiración y cariño de todos los buenos”. El día 7 de agosto, en la octava de la fiesta de San Ignacio —por aquel entonces todos los santos tenían octava—, las Constituciones fueron presentadas a la Sagrada Congregación. Empezaba entonces su tramitación, siguiendo un largo proceso... Se iría en él todo el verano y el otoño.

No se podía hacer nada más de momento. Orar, sí.

“Yo no sé por dónde empezar a pedir a Dios con tanta cosa como hay encima; si es su voluntad, Dios lo dará”, decía la M. Sagrado Corazón. Por su parte, se entregó a las mil ocupaciones urgentes que en ese tiempo reclamaban su atención.

La iglesia de la calle del Obelisco iba terminándose. Se había simplificado mucho respecto al proyecto primitivo, porque así lo había querido la M. Pilar. La decoración de la bóveda del presbiterio fue idea de la M. Sagrado Corazón: “A ver si gusta a ustedes — escribía a las que estaban en Roma—: en medio, el mundo; encima, el Sagrado Corazón muy grande, con las manos hacia él derramando gracias. A sus pies, ocupando los espacios bajos de los lados, con distintas actitudes, de un lado, San Francisco de Sales, San Bernardo, Beato La Colombiére, San Luis Gonzaga y San Juan Evangelista. En el otro lado, Santa Gertrudis, Santa Teresa, Beata Margarita, la Magdalena y la de Pazzis. Y, por encima, ángeles y nubes cubriendo todo el espacio que quede”. La contestación de la M. Pilar no se hizo esperar: “Muchos santos me parecen alrededor del Sagrado Corazón; no por otra cosa, sino porque resultará un mamarracho”.

Es innegable que la M. Pilar no estaba en estos días para regalar elogios, a su hermana. En aquel otoño, mientras esperaba en Roma la aprobación, hizo ejercicios espirituales. Al salir del retiro escribió: “Ante todo, quiero pedir a usted perdón de lo que le he faltado, que siempre tengo algo, aunque creo que me voy corrigiendo; quizá no porque adquiera virtud, sino porque los años me van quitando energía”.

¡Dios, cuánta energía le quedaba! Pero lo malo no era su natural acometividad, la viveza de su temperamento, sino que estaba llegando incluso a no caer en la cuenta de

que lastimaba, cada vez con más frecuencia, a su hermana. Los meses de estancia en Roma contribuyeron no poco a esta nueva forma de encarar la cuestión.

Universales como la Iglesia

El noviciado estaba lo que se dice floreciente hacia 1886. El ideal del Instituto seguía atrayendo a jóvenes de Jerez, de Cádiz, de Córdoba o de El Puerto de Santa María, y empezaban a afluir chicas de Bilbao, de Arrigorriaga, de Idiazábal, de Amorebieta, de Elgóibar, de Ochandiano...

—Si redujeran su campo de acción a España —decía un día el secretario de la nunciatura, monseñor Della Chiesa—, tal vez encontrarían menos dificultades para su desarrollo...

—Eso no, Sr. Secretario —respondió con viveza la M. Sagrado Corazón—; nuestro Instituto ha de ser universal como la Iglesia.

—Sí, claro —dijo el monseñor; y con acento italiano empezó a leer algunos apellidos del catálogo general de la Congregación, que tenía a mano la superiora: “Madinabeitia..., Gor.. .rochátegui..., Lar-rañaga..., Ascar.. .reta...”

—Qué quiere decir con eso, Sr. Secretario?

—Nada. Me estaba acordando de eso que dicen algunos: lo de la “vasco-andaluza...”

—Hay de otras regiones también, aunque algunas son vascas y otras somos andaluzas.

—Sí, es verdad, sólo algunas —dijo el Sr. Secretario, que era diplomático de carrera—. Estaba pensando que sólo faltarían extremeñas.

—Ay, no, Sr. Secretario! Vendrán de todas las regiones de España, y de Europa, y del mundo. ¿Por qué sólo extremeñas?

—Yo he estudiado algo de historia de España, Madre, y he aprendido otro poco viviendo en este país. Digo que, con esta preponderancia de vascas y andaluzas, sólo faltan extremeñas para recomponer el grupo humano que se lanzó al mar para conquistar el mundo.

—Conquistar, no sé —dijo la M. Sagrado Corazón—. Pero, si se trata de trabajar y sacrificarse, de extender nuestro interés y los deseos de nuestro corazón... Si se trata, incluso, de soñar, no nos contentaremos con menos que el mundo. Como quiso Cristo. Como la Iglesia.

El secretario se había quedado en silencio, absorto en lo que significaban las palabras de la Madre, y admirado del convencimiento con que las decía.

—Lo entiende usted bien, monseñor? —insistió ella todavía.

—Sí, sí —dijo el futuro Papa Benedicto XV—, como la Iglesia. Universales como la Iglesia.

“Alegres en la esperanza”. **Aprobación definitiva**

El día 29 de enero de 1887, la Santa Sede aprobaba definitivamente el Instituto de Esclavas del Sagrado Corazón. La M. Pilar telegrafió inmediatamente a España, y dos horas después la comunidad del Obelisco cantaba a voz en grito su alegría y su agradecimiento.

No hacía todavía diez años que se habían establecido en Madrid. Aquel día, un 4 de abril, llegaban a la villa y corte quince pobres mujeres, desconocidas de todos, que se fueron derechas a un hospital de beneficencia. Hoy ya eran más de un centenar, aunque dispuestas, como las primeras, a vivir en cualquier rincón del mundo adonde se las enviara.

El decreto llegó días después. Lo leyeron en comunidad:

“Entre las diversas congregaciones piadosas de Hermanas que, como escogidísimas flores de variados matices, adornan la Iglesia católica, merece en verdad contarse la que, nacida en la ciudad de Madrid el año 1877, tiene por nombre el de ‘Esclavas del Sacratísimo Corazón de Jesús’...”

El documento hablaba de la misión del Instituto y terminaba con una exhortación. La M. Sagrado Corazón se fijó especialmente en ella, la hizo objeto de su oración y la tomó como norma de conducta:

“Sigán, pues, dichas Hermanas aborreciendo el mal, haciendo el bien, amándose mutuamente con caridad fraterna, sirviendo al Señor, alegres con la esperanza, pacientes en la tribulación, constantes en la oración”...

¡Cuánto le iban a ayudar estas palabras!

* * *

El día 20 de febrero de ese mismo año se inauguró la iglesia de Madrid. Si aquellas piedras hubieran podido hablar, mucho habrían contado a los que en aquel día de fiesta se alegraban mirando la resplandeciente construcción. Bajo el encalado de los muros había más de una historia: el trabajo de las novicias y de la comunidad de Madrid, los disgustos con el arquitecto Cubas, que hizo el primer proyecto; los apuros económicos, que habían detenido la obra más de una vez... Y sobre todo lo anterior, la paciencia invencible de la M. Sagrado Corazón, que sólo podía compararse con su decisión empedernida de “hacer a Dios su casa” por encima de cualquier dificultad.

“Sólo y sólo la voluntad de Dios”

En seguida se pusieron en marcha los trámites ‘para la primera Congregación general. Según las Constituciones, tenía que elegirse una Superiora para todo el Instituto, y además cuatro consejeras o Asistentes generales.

El momento era decisivo. Hasta entonces se había dado un régimen de gobierno que podría calificarse de familiar, no sólo por ser bastante más simple que el que imponía el derecho canónico, sino porque gobernaban el Instituto las dos hermanas Porras Ayllón. La M. Sagrado Corazón no había tenido hasta ese momento consejeras, pero no había dado ni un paso sin consultarlo antes con la M. Pilar. Esta había realizado materialmente casi todas las fundaciones y, en general, casi todos los negocios que exigían relaciones públicas. La M. Pilar era una especie de ministro de Asuntos Exteriores; plenipotenciario además.

Aquella situación ya no podía mantenerse. La aprobación pontificia suponía el respaldo de la Iglesia, pero también la exigencia de someterse enteramente a las normas del derecho eclesiástico. Esto lo sabían por igual la M. Sagrado Corazón y la M. Pilar.

La asamblea electiva del Instituto debía ser presidida por el obispo de Madrid-Alcalá. Este mismo fijó la fecha de la elección: sería el 13 de mayo. Un mes antes, la M. Sagrado Corazón escribía una circular a las Hermanas recomendándoles “rectitud de intención y buen espíritu”. A ella no se lo recomendaba nadie, ni le hacía falta; lo que necesitaba ella era fortaleza.

A poco que se conociera a cualquiera de las electoras convocadas para aquel histórico 13 de mayo, uno podía convencerse de que tenían muy clara su decisión: no pensaban ni por asomo en ninguna otra fuera de la que hasta entonces las había gobernado sin llamarse Superiora general. Para la totalidad del Instituto, aquella asamblea era casi una formalidad.

En cuanto a las Asistentes que debían elegirse... Bueno, estaba también fuera de duda que la primera sería la M. Pilar. Lo demás poco importaba.

Aquellas electoras inexpertas, que admiraban y querían extraordinariamente a las dos Fundadoras, no tenían una noción muy clara de la función de las consejeras.

Mayo de 1887.

Retazos de una conversación tenida en el recibidor de la casa del Obelisco:

— ...pero, Padre, las Constituciones señalan que la Superiora general ha de tener, al menos, cuarenta años; yo tengo un verdadero impedimento —decía la M. Sagrado Corazón a un jesuita de Madrid.

—No creo que ése sea un impedimento muy grave, Madre —contestó el P. Julio Alarcón, su interlocutor—. Repita usted mucho estos días el “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”..., y, aunque el cielo se venga abajo, no le importe.

Fragmentos de una carta escrita en estos días a la M. Pilar:

“Por muchas razones, no me parece que ni yo ni nadie se meta a disuadir a ninguna que no pongan los ojos en usted o en alguna persona. Usted pida mucho que la libre el Señor del cargo de Asistente y dejemos obrar libremente a El; y lo mismo puede usted pedir oraciones a otras para un asunto de tanta importancia, pero sin muestras de pretender nada...” —*Juan José Urráburu, S.J.*

A pesar del ajetreo de las vísperas, Rafaela María no puede desentenderse de la preocupación por el porvenir inmediato. Especialmente cuando se queda en silencio, ve lo que le viene encima, lo siente como un peso sobre el corazón. En estas noches que se acercan al 13 de mayo suele contar todas las horas. El hilo de sus pensamientos es un soliloquio que siempre termina en diálogo con Dios:

—Señor, esto que a todas les parece lógico, a mí me parece ya rematada locura. Como tú no lo remedies, voy a ser General. Ya vengo siéndolo, más o menos; pero ahora la cosa será más oficial y además distinta.

¿Cómo podría yo explicar todo lo que siento en este momento? Y, sobre todo, ¿a quién? En parte, el malestar de mi hermana es comprensible. Yo nunca debí ocupar este puesto. Y, sin embargo, tú has querido que sea yo -¡yo!- la que, por oficio, tenga que tomar decisiones, dar permisos, imponer obediencias. A ella se le resiste, y en parte lleva razón. Me gustaría tanto poder decirle que confío en ella y que muchas veces ha tenido intuiciones felices... Incluso le diría que, sin sus ánimos, yo tal vez no me habría metido en los laberintos del principio. Pero ahora creo que se está equivocando. Quisiera decírselo serenamente y que ella me escuchase también con serenidad. No es posible.

Algo se interpone entre nosotras y nos impide dialogar tranquilas. Me es difícil aclararme a mí misma. Reconozco en mi hermana cualidades no comunes. A veces me envidia esa seguridad que aparenta. Cuando menos nos lo proponemos, coincidimos en muchas opiniones. Pero... esto también es innegable: si ella sabe que yo digo “blanco”, ella, seguro, dirá “negro”; y lo peor es que lo creará negro y juzgará imposible cambiar de opinión.

Yo he dejado en sus manos todos los negocios. Es verdad, no debo ser muy experta en estas cosas, pues nunca las hice en mi vida anterior, y, en cambio, ella siempre. “No debo ser experta”: lo digo así porque yo misma no estoy segura. Yo era inútil para estos asuntos cuando las dos vivíamos en Pedro Abad. Luego he podido ver que todo se aprende; y que algo, con la ayuda de Dios, voy aprendiendo; no puedo dejar de admitirlo, si quiero ser sincera.

Señor, Señor, ¿con quién podría yo hacer estos comentarios que hago conmigo misma? Repaso a todas las Hermanas, y no encuentro ninguna. Haría falta que ellas conocieran, sin necesidad de explicaciones, lo que han sido nuestras relaciones anteriores. Si a alguna de estas personas le cuento lo que he sufrido en mi vida por causa de mi hermana, se convencerá de que no la quiero, de que no nos queremos. ¿Y no es verdad! Si yo la viera en dificultades, si alguien un día la ofendiera, yo daría la vida y la honra por defenderla. Y no puedo dudar tampoco de su cariño, aunque es un cariño demasiado... protector. Uno puede sentirse siempre niño, pero no “rodeado” o “protegido”.

Sí, hay varias personas que nos conocen de siempre. Pero no sirven. Mariana Vacas querría “defenderme”, como cuando yo era pequeña y mi hermana me hacía llorar. No, ésta no me vale; también ella siente ante Dolores, ante María del Pilar, algo así como inseguridad. No digamos nada de Isabel Requena, nuestra María de San Antonio; ésta me quería demasiado; no es buen juez para este asunto.

Dos personas me comprenderían sin necesidad de muchas palabras: el buen P. Cotanilla y María de San Ignacio. Porque para que yo sienta consuelo al “hablar mal” de mi hermana, necesitaría estar segura de que me van a “hablar bien” de ella; mi interlocutor tendría que quererla a ella tanto como a mí. Total, que no me sé explicar a mí misma lo que siento. Quisiera que alguien me convenciera de que mis penas no tienen tanta importancia, pero mostrándome al mismo tiempo el modo de actuar sin que ella ni yo suframos tanto, tanto... El P. Cotanilla la apreciaba y ella sentía grandísimo respeto por él. María de San Ignacio, nuestra Adriana Ibarra, nos ha visto discutir desde muy jóvenes, y, a pesar de todo, se salvó milagrosamente de la tentación de hacerse juez entre nosotras: murió siendo igualmente amiga de las dos.

Ni el P. Cotanilla ni Adriana están ya aquí. No puedo hablarles ni ellos pueden aliviar este peso que siento ahora. ¿O sí? ¿No serán ellos los únicos que pueden decir la palabra silenciosa que a las dos, a mi hermana y a mí, tanto nos ayudaría?

* * *

La última tentativa en vísperas de la elección:

—M. Purísima, no sé cómo explicar lo que yo veo, lo que temo —la M. Sagrado Corazón hablaba con dificultad, haciéndose violencia, buscando las palabras—. Pero usted sabe algo del problema. Yo no quisiera ser elegida. Y, en cambio, estaría muy contenta si eligieran a la M. Pilar...

—Madre, usted será la elegida, porque está en el corazón de todas. Y si lo permitiera el derecho canónico, la elegiríamos por aclamación.

—M. María de la Cruz, hágame un favor —la M. Sagrado Corazón se dirigía ahora a una persona totalmente ajena en ese momento al problema—; prométame que me va a hacer un favor.

—¿Qué le pasa, Madre? Nunca la he visto con esa cara de angustia.

—Prométame... que no va a elegirme.

—¿Cómo dice, Madre?

—No, no deben elegirme. Ustedes no comprenden, pero... no es bueno para mí, no es bueno para el Instituto.

—Pero, Madre, si nos ha gobernado toda la vida..., ¿por qué ahora este apuro? Todo seguirá igual que antes. Y seguro, la M. Pilar saldrá Asistente, y seguirá gobernando con usted, y nosotras, todas, tan contentas.

—No, no es lo mismo, créame. Es preciso que me crea —la M. Sagrado Corazón hablaba serena, pero estaban a punto de saltarle las lágrimas.

—Todas la quieren a usted y no querrían a otra.

—Querrían a la M. Pilar igual que a mí. Y querrían darme a mí gusto si supieran que yo no quiero... Y...

—No entiendo, Madre...

—¡Ay! Bueno, vamos a dejarlo... No me sé explicar mejor. Que sea lo que Dios quiera.

* * *

El último insomnio:

—He hecho todo lo que he podido, Señor. No está en mi mano evitar a nadie el sufrimiento, y, desde luego, no podré ahorrármelo a mí misma. Que se cumpla en mí tu voluntad aunque me cueste la vida. “Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta”.

* * *

En la tarde del día 13 de mayo de 1887, Rafaela María Porras Ayllón fue elegida Superiora general por la primera Congregación general reunida en el Instituto de Esclavas. El acto tuvo lugar en la casa de Madrid, del paseo del Obelisco, y fue presidido por el obispo de Madrid-Alcalá.

La elección fue unánime. No hubo un solo voto discrepante.

Por motivos distintos, dos personas sufrían indeciblemente en el fondo de su ser: la M. Sagrado Corazón y la M. Pilar. Nada menos que las dos Fundadoras del Instituto. Sus estados de ánimo eran, desde luego, muy diferentes. La M. Pilar luchaba entre la aceptación y la rebeldía ante un hecho que ella misma había corroborado con su voto. La M. Sagrado Corazón ya no luchaba; en lo humano, los días anteriores había agotado las posibilidades de escapar a la situación. Ahora estaba dolorida, pero en paz.

El día 13 de mayo de 1887 fue uno de los más largos de su vida. Cuando llegó la noche sentía un cansancio infinito; ese cansancio, invencible y misericordioso al mismo tiempo, que sucede a una tremenda tensión y que es el mejor inductor del sueño. “Sólo y sólo la voluntad de Dios, y siempre”, murmuró mientras se acostaba. Y se durmió profundamente, como una piedra hundida en el fondo del mar de una confianza sin límites.

Cuando se despertó al día siguiente, los pájaros cantaban ya en los árboles del jardín. Era el primer día de su generalato. Pero en realidad aquel 14 de mayo de 1887 empezaba “la cuenta atrás” de su gobierno, de su intervención activa en el Instituto.

C. EL GENERALATO DE LA M. SAGRADO CORAZON

(1887-1893)

“Todos los bienes nos vienen por el Unigénito de Dios”

Poco después de acabarse la Congregación general, se ofreció la posibilidad de abrir casas del Instituto en Málaga y Granada. La M. General lo propuso a las Asistentes. Recibió inmediatamente la opinión contraria de la M. Pilar.

A finales de julio decidió la General visitar las dos casas de Andalucía. La M. Pilar le mostró su disgusto por carta, y más aún cara a cara al encontrarse las dos hermanas en Jerez.

“A esta situación hay que darle un corte; así no es posible continuar. En parte tiene razón para obrar conmigo así, porque es grande la diferencia de capacidades”, escribía la M. Sagrado Corazón en esos días. Las Asistentes no quisieron ni siquiera oír hablar de renunciadas al cargo. A nivel de dirección espiritual, la M. Sagrado Corazón consultó también al P. Isidro Hidalgo. El juzgó que se trataba simplemente de una tentación fundada en su amor propio. “Cree usted que es el talento y disposiciones humanas las que necesita Dios para gobernar una Congregación, olvidándose que elige Dios lo más despreciable para sus obras mayores”, le dijo.

Con innegable esfuerzo, la M. Sagrado Corazón decidió enfocar desde este punto de vista su situación. “Ha puesto usted el dedo en la herida; todas mis luchas las origina el amor propio, que teme hacerlo todo mal hecho, y en esto se ocupa y no en lo que debiera”.

En noviembre, la M. Pilar anduvo por Cataluña, comisionada por la M. General para tantear la posibilidad de una fundación en Manresa. Esta expedición suponía un respiro. La M. Pilar no sólo estaba ocupada en negocios que se le daban bien, sino que conocía lugares ignacianos de especialísima devoción para ella.

* * *

Mientras tanto, la M. Sagrado Corazón se sentía verdaderamente iluminada por Dios. A pesar de la incertidumbre del porvenir en ese año, siempre recordaría ella el 17 de noviembre. No porque “hubiera visto” con los ojos de la cara a Jesucristo, sino porque lo había experimentado. Había sentido el amor de Cristo como un torrente que se despeñaba sobre ella, arrastrando sus defectos, sus miedos, sus limitaciones; al lado de la fuerza del amor, todas eran como piedrecillas que se llevaba el agua sin sentir. Y estaba escribiendo estas cosas cuando recordó otro día grande, en que comprendió, de una manera distinta a la de otras veces, que todos los bienes nos vienen por el Hijo único de Dios, por Jesucristo, y que en su imitación estaba nuestra salud y nuestra vida. Cuando ella iba escribiendo esto, pensó: “Cualquiera que lo leyera diría que vaya una luz, que eso lo sabe cualquiera que haya estudiado el catecismo de Ripalda”. Y entonces se quedó pensando, y añadió en el papel que era completamente distinto lo que ahora veía; que también ella lo sabía antes por el catecismo, pero ahora lo sabía “por dentro”, como si Alguien se lo hubiera grabado en el corazón con una intensidad tan terrible que casi dolía.

Esto le había ocurrido el día 29 de octubre de ese año 1887. Lo anotó expresamente, recordando que Juan el apóstol escribió en el evangelio incluso la hora en que Jesús se le presentó y le dijo: “Ven”. La M. Sagrado Corazón pensaba que hay cosas que marcan en la vida, y que, para ella, una de las más importantes había sido esta grandísima luz del 29 de octubre.

* * *

En 1888 se realizaron dos nuevas fundaciones: una en La Coruña, otra en el centro de Madrid.

En los primeros días de marzo se había tomado en el Consejo la decisión de abrir una casa en el norte de España. Unos días después, la M. Pilar salía de Madrid con esta comisión; la acompañaba una Hermana. El proyecto terminó por concretarse en La Coruña y en un internado; era una actividad nueva en el Instituto, o mejor dicho, una nueva modalidad dentro del apostolado de la educación. Las dos Fundadoras debieron de recordar los primeros tiempos, el proyecto de fundación que concibieron los eclesiásticos de Córdoba. Como en aquella ciudad en 1875, ahora en La Coruña la enseñanza parecía la urgencia mayor. “Y a mí me da compasión no remediar esta necesidad sobre toda ponderación, pues me figuro que, si San Ignacio viviera y viniera aquí y entendiera esta grandísima necesidad sobre toda ponderación, aunque no esperara utilidad para la Compañía, por sólo la honra y gloria de Dios en el bien de las almas, traía aquí Padres aunque los quitara de donde le reportaran toda utilidad a la Compañía”. La M. Pilar escribió cartas al rojo vivo del entusiasmo. La M. Sagrado Corazón dijo que sí, que se haría un esfuerzo y se abriría esta casa con sacrificio de personal de las demás.

También en el centro de Madrid hacía mucha falta un colegio. Y una casa de espiritualidad. Y una capilla donde Cristo estuviera todo el día expuesto a la adoración de todos. Y ese proyecto en el centro, más antiguo que el de La Coruña, era el sueño de la M. Sagrado Corazón. Pero la M. Pilar no le veía más que dificultades.

Se abrieron, finalmente, las dos casas: en julio, la de La Coruña; en octubre, la de Madrid. La de Galicia fue obra de la decisión y de la iniciativa de la M. Pilar, respaldada y ayudada generosamente por la M. Sagrado Corazón. La de Madrid fue resultado del interés apostólico de la General, y terminó siendo para ésta una de las mayores pruebas de fe. Alrededor de la casa de la calle de San Bernardo se iría estrechando el cerco de oposición que acabaría con su gobierno.

“En el Corazón de Jesús encontraría fortaleza”

El día 1 de mayo de 1888 comenzó la M. Sagrado Corazón la más importante experiencia de espiritualidad ignaciana: el mes de ejercicios espirituales.

No iba a llenar muchas páginas con sus apuntes, pero las que escribió demuestran claramente que entraba como aconseja San Ignacio, es decir, “con gran ánimo y liberalidad”. Dios, como siempre, fue con ella muchísimo más generoso todavía.

“2 de mayo, medianoche. Entré en ejercicios con miedo, pero también con valor, aunque me pasara todo este mes como una piedra. De pronto me pareció que el amor de Cristo me rodeaba enteramente. Presentía que en el Corazón de Jesús encontraría siempre ayuda y fortaleza. Y esto con tal convencimiento, que el desaliento se me cambió en una paz y en una seguridad grandísima”.

Rafaela María se sintió envuelta por la ternura de Dios, y su única respuesta fue un agradecimiento sin límites por todos los episodios de su vida, alegres y dolorosos. Los momentos difíciles alternaron con los de paz en estos días de ejercicios; pero aun en la lucha no perdió nunca la seguridad de estar en las manos de su Señor, y más todavía, invadida por El. “Sentí a Jesús visitando mi alma”. Su mejor experiencia de Dios vino a tomar la expresión apacible de una amistad.

Pero Cristo no le habló de descanso. Y por eso su respuesta personal la llevó a abrazarse con generosidad a lo que más le costaba:

“Al pie de tu santísima cruz, Jesús salvador nuestro, hoy, 26 de mayo de 1888, a las ocho y dieciocho minutos de la noche, te prometo muy de corazón no

volver a resistirme, ni aun en el pensamiento, a tu voluntad, en el cargo que ahora tengo de General del instituto. Aún más: prometo no rehuir las ocasiones que se me presenten de honra o deshonra. Espero cumplir este ofrecimiento con tu amor y gracia, que seguro no me faltarán.

Tu humilde Esclava.—María del Sagrado Corazón”.

La vida del Instituto, con sus mil urgencias, la envolvió al salir de ejercicios.

La M. Pilar estaba afanadísima en La Coruña preparando la apertura del primer curso en el colegio. La nueva obra tenía sus exigencias, desde luego. La M. Sagrado Corazón iba por delante de los deseos de su hermana: “Haga todo lo que crea necesario y provechoso para esa fundación”. “Dígame qué Hermanas quiere para el colegio, y las que pida irán”. “Estoy animando a las novicias a que se apliquen por lo menos a la música y a los idiomas”.

Los intereses generales, las grandes obras del Instituto, no le hacían olvidar que las personas concretas son mucho más importantes. Contestaba a todas las que le escribían, aunque no fueran más que unas líneas, que las destinatarias guardaban como un tesoro. Tal vez su recomendación más frecuente fue la de vivir con alegría la entrega a Dios. “En cuanto se ponga alegre, todo le gustará —escribía a una Hermana muy joven que estaba en una ocasión cansada y triste porque no sabía cómo manejarse en el colegio—, y mirará a las niñas no como criaturas impertinentes, sino con mucho cariño, con el interés que se mira el tesoro más precioso, pues cada alma ha costado la sangre a todo un Dios”.

El 19 de septiembre de ese año 1888, después de mil dificultades, la M. Sagrado Corazón recibió la licencia escrita para fundar en la calle de San Bernardo, de Madrid. A mediados de octubre se empezó a vivir efectivamente en la nueva casa. Por breves meses, la General creyó ver realizado su sueño. Tal vez más que nunca, pudo decirse de una casa de Esclavas que la eucaristía fue el verdadero foco que alumbraba en todas direcciones los caminos recorridos a diario por las Hermanas. La escuela estaba llena de niñas muy necesitadas de educación. Había con mucha frecuencia ejercicios y retiros espirituales. Gentes de todas condiciones se sentían atraídas a aquella capilla silenciosa que convidaba a orar.

“La quiero a toda costa”

La M. Sagrado Corazón hizo la profesión perpetua el día 4 de noviembre de ese año. Por cierto que la hizo muy acompañada y muy sola. Acompañada, porque el mismo día profesaron otras nueve religiosas. Sola, porque faltó quien más le importaba.

Un mes antes de la ceremonia, la M. Pilar le había comunicado que sentía “una repugnancia invencible” y que deseaba diferir su profesión por algún tiempo. La M. Sagrado Corazón sabía perfectamente que su hermana no tenía otro motivo que la dificultad en aceptarla como General. Le dolía el alma. De muy buena gana habría renunciado en este momento, como en otros anteriores, pero no podía. Ni lo admitían las Asistentes ni lo aconsejaban los jesuitas consultados, ni siquiera lo quería por entonces la M. Pilar.

El día 4 de noviembre lo pasó la superiora de La Coruña en el colegio recién abierto. Fue un día de trabajo como otro cualquiera.

En la mañana del día 4 de noviembre, el obispo de Madrid-Alcalá recibía los últimos votos de Rafaela María Porras. En el ritual había un diálogo en el que ella tuvo que hacer dos veces una afirmación.

—¿Queréis recibir a Jesucristo como Esposo?

—Sí, padre, con todo mi corazón.

—Mirad que la reparación al Corazón de Jesús exige que toda la vida lleve el sello de la abnegación, y el sacrificio de todo el ser en íntima conformidad con los sentimientos de Jesucristo, que redimió el mundo por la cruz. ¿Queréis a este precio la unión con el divino Maestro?

—Padre, la quiero a toda costa.

“A toda costa”: Rafaela María vio en ese momento toda su vida, y pensó en sus dificultades y en sus alegrías. Estaba convencida de que, en definitiva, cualquier sufrimiento era pequeño en comparación con el amor de predilección que Dios le había hecho experimentar siempre. ¿Qué podría ocurrir más adelante? Fuera lo que fuera, el que la había llevado hasta ahora como en volandas, era el mismo que la sostendría hasta el fin. El que había empezado en ella la obra buena, la iría consumando hasta el día de Cristo Jesús.

“Padre, la quiero a toda costa”. La M. Sagrado Corazón miró a las que estaban cerca, a las que hoy hacían, como ella, el último, el definitivo compromiso, y recordó, una vez más, a María del Pilar. Y en ese día de su gran fiesta pidió al Señor una especie de regalo de bodas: que su hermana fuera envuelta por la luz, y derribada, si era preciso, en su camino de Damasco, y que esto no tardara mucho ya.

* * *

En agosto del año siguiente, después de los ejercicios anuales, la M. Pilar comunicó su decisión de hacer los votos perpetuos. “He salido resuelta a hacer la profesión”, escribía. Pero no había depuesto, ni mucho menos, los juicios negativos sobre el gobierno de su hermana.

De todas formas, la M. Sagrado Corazón y las Asistentes respiraron aliviadas. ¡Era tan extraño explicar a la gente por qué una de las Fundadoras no encontraba el momento oportuno para la profesión! Aquel retraso pesaba sobre todas como una amenaza de catástrofe.

La interesada aducía que cualquiera podía comprenderlo si se conocían las circunstancias del recién fundado colegio de La Coruña. En esta ciudad, el entusiasmo de algunos venía contrarrestado por una campaña casi terrorista de otros contra el centro. “Ni la campana se libra de esta gente y de esta prensa”, decía en una carta la M. Pilar, Y era verdad. Los enemigos del colegio desplegaron todos los medios a su alcance para amedrentar a la comunidad. No sabían, es verdad, con quién topaban. Si ellos echaron imaginación a su campaña, encontraron en la M. Pilar una barrera contra la que se estrellaban. En una ocasión, algunas de estas personas empezaron a alborotar en la iglesia. La superiora atravesó la verja de separación del coro y se presentó ante ellos simplemente. Aquellos infelices se quedaron mudos a la vista de su rostro serenamente indignado. Otras veces entraban por la noche en el edificio haciendo ruido en las puertas y en las ventanas. La M. Pilar aseguró con buenos cerrojos la dependencia donde se encontraban las habitaciones de las Hermanas y lanzó la consigna de hacer como si no se enteraran; y pocas noches después dormían pacíficamente, oyendo lejanamente determinados rumores que confundían con sus propios sueños.

Los amigos de las Esclavas en La Coruña querían muchísimo a todas las Hermanas, pero adoraban a la M. Pilar. Jamás se les pasó por la cabeza que ésta pudiera hacer sufrir a nadie, y menos a la M. Sagrado Corazón.

En noviembre de 1889, la M. Pilar empezó el mes de ejercicios de San Ignacio. Y al fin, el día de la Inmaculada de ese año, hizo sola su profesión en la iglesia de la casa del Obelisco, de Madrid.

Pocos días antes murió una novicia particularmente querida de la M. Sagrado Corazón. Se llamaba María Taberno y tenía otra hermana en el Instituto, María Teresa

de San José. El día del entierro de María, la mayor se sintió mal. Moriría antes de que transcurrieran tres meses. Con ella se iban muchas esperanzas de la M. Sagrado Corazón para el porvenir; era mujer de fe, y sabía mirar a esta luz el dolor y la alegría, la vida y la muerte, pero no dejaba de sentir el desgarró de la separación.

Al enterarse de esta muerte la M. Pilar, expresó no sólo su pesar por la pérdida, sino también por el dolor que suponía para la M. Sagrado Corazón. Recordó entonces la fortaleza, siempre admirada por ella, de su hermana en estos casos: “Quiera Dios que usted conserve la serenidad de siempre”, le escribió.

Sí que se mantuvo en paz la M. Sagrado Corazón. Pero la finura de su espíritu incluía una afectividad muy rica, llena de matices, que aumentaba tanto su capacidad de gozar como de sufrir. “Figúrese usted la pena de María Teresa. Pero yo, aunque la he sentido como no puedo decir, y la siento, porque me persigue su recuerdo continuamente, estoy resignadísima a la voluntad de Dios, que nos ha pedido tan grande sacrificio”. “Es imponderable la pena que siento por María Teresa —escribía en otra carta—, pero pienso que, siendo de Dios, ¿cómo afligimos mucho de que se lleve lo que es suyo?”

Problemas e iniciativas

Al empezar el año 1890, todas las dificultades imaginables parecían haberse puesto de acuerdo para caer sobre la casa de la calle de San Bernardo. Lo peor de todo es que el obispo, por una serie de malentendidos, estaba dispuesto a provocar la clausura de la fundación. Sus tiros se dirigían a la capilla, que, según él creía, no reunía condiciones para el culto público. Y aquella comunidad, como cualquiera del Instituto de Esclavas, no podía sobrevivir sin la posibilidad de poder compartir la eucaristía al menos con las personas con las que se trabajaba.

Era una situación insostenible. Por más que la M. Sagrado Corazón quería explicarse con el obispo, convencer a éste de que en ningún modo era rebelde a sus disposiciones, aquel monseñor Sancha, amigo de otros tiempos, se distanciaba más y más de las Esclavas. “De continuar esa Congregación con esa independencia, prefiero que las dos casas que tiene usted en esta diócesis salgan de la misma, y así se lo manifestaré al Papa en cuanto tenga ocasión”. Palabras tan severas no se oyen todos los días; la M. Sagrado Corazón las calificó de “tremendas”.

Ni siquiera los sacerdotes más conspicuos de la curia diocesana comprendían tal rigor. Mucho menos lo comprendía la General. “Bendito sea Dios. A Roma hay que correr, porque esto es ya digno de consulta”, dijo. De momento, lo que hizo fue irse a la casa de San Bernardo, porque temía la fogosidad y la inexperiencia de la superiora. Esta, María del Carmen Aranda, era, al mismo tiempo, secretaria general. Después, y pensando que el asunto lo requería, convocó a sus Asistentes para una consulta extraordinaria.

Se reunieron el 25 de enero en Madrid: la M. Pilar venía de La Coruña; la M. Purísima, maestra de novicias, de la casa del Obelisco. María de San Javier residía en la misma casa de San Bernardo. La M. María de la Cruz, superiora de Córdoba, excusó su asistencia por encontrarse enferma.

Después de exponer claramente el estado de la cuestión, la General propuso la fundación de Roma. Le parecía que los problemas con el obispo eran un motivo más para realizar en esta ocasión un proyecto que todas acariciaban hacía muchos años.

La M. Pilar no vio más que dificultades, y con su actitud hizo que todas las deliberaciones fueran a ritmo más lento. En definitiva, las reunidas se separaron sin llegar a ninguna decisión concreta. La M. Pilar marchó a La Coruña. Allí siguió trabajando con verdadera dedicación a la comunidad y al colegio. Pero los centenares de kilómetros entre Finisterre y Madrid no eran nada al lado de la distancia astronómica que la separaba de su hermana.

* * *

Si en uno de estos días alguien hubiera preguntado a cualquiera de las Esclavas que vivían en Madrid, Zaragoza, Córdoba, Bilbao, Jerez o La Coruña, cuál era la cualidad más característica de la M. Sagrado Corazón, seguro que responden que la amabilidad con todas y la alegría; una alegría muy serena que parecía provenir de una grandísima paz.

Si alguien les hubiera dicho que esta superiora estaba casi al límite de su resistencia, no se lo hubieran podido creer.

Era una General muy sencilla. Se habían acostumbrado a verla en cualquier tarea. Cuando había que limpiar el “pozo negro”, por ejemplo, allí estaba ella en primera fila.

Era muy asequible. Cualquier Hermana se atrevía a hablarle y a escribirle sabiendo que siempre comprendería, que siempre tendría palabras de aliento. Las recordaba a todas y cada una, y su cariño tenía tantos matices como correspondía a la variedad de personas que componían el Instituto.

* * *

En 1890, la M. Sagrado Corazón llevó a cabo las últimas realizaciones de su gobierno. El día de San José de ese año se celebraba por primera vez la eucaristía en la nueva comunidad de Cádiz. La fundación se había decidido en el Consejo generalicio sólo por mayoría. La M. Pilar había expresado su postura de una forma extraña: “Yo no digo ni que sí ni que no”. Era una especie de abstención. A finales de abril, la M. General planteó formalmente el asunto de la fundación de Roma. Hasta la M. Pilar la creía conveniente, aunque, por supuesto, encontraba dificultades innumerables en hacerla.

Otras Asistentes iban sintiendo la influencia de aquella crítica continua; la M. María de la Cruz, por ejemplo, decía que veía razonable abrir una casa en Roma, pero que sentía verdadera repugnancia a meter- se en otro laberinto de fundación.

Con mayoría de votos se aprobó el proyecto. Y la M. Sagrado Corazón, en una filigrana de buena voluntad, ofreció su realización a la M. Pilar. Esta no aceptó la comisión.

Y así fue como, antes de empezar las últimas estaciones de su viacrucis, la M. Sagrado Corazón, con la fundación de Roma, vivió todavía días luminosos, momentos de experiencias religiosas y humanas que le ensancharon el espíritu.

Roma. “Viendo mundo, se aviva el celo”

A la M. Sagrado Corazón le hacía muchísima gracia la M. María del Salvador. Era ocurrente, desde luego; pero más allá de sus salidas oportunas había en ella un fondo de humildad y entrega desinteresada que la hacía realmente amable. Esta fue la compañera que la M. General escogió para ir a Roma. El viaje era muy largo y daba tiempo de vivir innumerables anécdotas.

Salieron de Madrid el 6 por la noche y, después de rodar todo el día siguiente a través de media España, casi de noche llegaron a la frontera de Irún. Era la primera vez que salían al extranjero, y sintieron la emoción del momento.

El día 8 hacían una parada en Pau. “Nos encontramos aquí en una fonda muy buena y baratísima, porque la hemos ajustado antes. Ya nos han pasado varias peripecias: se nos han pegado algunas señoras piadosas, y nos hemos visto negras para despistarlas. Algunos nos miran y se ríen de nuestro tipo, pero más gracia nos hace a nosotras mismas”.

Es verdad. Aquellos trajes improvisados parecían más bien disfraces de carnaval, aunque conseguían el objetivo previsto: no señalar la condición de las que los llevaban;

por cierto, con tanta naturalidad e indiferencia como si vistieran con toda la elegancia de su tiempo.

María del Salvador respondía con historias de su invención a los que les preguntaban quiénes eran y adónde iban. Y el tiempo no se les hacía pesado, aunque aquellos vagones de tercera eran lo menos confortable que puede imaginarse.

El viaje tenía también muchas horas de silenciosa contemplación. Aquellos campos, aquellas montañas que parecían correr en dirección contraria, eran un motivo de oración constante. A veces se cruzaban con otro tren.

—Parecen peregrinos —dijo un día la M. Sagrado Corazón (la escasa velocidad le permitía fijarse en el aspecto de los viajeros).

—Madre, tal vez nos hemos equivocado de tren —añadió María del Salvador—. Si nosotras fuéramos en ése, casi podríamos disimular nuestra facha. ¡Qué trajes!

—Sí, es verdad —asintió la M. Sagrado Corazón—; los estoy mirando y pienso en cuántos hijos tiene Dios.

“Viendo mundo, se aviva el celo”, concluyó ya en silencio, hablando consigo misma. Se había quedado mirando el paisaje, y tuvo una intuición de su propia insignificancia en contraste con la grandeza de Dios. Sintió, como otras veces, que El era inmenso y ella pequeñísima, y así, en esa desproporción, comprendió algo de lo mucho que Dios hacía en ella. “Viéndome pequeña, estoy en mi centro”, se dijo, y recordó que había escrito esas palabras hacía muy poco tiempo, en los últimos ejercicios espirituales.

Casi cinco días después de la salida de Madrid llegaron a Roma. La M. Sagrado Corazón permanecería en la ciudad hasta el 18 de agosto.

Lo que consiguió para el Instituto durante esos tres meses, bien puede considerarse un triunfo.

Lejos del ambiente tenso del Consejo generalicio, en Roma se movía con la naturalidad de una persona segura de sí, con objetivos claros. A los tres días de estancia se atrevía a chapurrear el italiano (a los cuatro días, incluso se fue a confesar en esta lengua). Ayudada por el agustino Enrique Pérez y por el P. Rodeles, jesuita y amigo de toda la vida, una semana después tenía presentada la instancia solicitando al cardenal vicario licencia escrita de fundación. El 17 de mayo habló por primera vez con el cardenal Mazzella, un jesuita que tenía fama de sabio y de santo. La conversación se desarrolló en un italiano macarrónico, pero el cardenal la entendió perfectamente. Fue tan agradable la entrevista, que la M. Sagrado Corazón le pidió, de buenas a primeras, que aceptara ser el protector del Instituto. El dijo que sí, y antes de acabarse mayo tenían la noticia del nombramiento oficial. “Dios nos lleva de su mano en Roma”, pensaba ella. Y así, viendo la Providencia a cada paso, no podía menos de sentirse tan a sus anchas como podía estarlo cuando era niña en la plazuela de San Juan, de Córdoba.

El día 9 de junio, en una audiencia del cardenal Mazzella con el papa León XIII, éste admitió la fundación sin condiciones. Las dos Esclavas recibieron la noticia estando en San Claudio, una iglesia de los Sacramentinos donde estaba siempre expuesto el Santísimo y a la que iban habitualmente a hacer la adoración. “Hay que ver cómo es Dios de bueno conmigo —pensaba mientras recorría el camino desde San Claudio a la casa del cardenal—; como no tengo gracia ni talento para ganar las personas, El se toma el encargo, y lo hace con más gracia y prontitud que nadie”. Se estaba acordando, seguro, del don de gentes que tenía su hermana, pero no podía negar la evidencia de que en esta ocasión ella se había conquistado en seguida las simpatías de todos los que había conocido en Roma.

El ajetreo de estos días, la novedad que suponía ver tantas cosas y encontrarse a tantas personas, no podían borrar del todo el recuerdo del problema que la esperaba en España.

- ¿Hay carta?
- Sí, Madre; de Madrid.
- ¿No hay nada de La Coruña?
- No... Tal vez se retrase el correo. Aquello está muy lejos: Finisterre, que le dicen,
- Sí, está lejos, es verdad. Está muy lejos...

El 31 de mayo, la M. Sagrado Corazón escribía a su secretaria: “La M. Pilar, ni una letra desde que me vine. Claro, ¿qué me va a decir?”

En julio llegaron las Hermanas destinadas a la nueva fundación. “En cuanto las deje con su sagrario, me marchó en seguida”, decía la M. Sagrado Corazón. El 1 de agosto se celebró por primera vez la eucaristía en la casa. Aunque la capilla era pequeña, no hubo dificultad alguna para que fuera reconocida como pública.

“Si ocurriera lo mismo en la calle de San Bernardo...”, pensaba la Madre. Estaba empeñada en conseguirlo, y aprovecharía para ello las buenas amistades que había hecho en Roma.

* * *

En España, mientras tanto, el ánimo de las Asistentes generales iba sucumbiendo ante el pesimismo y las críticas de la M. Pilar. A través de las cartas que le llegaban, la M. Sagrado Corazón percibió claramente el cambio, y sometió a consulta el volver a España o permanecer en Roma. Las contestaciones la persuadieron de que los ánimos de las Asistentes ya no eran los mismos.

El asunto de la casa de San Bernardo quedó sin resolver. El sueño de la General iba a verse interrumpido por un amargo despertar.

* * *

En la noche del 18 de agosto salía de Roma la M. Sagrado Corazón. Dejaba una pequeña comunidad completamente establecida y muchas ilusiones. Tenía un largo camino hasta España y tiempo sobrado para rumiar sus experiencias. “Cuando se ven tantos ejemplos prácticos en los santos que encierra esta Roma, se avergüenza una de ver lo poco que hace por Dios”, pensó después de acomodarse en su departamento. Recordó también sus últimos ejercicios, tan ricos en vivencias. Había sentido un deseo muy especial de trabajar mucho por Jesucristo, de hacer todo lo posible por que todos lo conozcan y lo amen. Ahora se preguntaba si sus largas caminatas por Roma habían servido para algo: ella había querido una casa que fuera como el fundamento de la unidad de su Instituto; y ahora, al volver a España, pensaba que estaba en peligro la unidad de los corazones. Para reconstruirla no le habrían importado los mayores esfuerzos y la vida misma.

El tren dejó la estación de Roma envuelto en chorros de vapor. Unos meses antes, la M. Sagrado Corazón había escrito a propósito de aquellas visitas suyas, mitad turísticas, mitad devotas: “Estos monumentos sacan de tino y se ve la grandeza de Dios de una manera tal, que las cosas de la tierra se empequeñecen, se pierden de vista...” Era de noche ahora y no se veía nada, pero hubiera sido igual de día; incluso aquellas impresiones se apagaban, y todo se reducía a la experiencia fundamental del cristianismo: la fe en el amor de Dios, la absoluta seguridad de su ternura aun en medio de las mayores dificultades. “Que El me ame aunque sea perdiendo la piel, que ésta perdieron por gozarlo los innumerables santos que encierra esta hendida y santa ciudad”, deseó y oró, estremeciéndose un poco, la M. Sagrado Corazón. Luego intentó dormirse, ayudada por el traqueteo del tren que la iba acercando a España.

“Donde no hay unión, no está Dios”

Por si le quedaba alguna duda, la reunión que tuvo con las Asistentes acabó de abrirle los ojos. No sólo no estaban de acuerdo con ella en nada, sino que se lo

demostraban con palabras mal templadas. La consulta se desarrolló en un clima tenso, y la que hacía de secretaria, al terminar de escribir cada asunto, repetía una especie de estribillo: “Se habló, pero nada se determinó”. Parecía la confusión de babel. Una cosa era clara, sin embargo: las Asistentes se inclinaban desde ahora a la opinión de la M. Pilar, al menos cuando se trataba de cuestiones de administración, Y no parecía sino que en este momento no había en el Instituto otra cuestión urgente.

“Donde no hay unión, no está Dios”, se repetía la M. Sagrado Corazón. Mientras pudiera hacer algo, seguiría trabajando por reconstruir aquella unidad que parecía perdida. En este septiembre de 1890 adoptó una actitud heroica, tanto más sublime cuanto que revestía la forma del simple sentido común. Derrochando buena voluntad, se esforzó por mirar desapasionadamente la situación y sacar el provecho posible de aquellas opiniones de las Asistentes, que, vistas objetivamente, eran, cuando menos, exageradas y desconcertantes.

María del Carmen Aranda, su secretaria, le era adicta todavía. “No se apene usted — le escribía poco después de las reuniones de septiembre—; mire usted que esto va bien y espero *gran* gloria para Dios. Con mucha razón estaban disgustadas contra mí; mire que es la verdad. Ni en las Madres ni en mí ha habido más que buen celo”.

Y para que sus esfuerzos conciliadores no fueran sólo palabras, decidió, de acuerdo con su Consejo, encargar a la M. Pilar las gestiones para la compra de una casa en Roma. No podía manifestarle más confianza.

Intentos fracasados

El día 3 de octubre de 1891 se celebró por última vez la eucaristía en la capilla de la calle de San Bernardo. Al día siguiente vencía el plazo del alquiler del edificio. Cuando se dijo a las familias de las niñas que aquel año no había colegio, aquella pobre gente echó las culpas de todo al Gobierno. ¿Cómo iban a imaginar que la causa de aquel desastre era mucho más inmediata, que estaba en gobiernos mucho más cercanos?

En el otoño de aquel año comenzó a frecuentar la casa de Madrid el P. José María Vélez, S.I. Tres veces por semana explicaba a la comunidad las Constituciones, y se había prestado, además, a dirigir la labor de corregirlas para la aprobación pontificia definitiva. Vélez era un jesuita insigne, y su ayuda se interpretó como una verdadera esperanza; no sólo para el asunto de las Constituciones, sino también para otras dificultades de gobierno.

La M. Sagrado Corazón mientras tanto, convencida de la inutilidad de tantos esfuerzos, activaba el asunto de la renuncia. Pero tampoco en esto quería apoyar su deseo la M. Pilar. Según dijo el P. Urráburu, a quien todo el Consejo generalicio visitó y expuso sus dificultades en octubre, quería mantener en el gobierno a la M. Sagrado Corazón, pero teniendo ella misma carta blanca para actuar libremente en la cuestión económica. Las Asistentes no habían aceptado tal sugerencia; les parecía —con razón— que en este caso la M. Pilar iba a tener mayores atribuciones que la misma General.

Después de esta consulta, para la cual había venido desde Roma, la M. Pilar volvió a marchar a Italia. Y las dos hermanas no volvieron a encontrarse hasta que en el año siguiente se llegó al desenlace.

“Si es cruz de nuestro Señor...”

La gran cruz de la M. Sagrado Corazón iba a ser su absoluta soledad. Inexorablemente le fueron fallando todas las personas que la rodeaban y la habían apoyado anteriormente. Primero fue la M. Pilar. Luego las otras tres Asistentes. Cuando la M. Sagrado Corazón pensaba en el cambio de éstas, no podía dejar de admirarse. ¡Dios mío, era verdaderamente asombroso saber de qué manera la M. Purísima la había animado siempre a lanzarse a todas las empresas, y ver que ahora se oponía y hasta

negaba haber tenido parte en esos negocios! ¿Y la M. María de la Cruz? En estos momentos la recordaba como en vísperas de la elección del 13 de mayo: asegurándole que a nadie le podía pasar por la cabeza que fuera General otra persona sino la que había gobernado siempre el Instituto. La M. San Javier le inspiraba algo parecido a la piedad: era una persona débil de carácter, impresionable, pero recta; estaba segura de que aquella nube incomprensible pasaría sobre ella y después volvería a ser la de siempre: una mujer honrada, inteligente, aunque bastante inútil para gobernar.

Después vino la “traición” de María del Carmen Aranda. Esta tardó más, entre otras cosas porque hasta que desapareció la casa de San Bernardo la tribulación por este asunto las unió estrechamente.

Todos los jesuitas que figuraban como asesores del Instituto, los amigos de siempre, juzgaron asunto de conciencia amonestar a aquella mujer que hacía sólo cuatro años parecía la más indicada para gobernar. Las palabras de estos hombres, sin duda bienintencionados, componían un verdadero concierto de reproches.

—A usted le falta conocimiento de sí misma y verdadera humildad. No exterior y de apariencia, sino de alma. Debería usted de convencerse de que todas tienen más virtud, más prudencia y más luz de Dios —manifestaba el P. Molina, superior de Córdoba.

—Usted tiene voluntad, pero le falta rectitud en los juicios. Y lo peor es que no resulta fácil hacerle a usted cambiar de parecer —decía el P. Cermeño.

—A usted se le ha subido *un* poquito el cargo a la cabeza —le escribió, con su aparente moderación, don José María Ibarra, dejando a su antigua dirigida tan sorprendida, que apenas se le ocurrió ninguna respuesta—. Hubiera querido decírselo de palabra, pero no tuve ocasión cuando estuvo aquí, en Córdoba. Ustedes dos unidas formaban un equilibrio perfecto; ahora, desunidas, no sé qué podrán ocasionar a la Congregación. Desde luego, ésta no es lo que era.

“Esto no tiene arreglo, Padre —escribía la M. Sagrado Corazón al P. Muruzábal—; los efectos de este malestar se van comunicando al Instituto. En desenredar historias, en oír quejas y dar consejos se pasan los días.

A este sufrir tan intenso puedo sobreponerme porque Dios, a fuerza de oración, me sostiene. Pero ¿quién remedia estos males?

Si es cruz de nuestro Señor, yo no quisiera arrojarla de mí...”

“De Él recibirlo todo...”

Antes de acabar el año 1891, la M. Sagrado Corazón hizo, una vez más, ejercicios espirituales, buscando en ellos la luz y la fuerza que tanto necesitaba. Saldría verdaderamente confortada, pero sólo por el convencimiento absoluto de que aquello era “cruz de nuestro Señor”; de ninguna manera querría ya arrojarla de sí. A esta luz veía que la cadena de incomprensiones que la atenazaban era una muestra más del amor de predilección que Dios le tenía. Es más, casi se avergonzaba de dar a sus cosas el nombre de “penas y trabajos”, cuando, en realidad, eran motivos de agradecimiento.

La M. Sagrado Corazón se admiraba de cómo podía ella, aun en medio de una situación exterior de tanta confusión y oscuridad, ver claridades tan extraordinarias en cuanto conectaba con Dios con una chispa de sosiego. En aquellos días se vio como envuelta por el sol; dentro de esa luz cegadora, ella parecía un fuegucito pequeño, como el de una cerilla. Y pensaba: “¿Cómo, estando tan dentro de Dios, su luz no confunde esta pequeña mía?” Y entonces entendió que la claridad de Dios es distinta a todas. “Allí dentro de Dios hemos de estar y de Él recibirlo todo. Pero confundirnos con Él, ni María Santísima ni la humanidad de Jesucristo; pero sí su divinidad, que es una misma con el Padre y el Espíritu Santo”.

Por más que trataba de explicar estas cosas en sus apuntes, no lograba decir todo lo que eran para ella. A veces tenía que respirar hondo, y sentía que se le habían agrandado enormemente las honduras del alma. Y venía a revivir otros momentos anteriores de su vida, en que, más que comprender a Dios, había tenido la sensación de que El se le metía hasta el fondo, hasta desbordarla y hacerle comprender con verdadero gozo aquella pequeñez suya que se perdía en la inmensidad sin límites de Dios.

“...en perfecta observancia, en profunda humildad...”

Al acabar los ejercicios escribió algunos propósitos. No salía deslumbrada, inadaptada a la realidad, después de aquellos días. Como siempre que Dios se le mostraba y le mostraba también lo que ella era, sentía hondamente la comunión con los demás, y especialmente la necesidad de reconstruir la unión con las personas que tenía más cerca.

- *Ver la imagen de Dios en todas.*
- *Fijarme más en lo bueno de las personas que en lo malo que les aparezca por fuerza. Ser muy mirado en las palabras y nunca contestar precipitadamente.*
- *Exponer la verdad con tranquilidad y paz.*
- *Hablar a las Hermanas y escuchar con atención lo que me dicen.*
- *No excusarme de lo que se diga de mí sin razón.*
- *No entristecerme por nada.*
- *Alegarme mucho del bien espiritual y corporal de las demás. Hablar bien de estos dones y hacer un acto de acción de gracias por ellos.*
- *Nunca darle importancia a imaginaciones.*
- *Siempre reanimar con mis palabras.*

Un mes después, el 1 de enero de 1892, hacía voto perpetuo de obrar siempre en “perfecta observancia, en profunda humildad y en la más perfecta mortificación posible” a mayor gloria del Corazón de Jesús. Lo pensó bien, porque aquellos adjetivos — “perfecta”, “profunda”— obligaban a mucho; pero sabía ahora que toda la situación que le rodeaba era “cruz de nuestro Señor”, y no cabían respuestas intermedias. “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida”. Con la gracia de Dios, estaba dispuesta a entregarla.

Por aquellos días recibió carta del P. Muruzábal. Era un jesuita santo y sabio; pero, como otras personas cuando ven a alguien en situación muy difícil, no encontraba palabras para aliviarla en su dolor:

“Consejos, Madre, apenas me ocurren que darle; ya sabe, y mejor que yo, todo lo que puedo decirle: que en todo busque y acepte lo que Dios le mande o envíe... Estar crucificada con nuestro Señor Jesucristo, sabe usted que es la cifra de toda perfección”.

“Como si al mismo Señor le hablase...”

En marzo de 1892, el cardenal Mazzella escribió a la M. Sagrado Corazón y a las Asistentes para que cada una de ellas redactara un informe con lo que juzgara ser causa de problemas en el gobierno del Instituto. El P. José María Vélez estaba dispuesto a ayudarles con su consejo, siguiendo las indicaciones del mismo cardenal.

Las respuestas o informes de las Asistentes debían pasar por manos de la M. Sagrado Corazón; y así, ésta, pocos días después, pudo saber lo que pensaban de ella. Decían, en definitiva, que era una buena persona y que tenía mucho espíritu, pero que le

faltaban dotes esenciales para el gobierno y que no consultaba los asuntos con las Asistentes.

El P. Vélez había recomendado a la M. Sagrado Corazón que acogiera con agrado estos informes, le gustaran o no. Por supuesto, los acogió. En cuanto a gustarle... Los de las MM. María de la Cruz y María de San Javier pudieron resultarle dolorosos, pero todavía medianamente comprensibles. El de la M. Purísima le tuvo, por fuerza, que resultar indignante. Ella había estado a su lado en todo momento y había recibido especiales muestras de confianza de la General. Ahora decía que no había tenido suficiente información; que la M. Sagrado Corazón había obrado con las Asistentes “con reserva y poca sencillez y claridad”.

La M. Pilar no tenía que entregar ningún escrito. De más sabía la General que sus informaciones orales, sus conversaciones con el cardenal, habían llevado el asunto a aquel punto.

La M. Sagrado Corazón consultó con el P. Muruzábal antes de escribir su propio informe. Le dolía toda el alma saber que, si ahora, en este momento, escribía, no podía menos de criticar la actuación de su propia hermana. Su escrito no fue, de ninguna manera, respuesta o contraataque a las críticas constantes de la M. Pilar.

El P. Muruzábal le recomendó escribir *con toda verdad y santa sencillez y puesta en la presencia de Dios y como si al mismo Señor hablase*.

Siguió ella en todo el consejo. Al empezar su informe repetía incluso las palabras que el P. Muruzábal le había escrito y subrayado.

La M. Sagrado Corazón veía como raíz de tantos males la divergencia de opiniones de su hermana y ella y el “carácter dominante y soberbio” de la M. Pilar. Como remedio, no veía más que el que sugería el P. Vélez: la unión de las dos, de la que se seguiría la sumisión de las demás Asistentes. A pesar de todo, la M. Sagrado Corazón afirmaba que compartía todos los trabajos con su hermana y que ésta era la persona que más confianza le ofrecía en el Instituto.

Al parecer, nadie en el Consejo creía en la utilidad de una Congregación general; en eso todas estaban de acuerdo.

Después de estos informes, el cardenal decidió que la M. Sagrado Corazón delegara temporalmente en su hermana, dando a ésta plenos poderes para solucionar los problemas económicos, que parecían en este momento los más urgentes. El cardenal comunicó su decisión por medio del P. Vélez.

El día 9 de junio de 1892, la M. Sagrado Corazón salía de Madrid, camino de Roma. Se detuvo en Zaragoza, y desde allí escribió a su secretaria: “Mañana salgo para Roma. Pida usted al Señor bendiga mis pasos. No voy de mi voluntad, soy mandada, y muy contenta por cumplir la santísima voluntad de Dios”.

Llegada a Roma, de acuerdo en todo con el cardenal, firmó la delegación oficial en su hermana. Era el día 19 de junio de 1892.

“Tanto o más que antes...”

El verano cayó sobre Roma con toda su pesadez habitual. Mientras en España la M. Pilar se afanaba por conjurar los supuestos peligros y males del Instituto, la M. Sagrado Corazón veía pasar los días en una estremecedora quietud. Hasta entonces su vida había sido trabajo, actividad: un verdadero pulso con el tiempo. Estaba acostumbrada a aprovecharlo hasta el último minuto, sintiendo siempre que no podía hacer todo lo que creía urgente. Ahora.., el tiempo se le había impuesto absolutamente. Estaba ahí, siempre ahí, en las horas de aparente inutilidad, en los días que se sucedían semejantes a sí mismos. Ella también sabía que el Instituto estaba en peligro, aunque por diverso motivo del que juzgaban las Asistentes. Pero mientras éstas trabajaban, ella, la M. Sagrado Corazón, no tenía más obligación que esperar. Sola entre el cielo y la tierra, vio, una vez más, pasar toda su historia, los días de aquella vida que tan tempranamente había ofrecido a Dios.

Recordaba los términos del documento de delegación: “Debiendo, por asuntos de nuestro Instituto, ausentarme de España por algún tiempo...”

“Asuntos del Instituto,,,” Parecía una piadosa mentira, pero era la verdad más grande que iba escrita en aquel documento. Tal como estaban las cosas, si ella se hubiera resistido a dejar las riendas del gobierno, la catástrofe hubiera sido inevitable. Las Hermanas, ignorantes de lo que ocurría hasta ese momento, se habrían enterado con verdadero escándalo de que las Fundadoras, con su imposibilidad de llegar a un acuerdo, habían destruido la base de la unidad familiar. Era como otro juicio de Salomón. Rafaela María era madre: antes de ser causa de la división del Instituto, lo entregaría generosamente en otras manos. Se había ido a Roma buscando un camino de pacificación para los ánimos alterados de las Asistentes, pero también para conservar la paz y la alegría de la inmensa mayoría de las Hermanas, que eran inocentes. Estas necesitaban creer que aquí, en Roma, la M. Sagrado Corazón hacía algo importante.

También ella necesitaba creerlo para poder vivir. Necesitaba saber que tanto dolor tenía algún sentido y que de su aceptación se seguirían bienes para aquel Instituto tan querido. “Recién venida —escribía al P. Hidalgo—, me encontraba en una lucha terrible, recriminándome que por mis pecados no hacía nada por la Congregación. Y sentí en el fondo de mi alma: tanto o más que antes, es trabajo eterno y de mayor honra para ella”.

“Para hacerme semejante a Cristo...”

En octubre entraba de nuevo en ejercicios. Consciente de la trascendencia del momento, la M. Sagrado Corazón se abrió a la luz de Dios con toda generosidad. “Debo pensar con frecuencia —decía— que, si alguna vez Dios quiso servirse de mí para obras de apariencia, hoy, queriéndome oculta y deshonrada a los ojos del mundo, puedo darle la misma gloria cumpliendo exactísimamente y alegremente su voluntad”.

San Ignacio dice que los que más se quieren señalar “en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo”, sino que harán “oblaciones de mayor estima y mayor momento”, y se entregarán a sufrir, si es ésa la voluntad divina y su mayor servicio, “todas injurias, y todo vituperio, y toda pobreza”. Para la M. Sagrado Corazón no había duda: ésa era la voluntad de Dios sobre ella; y su aceptación, el mayor servicio que ella podía ahora hacer a Dios.

“Divino Capitán y Salvador de mi alma: hoy, 12 de octubre de 1892, me inscribo de nuevo en tus filas para seguirte aún más de cerca que hasta aquí por las penas, trabajos, humillaciones, deshonras, malas interpretaciones, desconfianzas..., pidiéndote con toda humildad no desprecies mis deseos, como indigna de tanta gracia. Que ya sabes tú, Rey mío, que, aunque débil y cobarde, algunos esfuerzos he hecho ya por no volver la espalda al enemigo ni separarme de tu lado...”

Los propósitos de estos ejercicios eran la concreción de los grandes deseos expresados en la anterior “oblación”. Para seguir a Cristo “aún más de cerca”, la M. Sagrado Corazón juzgaba que debía esforzarse por una convivencia lo más honda y fraterna posible con todas las Hermanas, incluso con las que tanto la hacían sufrir. No se contentó con proponerse objetivos falsamente espirituales. Realista siempre, se ayudó de todos los medios que podían hacer más soportable, incluso serena y feliz, aquella situación tan extraordinariamente dolorosa. “Trabajar por la renuncia de la fantasía... Cuando me turbe algo, no hablar ni pensar en ello hasta haber dormido... No referir ninguna cosa que no sepa con entera seguridad... Oír mucho y hablar poco”. Al final de esa relación de propósitos, que bien podían ser considerados estrategias para un combate difícil, la M. Sagrado Corazón escribió:

**“Debo estar crucificada al mundo, como el mundo debe estarlo para mí.
Debo trabajar con toda mi alma**

**para que la vida de Cristo, que vive en mí,
resplandezca en todas mis obras.
Mis sentidos, potencias y afectos de mi corazón
no deben obrar más que en Cristo, por Cristo y para Cristo,
para hacerme semejante a Cristo.
Y no debo contentarme con esto,
sino con discreción y prudencia
atraer a todo el que pueda a gustar de Cristo”.**

**“...no puedo ya pedir que tengan
fin estas penas”**

Al acabar 1892, la M. Sagrado Corazón decía al P. Muruzábal que ya no era capaz de pedir que acabaran sus penas. Sentía que eran una grandísima gracia y que de su respuesta fiel se derivaría mucha honra y gloria de Dios. Estaba ya tan convencida, que sólo pedía que se hiciera en ella la voluntad del Señor. Contaba al jesuita que, especialmente en la adoración, este íntimo convencimiento parecía afectarle incluso al cuerpo; entonces, instintivamente, inclinaba la cabeza en un gesto espontáneo de sumisión. La señal de que el Señor aceptaba su ofrecimiento era la extraña fuerza que experimentaba en esos momentos y aun después; y sobre todo la alegría.

Justo en el último día del año escribió a María del Carmen Aranda, a su querida secretaria. Le hablaba de los “héroes de la gracia”, de los numerosos santos y mártires que habían dado la vida por Cristo en Roma. Pero ella quería referirse a otra forma de entrega, al martirio desconocido y oscuro que exige siempre, y más en algunas ocasiones, la convivencia fraterna. Eran días de Navidad. La M. Sagrado Corazón no podía olvidar a todas aquellas Hermanas a las cuales, al salir de Madrid, “había encerrado en el costado de Cristo”; ahora las evocaba de nuevo dentro del corazón del Niño, y a él pedía humildad profundísima para las superiores, paciencia y tolerancia mutua para las que no lo eran, y para todas, ansias grandes de imitarle en todo, pero muy especialmente en ser unas entre sí.

* * *

Para estas fechas ya la habían abandonado todas las que hacía poco la rodeaban con su cariño y confianza.

María del Carmen, su secretaria, a pesar de todas sus protestas de fidelidad.

El cardenal Mazzella, que, ante el aluvión de informes contrarios, la creía verdaderamente incapaz para el gobierno.

El P. Hidalgo, su director espiritual, que le echaba en cara su falta de sinceridad porque no le había comunicado su salida de Madrid, y que generalizaba su acusación a todas sus actitudes anteriores.

Hasta su querida M. María del Salvador. Esta había entrado en el “equipo” de personas que en Roma la vigilaban para dar cuenta de todos sus movimientos.

Lejos, allá en España, quedaban las Hermanas del Instituto. De éstas la separaba, más que la distancia, una absoluta ignorancia de todo lo ocurrido. Y era mejor así. Sólo de esta manera podrían mantenerse alegres en su vocación y fieles a las dos Fundadoras.

Quedaba sólo el consuelo sobrio del P. Muruzábal, es decir, sus exhortaciones a beber con decisión aquel cáliz amargo.

“La obra más grande que puedo hacer por mi Dios...”

A mediados de febrero de 1893, la M. Sagrado Corazón comunicaba al cardenal protector los temores que le inspiraba la situación. Ella había delegado muy de corazón en la M. Pilar a fin de que ésta buscara solución a los problemas económicos. “Pero —añadía— se está dando a este documento una interpretación amplísima”. La M. Sagrado Corazón seguía siendo nominalmente General del Instituto, y no veía la forma de conciliar su inacción con la responsabilidad que todavía le confería el cargo.

El cardenal la escuchó. Llegado este momento, él prefería también la renuncia. Todas la deseaban ya, sin acordarse de que esto había sido lo primero que había propuesto, sin que se le aceptara, la M. Sagrado Corazón.

El día 3 de marzo, la General y sus cuatro Asistentes firmaban un documento de renuncia colectiva, mirando “sólo el bien del Instituto”. El cardenal Mazzella, al presentar ese documento a la Sagrada Congregación, explicaba personalmente los motivos de aquel paso. “La mayor de las dificultades es ésta —decía en su informe—: la M. General, sea por falta de experiencia, sea porque su cabeza no está buena, obraba con plena independencia de sus Asistentes...”

Parece imposible que un hombre tan eminente llegara a equivocarse en forma tan lamentable.

* * *

El 27 de marzo, el cardenal prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares comunicaba al protector que había sido aceptada la renuncia. El cardenal Mazzella dio la noticia a M. Sagrado Corazón el día 31. Era, aquel año, Viernes Santo.

“No hay cosa de ninguna importancia, sino hacer la divina voluntad e imitar a nuestro Señor, crucificado por nuestro amor”, le había escrito unos días antes el P. Muruzábal.

* * *

En los ejercicios espirituales que hizo dos meses después, la M. Sagrado Corazón encontró definitivamente el sentido de aquella nueva etapa de su vida. Sintió en esos días el dolor de la lucha, temores por el porvenir del Instituto, repugnancia y estremecimiento ante su soledad. Pero al acabar podía decir con absoluta serenidad y lucidez:

“Todo mi empeño debo ponerlo en abandonarme sin reserva en las manos de nuestro Señor, y recibir todo lo que me envíe, por duro y amargo que sea, como pruebas de su amor para conmigo, y no atribuir las a ninguna otra cosa. Esto es darle todo el corazón, como me lo pide, y la mayor prueba de amor que puedo darle, y de absoluta confianza...”

La obra más grande que yo puedo hacer por mi Dios es ésta: el entregarme toda a su santísima voluntad, sin ponerle ni el más pequeño estorbo”.

“Este es tu oficio...”

La Congregación general para elegir un nuevo gobierno se reunió a finales de junio. El día 29, fiesta de San Pedro, fue elegida General del Instituto la M. María del Pilar.

La primera que, según el ritual de la ceremonia, le prestó obediencia fue la M. Sagrado Corazón. Puesta de rodillas, le besó la mano. Pero fue más allá del gesto ritual: alzó hacia la nueva General su rostro sereno y sonriente, y levantándose la abrazó.

Como Asistentes fueron reelegidas las MM. Purísima y María de la Cruz, y elegidas por primera vez María del Carmen Aranda y Margarita María Varo. La M. San Javier quedó en Roma, sin cargo ninguno.

* * *

“Un día —contaba la M. Sagrado Corazón al P. Muruzábal— estaba yo en la adoración y exponía al Señor mis temores respecto a la Congregación. Y se me mostró como si la amparara El mismo. Y parecía decirme: ‘Este es tu oficio: orar sin cesar y sin apartar la vista de mí; de esto depende todo su bien’”.

Seguía creciendo el Instituto. Continuaban llegando al noviciado nuevas vocaciones.

En 1887, cuando el papa León XIII aprobó definitivamente el Instituto, había más de 100 Esclavas del Sagrado Corazón trabajando incansablemente en las escuelas o en las catequesis establecidas en las cinco casas. Al aliento de la aprobación pontificia, la expansión fue mucho más rápida. En 1890, tres años después, las religiosas pasaban de 180, y en 1893, de 240. En estos números estaban comprendidas también las Esclavas que veían desde la bienaventuranza definitiva los afanes y las alegrías de sus Hermanas de la tierra... Y ciertamente la expansión “extraterrestre” había sido también rápida: para 1893 habían muerto catorce religiosas.

Amar Siempre

El mundo, en general, seguía también su ritmo. En 1893, la Regente de España, María Cristina, se apoyaba en conservadores o en liberales, y ninguno de los dos grupos acertaba a sacar al país de su retraso. El papa León XIII había publicado, dos años atrás, la encíclica *Rerum novarum*, y el marqués de Comillas estaba ahora organizando una magna peregrinación de obreros para darle las gracias.

Se estaba construyendo el ferrocarril transiberiano. Los hermanos Lumière inventaban el cine. Marconi, la telegrafía sin hilos. Se disparaba la gran época de las comunicaciones universales.

La M. Sagrado Corazón estaba descubriendo otros medios para mantener a niveles más profundos el contacto con la gran familia del Instituto. Vivía exteriormente incomunicada, pero nunca había experimentado con mayor fuerza la “comunidad”. Al salir de Madrid había dejado a todas las Hermanas “en el costado de Cristo”, y allí las encontraba ahora en esta vida suya crucificada con Cristo Jesús.

**“Tú quieres ahora esta labor tan oculta a los ojos humanos.
Es por eso muy difícil, hace falta un esfuerzo redoblado.
Pero tú lo quieres, y yo también.
Tú sabes mis ansias y trabajos para satisfacer este deseo.
El amor es fuerte como la muerte y duro como el infierno,
y es muy justo que sea así.
Pero la criatura es tan débil, que se cree impotente para corresponder.
¿Qué hará, pues, Señor mío y Dios mío?
Amar y más amar, el amor todo lo vence: pedir sin cesar este amor”.**

III. 1893-1925

A - EL GENERALATO DE LA M. PILAR (1893-1903)

“Si me viese sin posibilidad de acción...”

El día de San Pedro de 189 empezaba la etapa más larga de la vida de Rafaela María Porras. Iba a durar cerca de treinta y dos años. Desde su rincón de Roma asistiría al desarrollo del Instituto, adivinando sólo por indicios, por pequeñas señales, sus problemas, sus dolores y sus alegrías.

La M. Sagrado Corazón tenía un extraordinario espíritu de apóstol. Cuando era General había intentado por todos los medios a su alcance que el corazón de las Hermanas se abriera a las dimensiones del mundo. Tenía muy clara la misión del Instituto, y a poco de que éste hubiera quedado establecido, ya era capaz de expresar de muchas maneras lo que era y tenía que ser el meollo de la vocación de Esclava: “el amor verdadero a Jesús en la eucaristía” y “el interés de su Corazón por la salvación de todos los hombres”. Sentía con tal fuerza el fuego de esta vocación, que para ella era un verdadero martirio no poderla vivir normalmente; es decir, dedicada, como todas, a las actividades del Instituto. Pero iba a satisfacer sus aspiraciones de un modo mejor, aunque misterioso. “Si alguna vez me viese sin posibilidad de acción —había escrito allá por 1890—, me contentaría con rogar y hacer suavemente lo que está de mi parte, como me enseña mi Señor”.

Treinta y dos años fueron muchos días, y para la M. Sagrado Corazón muy pesados y difíciles de llevar. Los que la rodeaban tuvieron tiempo de pasar de la admiración al cansancio, y luego al menosprecio, y luego, en la mayoría, al olvido.

No sólo por virtud, sino por dignidad y por sentido común, la M. Sagrado Corazón había decidido emprender su nueva vida con todas las consecuencias. “Yo no creo del caso que se me tengan distinciones —escribía a su hermana—, y así espero que dirá usted a la M. María del Salvador que me trate como a todas”. Se sentía joven y llena de vida, y el hecho de no tener oficialmente ningún trabajo en la comunidad le daba la impresión de que era una persona ya anciana, jubilada. La M. Pilar le respondió que debía aceptar algunas deferencias “por el buen ver”. También escribió una carta a su antigua secretaria, María del Carmen Aranda, y en ella expresaba muy bien lo incómodo de su situación. “No sabe usted qué difícil y qué triste es ser y no ser. Por una parte, no tener ocupación, como si una no perteneciera a la Congregación; y, por otra, por no sé qué miramientos, tampoco tomar parte en los trabajos comunes de la casa. Se ve una como una señora de piso, ni más ni menos; sin libertad, y sin poder tenerla ni las superiores ni las Hermanas. Y así, estorbando en todas partes. Esto, Madre, es muy duro”.

La aprobación de las Constituciones

En 1894, la M. Sagrado Corazón iba a asistir en Roma a la aprobación definitiva de las Constituciones. Llevaba ella muy en el corazón este asunto, en el que se había ocupado activamente años antes. En 1886, cuando la Sagrada Congregación aprobó el Instituto, hizo una serie de advertencias al texto de las Constituciones que se presentaron en aquella ocasión.

El asunto de las Constituciones fue uno entre tantos de los que la M. Sagrado Corazón conoció sobre la marcha y sólo por indicios externos. En febrero de 1894 vio llegar a la M. Purísima, que prolongaría su estancia en Roma hasta el otoño. Sabía que

estaba trabajando en las Constituciones, pero nunca se le dijo una palabra más. Veía a la primera Asistente entrar y salir en la casa, recibir visitas, remover papeles... Y era un negocio que le atañía muy directamente, algo que sentía absolutamente como propio.

A veces encontraba a la M. Purísima hablando con la superiora. Y sentía la impresión desagradable que produce siempre ese silencio repentino que sobreviene cuando alguien interrumpe involuntariamente una conversación interesan te y secreta.

En muchas ocasiones vio también cómo, al acercarse ella, se cerraban con llave ciertas habitaciones, determinados armarios...

Sin ser precisamente suspicaz, la M. Sagrado Corazón sintió como nunca en ese año lo molesto de su situación. Es más, a días se le hizo insoportable, y la puso en un estado de angustia extraordinario.

Lo que no se imaginaba la M. Sagrado Corazón era que su propia hermana, es decir, la General del Instituto, también estaba padeciendo una absoluta marginación en la gestión de aquel negocio. ¿Habría sufrido todavía más de saberlo? Lo ignoramos. Lo cierto es que no pudo escoger el género de martirio que le tocaba padecer. Por este tiempo no tenía otra cosa que hacer que orar; y a esto se aplicaba con toda su alma.

En junio, cuando ya estaba terminado todo el trabajo, se atrevió a hacer una sugerencia a la M. General; quería que la preparación y la celebración de la primera comunión de niños figurase en el texto de las Constituciones. La M. Pilar accedió. Y luego escribió también a la M. María del Carmen, con la que siempre manifestó más confianza, y le decía que había expresado su deseo de ver las Constituciones, pero que suponía que no le darían gusto, porque notaba cierta desconfianza.

A punto ya de presentar el texto a la Sagrada Congregación, la M. Purísima, pensando que ya no había peligro de que pudiera intervenir en nada, se lo mostró. Y ella, la M. Sagrado Corazón, con una grandeza de ánimo increíble, lo hizo suyo y lo elogió desinteresadamente.

* * *

El día 25 de septiembre de 1894, la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares dio el decreto de aprobación definitiva de las Constituciones. Se cerraba así el último capítulo de la institucionalización de las Esclavas del Sagrado Corazón.

Unos días antes había llegado a Roma la M. Pilar. La M. Sagrado Corazón tampoco sabía en esta ocasión el motivo de su visita. Pero tuvieron ocasión de hablar largo. La General comentó algo de su conversación con una de las Asistentes. “Dice (y aseguran otras que es verdad) que el recato con ella ha sido extremado, tanto en hablar como en echar llaves. Y me confiesa ella que no lo podía sufrir y que tuvo tentaciones de todo... Y no crea usted que habla resentida; mas ¡cómo ha luchado! Sólo su virtud sólida y profunda es capaz de aguantar una situación así”.

Su ocupación: ayudar

Después de la aprobación de las Constituciones y la marcha de la M. Pilar y de la M. Purísima, con el otoño de 1894 empezó para la M. Sagrado Corazón una vida muy pacífica, pero también muy monótona. Todos los días eran iguales a sí mismos, pero la ex General los vivía al máximo, como si de su generosidad dependiera un grandísimo bien.

Estaba convencida de ello. La fe había ampliado sus horizontes hasta límites increíbles, aunque no le ahorraba ahora el tedio, como antes tampoco le había evitado el dolor. Lo peor era la incomunicación a niveles profundos. La M. Sagrado Corazón era con todas las Hermanas la imagen misma de la afabilidad, pero con ninguna podía comentar sus impresiones, sus temores y sus pasados sufrimientos. En octubre dejó la casa la M. María del Salvador, y ella sintió enormemente su partida. La quería entrañablemente,

aunque ya no sentía hacia ella la total confianza de otros tiempos (y no sabía hasta qué punto estaba justificada esta desconfianza).

Se dio al trabajo manual con una asiduidad que asombraba a todas. Como nadie le encomendaba tareas en la comunidad, tomó personalmente la iniciativa de ayudar a todas las Hermanas. Limpiaba escaleras y pasillos, hacía de pinche en la cocina, suplía a la portera siempre que lo necesitaba... Si hubieran querido señalar su función en el catálogo de ocupaciones de la comunidad, detrás de su nombre habrían tenido que añadir la denominación de “obrero no cualificado”. Luego estaban las labores. Cosía y bordaba, y alternaba los trabajos de aguja entre sí y con otros más pesados. Había llegado a calcular perfectamente la forma de aprovechar al máximo cada una de las horas del día.

Pero la descripción de su jornada de trabajo quedaría incompleta si no se tuviera muy en cuenta su oración continua, que era siempre el motor de toda su actividad, pero que en algunos momentos era también una forma de ayuda comunitaria. Además de su turno de adoración, la M. Sagrado Corazón estaba siempre dispuesta a suplir en el suyo a las Hermanas que tenían alguna dificultad.

A lo largo de toda su vida oculta, la M. Sagrado Corazón iba a mantener ante todos los que la trataban un semblante sereno. Tanto, que a la mayoría ni se le ocurrió que pudiera sufrir mucho. Y, sin embargo, la segunda superiora de la casa de Roma recibió de la ex General quejas que conmueven hasta las lágrimas. Las conocemos porque esta superiora —la M. Patrocinio— las comunicaba por carta a la M. Pilar. “Me pide, por Dios, que le dé una ocupación en que tenga que moverse mucho, pues esto no sólo le da vida, sino que lo necesita para ayudarse a pasar su situación, porque no puede menos de impresionarse cuando piensa en ella”. Desde hacía mucho tiempo, la M. Sagrado Corazón había expresado su convencimiento de que a un dolor del espíritu debe buscársele solución en una actitud fundamental de aceptación de la voluntad de Dios, pero también en los medios humanos que pueden aliviar la carga excesiva del sufrimiento, la tensión psicológica. En su caso concreto, el trabajo era la terapéutica que ayudaba al “tratamiento básico”. Seguía refiriendo la M. Patrocinio a la M. Pilar: “Dice que en esta situación no la sostiene más que el crucifijo y la mucha oración que hace, porque en el mundo está sola, y en el Instituto sólo tres le han sido fieles, sin que haya habido ninguna entre las demás que haya preguntado por qué motivo se la ha colocado en esta situación”.

El silencio, el silencio absoluto de tantas personas, le supuso una prueba desconcertante. En realidad, ella misma contribuyó a que se guardara, al aceptar la situación con tan heroica naturalidad. Creía que le eran fieles sólo tres religiosas. Pero se habría asombrado de ver por dentro, de apreciar la calidad del cariño que le guardaban muchas más, que no pudieron o no supieron expresarle sus sentimientos.

En enero de 1895 vio llegar de nuevo a la M. Pilar. Según dijo a la comunidad, estaba decidida a encontrar una casa donde pudieran vivir con más holgura.

La M. Sagrado Corazón se había acostumbrado a leer en la cara de su hermana los movimientos más sutiles. Sin decir nada, la miraba ahora; no sabía por qué, pero le parecía que aquella M. Pilar tan segura de sí hacía muy poco, empezaba a sufrir muy pronto el desgaste del gobierno. Y que, como contrapartida positiva, la experiencia de las dificultades comenzaba a actuar en ella como una purificación interior.

“Como en la casa de Nazaret”

El día 3 de mayo salía la M. Sagrado Corazón con la M. María de la Cruz para hacer una peregrinación a Loreto y Asís. El viaje, que se prolongó cuatro o cinco días, supuso vivencias espirituales muy hondas. Para ella, la autenticidad de la casa de la Virgen no suponía ningún problema crítico; la aceptaba ingenuamente, como la mayoría de los

fieles cristianos de su tiempo. Gozó muchísimo en Loreto, admirando la pobreza, la pequeñez de la casita, evocando la vida sencilla de María entre aquellas paredes y barriendo el suelo de rodillas. En el camino de Loreto a Roma, a la vuelta, se detuvieron en Foligno, transbordando a un tren que las llevó a Asís.

Hace falta haber visto el paisaje de la Umbría para comprender la sensación de primavera que experimentó la M. Sagrado Corazón. Estaba contemplando los mismos horizontes inmensos que inspiraron en el Renacimiento al Perugino o a Rafael, y sentía, como tantas otras veces, que se le dilataban los senos del alma. Pero más honda fue todavía la vivencia cristiana que le comunicaba el contacto con Francisco de Asís. Le tenía simpatía a este hombre sencillo y sublime, artista, poeta; pero, sobre todo, santo, enamorado hasta la locura de Cristo. Con frecuencia se sorprendía a sí misma repitiendo sus palabras. Unos años antes, en 1892, cuando en su angustia se vio reprendida ásperamente incluso por el P. Hidalgo, ella se apropió las palabras del "Poverello" cuando éste dijo que ya podía con toda propiedad recitar el padrenuestro. Le gustaba la imagen de Francisco abrazando al Crucificado y pisando el mundo. Y cuando más apretada se veía por su situación, sentía el impulso de cantar su esperanza con las palabras del Santo: "Es tan grande el bien que espero, que toda pena me es gozo". Indudablemente, si en el cielo hay amistades, Rafaela María buscará, entre otras, la compañía de Francisco de Asís.

De nuevo en Roma, desde aquel rincón en que se resumía para ella el universo, la M. Sagrado Corazón rumió todo aquello que había visto en pocos días, y se afianzó en su propósito de vivir en plenitud aquella vida oscura que había venido a ser la suya. "Como Jesús en la casa de Nazaret por treinta años, sin, a la apariencia, tener que ver nada del mundo, habiendo venido a redimirlo".

Ella no lo sabía, pero en 1895 le quedaban exactamente treinta años de vida.

* * *

1895, 1896, 1898, 1900... Una absoluta regularidad marcaba para la M. Sagrado Corazón el paso de los días. No podía vivir muchas novedades. Sin duda, la enorme riqueza interior de su espíritu hizo nuevo cada encuentro con Dios, especialmente cuando todos los años hacía ejercicios. Sus apuntes reflejan verdaderamente una continua ascensión. Pero la vida diaria tenía su tedio, sobre todo para una persona que, como ella, sentía fuertemente el atractivo de la acción apostólica.

El tiempo transcurría lentísimo al principio. Al cabo de un año, de dos años de estar en Roma, le daba la impresión de haber pasado allí una vida entera, y se imaginaba al P. Hidalgo viejecito y a los demás muy cambiados. Después los años empezaron su carrera loca, separándola con prisa de lo que había sido su entorno humano. En 1894 hicieron los primeros votos las últimas postulantes que ella había recibido en el noviciado de Madrid. De las que lo llenaban en estos momentos, conocía a algunas por referencias. Otras le eran totalmente desconocidas. El Instituto seguía su marcha, se rejuvenecía con miembros nuevos. Y éstos conocían cada vez menos a aquella Fundadora que desde Roma continuaba infundiendo una vida de la que ni ella misma era a veces consciente.

Nuevos capítulos de una historia oculta

"Así, de paso, he oído en recreo que el Instituto se hace cargo del colegio de Fallon, de Cádiz", escribía en 1894 la M. Sagrado Corazón a María del Carmen Aranda, pidiéndole noticias de esta fundación. Más o menos vagas o casuales fueron sus informaciones sobre otras actividades del Instituto.

En 1894, efectivamente, comenzó su existencia el colegio de las Esclavas de Cádiz; en el mismo año en que fueron aprobadas las Constituciones.

En 1895 se fundó la casa de Sevilla.

En 1897, la de Valladolid.

Eran realizaciones del Instituto, de su Instituto: la M. Sagrado Corazón las sentía como propias, las hacía propias con toda generosidad. Esas noticias la hacían vibrar, aunque las recibiera muchas veces en forma escasa y tardía. Por su parte, seguía añadiendo capítulos a una historia oculta, sólo patente a los ojos de Dios. A través de sus escritos nos parece contemplar las raíces poderosas de un árbol lleno de vitalidad; raíces que se hundan tanto más en la tierra cuanto el árbol ha de subir más arriba, cuanto más ha de extender sus ramas sobre la tierra y hacia el cielo. Por suerte para nosotros, a veces se le ocurría trasladar al papel algo de lo mucho que iba viviendo:

1894.—"Debo estar muy contenta en mi rinconcito y no meterme absolutamente en nada, sea de la casa o del gobierno, suceda lo que suceda; a todo, callar. No hay ahora en el mundo más que Dios y yo.

Nuestro Señor me ha significado muy claramente que continuaré en este martirio lento, pero dolorosísimo, en que me tiene. Me pide fe ciega en sus disposiciones sobre mí, que esto sí que es duro a mi soberbia. El me ayudará.

Cuando más perfeccione la vida común, más contento Jesús. Rehuiré toda distinción y haré por vivir lo más oculta que pueda, a no ser que la obediencia me indique otra cosa. Recordar que no hay vida más santa que la que nos asemeja a Cristo y a su madre".

1895.—"Bien sé por dónde se manifiesta ahora la voluntad de Dios, y así no tengo más que decir al despertarme y con frecuencia entre día: 'Tomad, Señor'. Y aceptar lo que me venga como de la mano amorosísima de Dios, pues ya sé por experiencia cuánto me ama y mira por mí desde que nací.

Yo, siempre, firme en la observancia, cada día con más perfección, y en lo demás dejarme en todo manejar de los demás, aunque me parezca que me hacen andar al revés. Pero como las vías del Señor son incomprensibles, de pautas torcidas saca él líneas rectas. Como que es todopoderoso y puede hacer lo que quiere, y se ríe de nuestros planes y proyectos ¡y cómo los tras- torna!

Dijo el Señor en la última Cena que nos amáramos como El nos amó, hasta dar la vida. Y no es verdadero amor amar a los perfectos sólo. Hemos de hacer lo que hizo Cristo: sufrir y agonizar por nuestros hermanos, aunque sean malos, con la intención de hacerlos buenos.

Si todos nos propusiéramos complacernos unos a otros y sufrirnos en silencio, el mundo sería un paraíso".

1896.—"Ver en todo lo que me sucede la divina voluntad. Hacer todas mis obras, aun las más sencillas, en la presencia de Dios y por El solo.

Alegarme muchísimo de ver a todas honradas, alabadas y amadas, y a mí humillada, despreciada, arrinconada, y que sólo hacen cuenta de mí para ridiculizarme.

Menos ocuparme de mí, y muchísimo, pero muchísimo más, de los intereses de Jesús. Está propicio a oírme. Si no practico este apostolado, no cumplo sus designios sobre mí.

Sólo en Jesús, por Jesús y para Jesús toda mi vida y todo mi corazón, y para siempre".

1897.—"Gozarme y mirar como una gran gracia el vivir oculta y olvidada, pero no estar ociosa, como no lo estaba Jesús en el seno materno, sino sacrificarme, como El lo hacía, por todo el mundo.

Vida oculta. ¡Aquí está para mí la mina de méritos! Las tres personas más grandes, más santas y más sabias del mundo, pasando como inútilmente la vida. Jesús sobre todo, y por treinta años, callar y casi no hacer nada en la obra que su Eterno Padre le había confiado de la salvación e instrucción de todo el

*mundo. Y yo me aflijo tanto de no hacer nada, que ni sé ni para nada soy necesaria, ni tengo dotes más que para todo echarlo a perder.
Tomad, Señor..., pero dadme vuestro amor y gracia”.*

“Escribo largamente y con caracteres que no se borran”

Día a día se iba olvidando en el Instituto la imagen de la M. Sagrado Corazón como superiora. Para algunas personas, esto era tanto como decir que se iba perdiendo del todo su recuerdo. Para las compañeras de la primera hora, desde luego que no; éstas mantuvieron con ella una correspondencia muy fiel, aunque no muy frecuente.

La M. Sagrado Corazón no era persona aficionada a largas cartas, pero fue constante en comunicarse con algunas de estas Hermanas. Siempre, por ejemplo, mantuvo una correspondencia muy, simpática con la M. María de la Cruz. Escribió cartas muy correctas, aunque menos efusivas, a la M. Purísima. No pudo olvidar jamás a las personas que en otro tiempo se le habían entregado con una absoluta confianza. “Conque yo no quiero que me quieran... —escribía a María del Carmen—. ¡Qué chascos nos vamos a llevar donde se ve sin sombras! ¡Si dijese usted ‘de cumplimientos’! Eso no, lo aborrezco cada día más; pero con sinceridad... ¡Ay Madre!”

“¡Olvidar! Ni ahora, ni antes, ni nunca; es usted hueso de mi hueso y carne de mi carne”, decía a la M. María de Jesús Gracia, una de las religiosas más antiguas.

“Aunque ni a usted ni a las demás escriba, en el Corazón de Jesús le escribo largamente y con caracteres que jamás se borran, porque es con la escritura que El mismo nos ha enseñado”. Esta frase, dirigida a la M. María de la Cruz, podría ser tomada como la mejor explicación de su relativo silencio durante esos años.

En el período 1892-1893, la comunicación entre las dos Fundadoras se había reducido casi a la nada. “Yo no escribo a usted más porque no sé qué decirle, y como no puedo fingir, a Dios le digo lo que a usted y a todos callo”, había dicho la M. Pilar en 1893. “Yo no escribo a usted porque no creo haya necesidad; puedo asegurarle que la amo más que nunca, pues reconozco en usted el instrumento con que nuestro Señor labra mi santificación. Tengo que demostrar lo que siento; de otra manera sería fingir o cumplimiento, y lo aborrezco”.

En los años que siguieron, la comunicación fue bastante frecuente; y si no puede decirse que fuera íntima, sí bastante familiar. La M. Sagrado Corazón no perdió nunca la libertad de exponer a la M. Pilar, como superiora, todo lo que juzgaba conveniente para el bien del Instituto.

En las cartas de estos años encontramos anécdotas a veces curiosas, a veces conmovedoras. En 1897 enfermó gravemente la H. María de Santa Victoria, una religiosa que había entrado en el Instituto en 1881, siendo muy jovencita. Las dos Fundadoras la querían con predilección. En una carta de la M. Pilar a su hermana se alude a ella: “Hace días que quiero responder a usted, y no sé sacar tiempo, y hoy me esfuerzo, porque la H. Victoria me lo pide para que le diga que está muy al fin y que ella cuenta con el cariño de usted para estar poco en el purgatorio. Que quería ella escribirsele a usted; pero que, como salió de la cama tan sin fuerzas y cada día va peor, imposible escribir”. Unos días después, la M. Pilar comunicaba a su hermana la noticia de esta muerte, no menos dolorosa por esperada. La H. Victoria había hecho un original testamento antes de morir; no tenía más que dos estampas, y quería entregarlas a sus dos Madres Fundadoras.

Mucho querían a la M. Sagrado Corazón las que confiaban en su cariño hasta más allá de la muerte!

El corazón contrito en la presencia del Señor

Lo que nunca supo la M. Sagrado Corazón fue lo que la recordaba, ya por estos años, la M. Pilar. “¡Cómo me acuerdo, con el corazón contrito y arrepentido en la presencia del Señor”, escribía ésta en una carta íntima en 1896. “Si a mí no me cerrara la boca la humillación y arrepentimiento que tengo de mí misma, de mi conocimiento en la presencia de Dios...” Faltaba mucho para que comunicara estos sentimientos a la M. Sagrado Corazón, pero el dolor había suavizado mucho sus antiguas expresiones de impaciencia; la incompreensión de las Asistentes y las dificultades del gobierno la iban acercando, insensiblemente, a su hermana.

En muchas ocasiones fue a Roma durante estos años la M. Pilar. Cada vez que la veía después de una temporada de ausencia, la M. Sagrada Corazón se sorprendía al constatar el paso del tiempo en su hermana. Los ojos habían perdido algo de su vivacidad natural; cuando estaba en silencio, oscurecía aquel rostro, antes tan resuelto, una sombra de preocupación. Por la M. Pilar pasaba, indudablemente, el tiempo.

Pero también la gracia.

En 1899 se cerró el colegio de La Coruña y se abrió el de Salamanca. El asunto costó muchas discusiones en el Consejo generalicio y un dolor muy profundo a la M. Pilar, que miraba aquella casa como a la niña de sus ojos. La M. Sagrado Corazón recordó la clausura de la casa de San Bernardo.

Al fin, en ese año 1899, la M. Pilar confió a su hermana algunas de las dificultades que la agobiaban. “Sepa usted en secreto —le dijo— que Dios permite que no goce de libertad”. El comunicado era parco, pero a su luz comprendió la M. Sagrado Corazón detalles que hasta entonces no supo interpretar.

Su reacción fue inmediata. Desde este momento haría todo lo posible por aliviar a la M. Pilar, olvidándose de sus propios sufrimientos.

Más todavía le preocupaba el Instituto. Ahora como nunca había que hacer lo imposible para que no se rompiera la unidad, tan amenazada.

“Si logro ser santa...”

En 1898, coincidiendo con la grave situación nacional que atravesaba España por el desastre colonial, el gobierno de la M. Pilar entró en su última crisis. Se prolongaría aún cinco años, pero como en una agonía dolorosa.

Recordar el desastre del 98 no es sólo una cierta manía de establecer paralelos. Las consecuencias de la guerra de Cuba llegaron, y muy rápidamente, a la economía del Instituto. Con frecuencia, las disputas callejeras de aquel tiempo entre clericales y anticlericales terminaban apedreando algunos conventos o gritando a sus puertas; el de las Esclavas también conoció estas experiencias.

Al final de la regencia de María Cristina, toda España vivía en una gran inestabilidad. Cualquier institución, cualquier colectivo, se creía obligado a prevenirse para el caso de una guerra generalizada. Pero la M. Pilar, que veía la urgencia de esas medidas, apenas podía mover un dedo por la falta de entendimiento con sus Asistentes.

Aquella inmovilidad forzada, aquella oposición continua de sus Asistentes, era la mejor purificación para una mujer que con frecuencia había confiado demasiado en la eficacia de sus gestiones.

Al acabar 1898, las Esclavas pasaban de 400 y el noviciado estaba floreciente. Ya había más de 200 religiosas que no conocían personalmente a la M. Sagrado Corazón. Mientras tanto, ella seguía en Roma sin cargo ni ocupación oficial.

1898.—"En el no hacer está mi mayor martirio. Dios me pide ser santa. Si logro ser santa, hago más por la Congregación, por las Hermanas y por el prójimo que si estuviera empleada en los oficios de mayor celo".

En 1900, las dificultades del Consejo generalicio llevaron a la M. Pilar a Roma. Quería expresar al cardenal protector su situación y la oposición de las Asistentes, que se había manifestado, sobre todo, a propósito de la fundación de Burgos. El cardenal las convocó a las cinco; pero, antes de que las consejeras se pusieran en camino, enfermó y murió improvisadamente.

La M. Pilar buscó el asesoramiento del P. La Torre, entonces Asistente general de la Compañía de Jesús; y como éste aceptara, convocó de nuevo a sus consejeras en Roma.

Pero no se lograron frutos concretos de esta larga consulta.

* * *

1900. Seguían entrando muchas jóvenes en el Instituto. Algunas se iban para el cielo en enfermedades rapidísimas. Otras trabajaban con ardor en las actividades apostólicas de la Congregación.

"Veo clarísimo, ahora que estoy en plena tranquilidad, que estas ansias que me dan por trabajar por Dios son tentación, pues a todo trance quiere nuestro Señor que yo rompa mi voluntad hasta en lo mejor. Dios quiere de mí sumisión completa a su voluntad. No quiere de mí obras, sino sumisión ciega a cuanto de mí disponga".

Y mientras trataba de vivir hasta el fondo las consecuencias de esta "sumisión ciega" que tanto le costaba, aquella mujer heroica se esforzaba al mismo tiempo por hacer la vida feliz a las Hermanas de Roma con las cuales le había tocado vivir. En éstas, ayudaba, y aliviaba, y amaba a todas las Esclavas que en España, lejos de ella misma, trabajaban y morían para hacer realidad y vida los ideales del Instituto.

* * *

Desde Roma también seguía el curso de los acontecimientos relativos al gobierno del Instituto. No tenía informaciones muy detalladas, pero vivía en una sintonía cada vez mayor con su hermana. A veces le ofrecía su consejo, aunque era imposible que a tanta distancia, -y no sólo física— atinara con la solución de problemas tan complicados. Pero, cuando se refería a la unión del Instituto, sus palabras se hacían de oro. Por mantener la unidad estaba siempre dispuesta a todos los sacrificios, y ahora exhortaba a la M. Pilar:

"Todo lo ofrezco por la Congregación y la unión de ustedes cinco —le escribía en 1901—, porque, si Dios nuestro Señor no remedia esto, ni la Congregación camina ni Dios nos bendice. La unión, por amor de Dios, porque así es imposible vivir. Yo no sé qué haría por esto".

El sufrimiento había acercado a las dos Fundadoras, y ahora la más joven se atrevía a aconsejar a la mayor sabiendo que sus palabras ya no molestaban a ésta:

"Nuestro Señor quiere despojar a usted de todos sus quererres, aun de los más santos —decía al comentar la muerte de la superiora de Valladolid, queridísima de la M. Pilar—. El quiere espiritualizarla a fuerza de penas para hacerla entrar de lleno en la vía de la pobreza espiritual perfecta. Prepárese usted, que, por ser cosa muy contraria a la naturaleza, debe doler mucho, muchísimo".

Sí, las dos Fundadoras estaban ahora más cerca de lo que nunca habían estado. Pero la M. Sagrado Corazón quería demasiado a su hermana, y, por generosidad y por cariño desinteresado, iba a cargar también ahora con aquella tremenda soledad que la había marcado desde su juventud. Había que conservar la concordia en el Consejo generalicio, anteponiéndola a cualquier mira personal. “Creo que no conviene que vean que tiene usted conmigo confianzas. Téngalas usted con las Asistentes, que yo a todo me resigno. Conozco ya un poquillo la mano de Dios para conmigo, y así todo se lleva mejor”.

“Pido a Dios que la ilumine...”

En el verano de 1901, la M. Pilar tomó una serie de decisiones que le parecieron muy bien a la M. Sagrado Corazón. Se relacionaban con la M. Purísima, que, al paso de los años, había llegado a tener un predominio absoluto en el gobierno. “Yo pido a Dios que la ilumine a usted, y que siga haciendo de pies, cabezas, y de cabezas, pies. Esto le es muy grato al Señor, porque como le gusta tanto la humildad y a la honra tanto se pega lo contrario, en haciendo estos cambios, se curan los malos resabios”. Con estas palabras dirigidas a la M. Pilar, la M. Sagrado Corazón se refería al nombramiento de maestra de novicias y de instructora de tercera probación. Estos cargos se acumulaban hasta entonces en la M. Purísima, que era, además, superiora de la casa de Madrid y Asistente general.

“Aquí vamos caminando como se puede y no como se debiera —escribía la M. Pilar en enero de 1902—. Las cuatro Asistentes, unidas y contrariadas; yo, sintiéndolo en el alma. El Señor nos amparará, que para lo que se espera en España no dificulta poco el no concordar”. La M. Sagrado Corazón leyó esta carta con grandísimo dolor y contestó en seguida: “Yo veo, si el Señor no lo remedia, otro nuevo desconcierto aún. Usted que tiene experiencia y conoce los sujetos, sacrifíquese por la paz, cediendo con suavidad y ganándoles los corazones para vivir unidas en la caridad de Cristo. De otra manera, por lo fuerte, no adelanta usted nada, porque la humildad no nos sobra a ninguna.

Yo hablo casi a ciegas. Si en algo le disgusto, no lo tome a mal; es que me interesa mucho”.

Pero la M. Pilar ya no se disgustaba como antes. Había aprendido, por una larga práctica, a recibir reproches, incluso amargos. Y esta carta de su hermana no era un reproche, sino un lamento del corazón; un corazón tan roto de pena como el suyo y por los mismos motivos. ¿Cómo se iba a disgustar?

“Ruego a usted que me perdone”

A partir de 1902 comenzó la serie de acontecimientos que podrían muy bien llamarse “pasión de la M. Pilar”.

Desde la muerte del cardenal Mazzella era protector del Instituto un español: el cardenal José de Calasanz Vives y Tutó. A lo largo de los últimos meses, las Asistentes generales habían ido enviando a este prelado toda suerte de quejas sobre la M. Pilar. La inmensa mayoría eran infundadas y algunas otras muy exageradas, pero el cardenal Vives les dio crédito, y el día 29 de enero enviaba a la General una carta de amonestación. El tono era durísimo. Se la acusaba, en términos generales, de actuar de espaldas a las Constituciones y al Consejo. En concreto se le reprochaba una serie de puntos relativos a la pobreza, a la clausura, a la misión del Instituto.

El golpe fue brutal. Aunque todo el conjunto de circunstancias la habían ido preparando, la M. Pilar nunca pensó que sus consejeras llegaran a tanto como acusarla oficialmente al cardenal. La experiencia fue decisiva en su maduración espiritual, una verdadera llamada a la purificación del corazón. “Agarrémonos más y más al Señor por medio de la humilde contrición de nuestros pecados y los de los demás”, escribía a una persona en aquellos días. La “humilde contrición” le trajo de nuevo el recuerdo de sus actitudes pasadas, de su mal proceder en tiempos de la M. Sagrado Corazón.

Ahora sentía la absoluta necesidad de expresar su arrepentimiento. Sencillamente, de pedir perdón.

“... Penetrada del más profundo arrepentimiento, de rodillas y por el Sagrado Corazón de Jesús y, ruego a usted que me perdone, que yo le prometo reparar mi proceder en este punto tan pronto como se me venga la oportunidad de hacerlo”.

Pedía el perdón pensando que este acto de generosidad redundaría “en honra y gloria divina y provecho de su Congregación de Esclavas”.

Por el Instituto, por la fidelidad y el amor que le tenían a todos y a cada uno de sus miembros, las dos Fundadoras se unían ahora en una voluntad común. Pero la heroica M. Sagrado Corazón hizo más, mucho más de lo que su hermana le pedía en este momento: no sólo le concedía el perdón más generoso, sino que renunciaba a cualquier tipo de rehabilitación pública. Convenía ahora seguir callando, porque hablar de esas cosas pasadas haría daño a muchas personas.

Por el Instituto, por cada una de las Esclavas de entonces y las que habían de serlo después, la M. Pilar se ofrecía a manifestar públicamente lo injusta que había sido años antes. Por el Instituto, la M. Sagrado Corazón pedía a la M. Pilar, a cambio de esa humillación que debía ahorrarse, el sacrificio de buscar la concordia con las Asistentes, de ceder todo lo posible ante ellas. Ella misma no importaba: estaba dispuesta a sufrir hasta la muerte si así lo quería el Señor.

“En el perder está la ganancia...”

La carta que la M. Pilar escribió poco después a su hermana con motivo de la fiesta del Sagrado Corazón era, al mismo tiempo, síntesis de todo lo que últimamente se habían comunicado y el preámbulo de los episodios que habían de seguir:

“Pida usted al Sacratísimo Corazón de Jesús que siempre y en todo le imitemos, como la miseria humana puede imitarle, sobre todo en abrazarnos con abnegación a la santísima voluntad, pues esto dura poco, y en el perder está la ganancia mayor y más asegurada, como El nos enseña con toda su santísima vida, pasión y muerte”.

“En el perder está la ganancia...” En las frases de la M. Pilar resonaba el eco del Nuevo Testamento, de esas viejas palabras que han dado sentido al sufrimiento de tantos hombres.

El que pierde, gana. En lo humano, la M. Pilar estaba a punto de perder su reputación como General del Instituto. Dios haría la jugada maestra convirtiendo esta aparente derrota en triunfo definitivo.

“Por caridad, por el Instituto...”

Cuando en agosto de 1902 llegaron a Roma la M. Pilar y las Asistentes, la M. Sagrado Corazón no sabía exactamente en qué punto estaba la cuestión, aunque preveía un mal desenlace. La M. Pilar encontró a su hermana desmejorada; era evidente que sufría mucho. “Es a la que menos hablo y la que más me interesa”, decía la M. Pilar en una carta de esos días. Aquel silencio ofrecía infinidad de posibilidades a la imaginación. La M. Sagrado Corazón estudiaba el rostro de la General (ya no era, por cierto, un libro tan abierto como en tiempos pasados). Lo más que leía en él era una gran angustia, equilibrada por la mansedumbre y la aceptación. La M. Pilar oraba intensamente. Muchas tardes, después de la bendición con el Santísimo, se quedaba de rodillas cerca del sagrario, con una expresión de dolor indecible. La Hora Santa, de once a doce de la noche, la hacía casi a diario.

La M. Sagrado Corazón se había propuesto no complicar las cosas más de lo que estaban. Como había escrito poco antes a la M. Pilar, no quería ser causa de desunión, no quería interferir con confianzas familiares la concordia y la confianza que debía existir entre la General y sus Asistentes.

De nuevo se imponía el silencio. Callar, orar y sufrir en silencio, indeciblemente.

Veía algunas veces salir de casa a la M. Pilar; pero esto era nada comparado con las continuas salidas, con la agitación ininterrumpida de las Asistentes.

En estos días se decidió a hablar con una de las consejeras.

—Madre, ahora comprendo que están haciendo con la M. General lo que anteriormente hicieron conmigo. Por caridad, por el Instituto, no lo hagan. ¿No podrían, por favor, esperar los dos años que le quedan de gobierno?

La M. Margarita María no supo qué contestar. Se excusó diciendo que no podía romper el secreto que la obligaba por su oficio. Y la M. Sagrado Corazón se retiró, convencida ya de que la catástrofe era inevitable.

Hacia marzo de 1903, las cosas seguían en suspenso. La M. Sagrado Corazón creyó observar que la M. María del Carmen Aranda se distanciaba de las otras tres Asistentes. No supo que el 25 de marzo se presentó en la casa el secretario del cardenal llevando un oficio de la Sagrada Congregación. De acuerdo con éste, se adelantaba a 1903 el Capítulo general que debía haberse celebrado en 1905. El cardenal Vives fijó la fecha concreta de celebración: comenzaría el día del Sagrado Corazón. La Sagrada Congregación imponía, de momento, un secreto absoluto sobre el acontecimiento.

Otro día 13 de mayo...

Hacia las once y media de la mañana del día 13 de mayo, la M. Sagrado Corazón estaba en la sala de comunidad. Se le acercó una de las religiosas de la casa.

—La M. General está depuesta —le dijo simplemente. A la que dio la noticia no se le ocurrió ningún preámbulo, porque seguramente ella misma estaba petrificada.

La M. Sagrado Corazón se levantó de un salto y se fue al cuarto de la M. Pilar. No tuvo necesidad de preguntar nada. La cara serena que le sonreía entre lágrimas era más expresiva que las palabras. Hablaron las dos hermanas (por cierto que nunca lo habían sido tan hondamente como en ese momento). La M. Pilar trataba ahora de consolar a la M. Sagrado Corazón.

Le contó que hacía ya dos días el secretario del cardenal le había comunicado la noticia, dándole como razón de aquel cambio una sinrazón manifiesta: el secretario había

dicho a la M. Pilar que no se celebraría el Capítulo general porque estaban convencidos de que las superiores y las religiosas antiguas del Instituto la volverían a elegir a ella como General. La M. Sagrado Corazón no salía de su asombro. Recordaba su propia elección como General, hacía ya diecisiete años, otro 13 de mayo precisamente, y lo que tuvo que sufrir aquel día. Pero esto era todavía peor.

Por la unión del Instituto

El nombramiento oficial de la M. Purísima como Vicaria del Instituto llegó dos días después.

La campana reunió a las profesas de la comunidad en una habitación contigua al oratorio. Llegaban todas sorprendidas, sin saber exactamente qué ocurría, pero presintiendo algo muy importante y además insólito. Sólo muy poco antes se previno a las dos Fundadoras del acto que se iba a desarrollar. El secretario del cardenal les advirtió que podían excusar su asistencia. Por razones obvias, la M. Pilar aceptó.

La M. Sagrado Corazón prefirió hallarse presente. Su pasmosa serenidad le iba a permitir actuar como una especie de maestro de ceremonias en esta ocasión, pero no era ése el papel que ella creía indispensable desempeñar. Sabía cuánto iba a costar a muchas Hermanas soportar la decisión que se les comunicaba. Ella estaría allí para servir de apoyo a toda la que desfalleciera.

—Yo haré la proclamación del decreto —anunció el secretario del cardenal.

—Perdone, señor secretario, pero creo que esto corresponde, más bien, a la M. Luz, que es la secretaria general del Instituto —dijo con voz serena, pero firme, la M. Sagrado Corazón.

—Bien, como ustedes quieran —accedió algo molesto el secretario.

La M. Luz tomó en sus manos el folio que le entregó el secretario. Temblaba. Era una mujer tímida, pero el momento hubiera estremecido a muchas personas más valientes que ella. Empezó a leer:

“Después de un maduro y pacientísimo examen del estado y de las especiales condiciones en que se halla ese Instituto, y teniendo en cuenta la dimisión que del cargo de Superiora general tiene presentada, desde largo tiempo, la M. R. Madre María del Pilar, la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares ha tenido a bien...”

Se quebraba la voz de la secretaria. Veía muy borrosas las letras a través de sus lágrimas.

—Si usted no puede, yo leeré el decreto —dijo, serena, la M. Sagrado Corazón.

—¿Usted, Madre? —la secretaria no salía de su asombro.

—Sí, yo —respondió la M. Sagrado Corazón. Y añadió muy bajo, como hablando consigo misma: “Quiero apurar el cáliz, beberlo hasta las heces”.

La M. Luz se había repuesto ahora, y con voz más firme pudo continuar. Al leer que el gobierno pasaba a la M. Purísima en calidad de Vicaria, la comunidad lloraba ya sin disimulos. La interesada, la M. Purísima, hizo entonces ademán de salir.

—No debe irse ahora —advirtió la M. Sagrado Corazón a una de las Asistentes—; tendremos que rendirle obediencia, según se acostumbra en estos casos.

La M. Purísima se sentó para recibir el gesto de sumisión y obediencia de aquella comunidad en la que estaba representado el Instituto entero.

María del Carmen Aranda iba de un extremo a otro de la habitación. Estaba al límite de la tensión nerviosa. Algunas otras de las presentes se revolvían inquietas.

—Vamos, María del Carmen, nosotras iremos las primeras —dijo la M. Sagrado Corazón con gesto persuasivo—; somos las más obligadas a hacerlo, y lo haremos por el Instituto; por la unión del Instituto.

Estaba sumamente pálida cuando decía estas palabras. La profundidad de su mirada venía acentuada por el cerco negro de las ojeras. Sentía hondamente su maternidad; sabía que en ese momento su actitud contribuiría a dar al Instituto la vida o la muerte.

Se adelantó con paso firme y se hincó de rodillas. Ella fue la primera que besó la mano, en señal de sumisión, a la M. Purísima.

Después fue María del Carmen Aranda. Y la secretaria. Y las demás Asistentes.

Luego la comunidad.

Estaban todas como quien vive una pesadilla.

* * *

La M. Pilar estaba mientras en la adoración. Eran las dos de la tarde cuando el secretario del cardenal llegó a la casa para la lectura del decreto, y ella calculó que ésta se haría hacia las tres. ¡Qué providencia! La hora aproximada en que Jesús, muerto en la cruz, recibiera la lanzada del soldado. Esta era la imagen de Cristo que siempre había llevado en el corazón la M. Pilar. “Dios vive, es justo, omnipotente y nos ama” —repetía ahora, como tantas veces a lo largo de su vida—. ¿Y al Instituto? ¿Cómo podría no amarlo, si salió de su costado?

La M. Sagrado Corazón la vio inmediatamente después de la proclamación. La nueva ex General estaba ya fuera de la capilla, viendo salir a la comunidad del acto que acababa de celebrarse. Mostraba una paz absoluta.

Rezaron las dos hermanas el *Te Deum*, la acción de gracias de las grandes ocasiones. Aunque aquéllos eran días de dolor sumo, también lo eran de misericordia.

La M. Sagrado Corazón no podía menos de recordar su oración durante tantos años, su petición constante para que la M. Pilar aceptara con humildad la voluntad de Dios. Lo que ahora estaba viendo era la demostración de que Dios da siempre más, muchísimo más de lo que nos atrevemos a pedir y a esperar.

El día 17 de junio de 1903 salió de Roma la M. Pilar. Las dos hermanas se abrazaron por última vez en la portería de la casa. No volverían a verse en este mundo.

El deber de consolar

La deposición de la M. Pilar fue para el Instituto como la conclusión de un capítulo importantísimo de su historia. Para las Esclavas antiguas, para las compañeras de la primera hora, fue como si en un mismo día les arrebataran a las dos Fundadoras.

En realidad las ganaban definitivamente, pero como cimientos de aquella casa familiar que era el Instituto.

La M. Sagrado Corazón encontró muy pronto la misión concreta que le incumbía: alentar y consolar a las Hermanas, desconcertadas por aquel cambio doloroso. Y para que sus palabras tuvieran la garantía del convencimiento personal más absoluto, se dedicó, más que nunca, a una oración constante. Su espíritu, pacificado por la unión con Dios, se hizo de esta manera y con toda verdad pacificador.

Su preocupación mayor: estar junto a su hermana, alentarla en la aceptación resignada, y aun alegre, de aquella vida de absoluta oscuridad.

“No la olvido un instante, y pido sin cesar que tenga usted mucha fortaleza para que no la abata, ni en el espíritu ni en el cuerpo, la carga de penas, mejor dicho, de perlas preciosísimas con que el Señor la ha enriquecido... Los trabajos pasan pronto y la gloria que viene después es eterna... Sometámonos bien de lleno a la santísima voluntad, y cuando la nuestra se resista porque nos duela la obra de Dios, la Congregación —que ésta ha de ser la más cruel tortura y la herida más aguda de nuestro corazón—, recurramos a la vida de Cristo y de la Virgen, y sobre todo al pie de la cruz, y comparemos si nuestro dolor es semejante al de ellos”.

Para la M. Pilar había llegado al fin la hora del silencio. El tiempo no de hablar, sino de escuchar. El tiempo no de enseñar, sino de aprender.

“Todos sus consejos —decía— procuro que se impriman en mi corazón. Para procurarlo, hago por vivir como sorda, ciega y muda”.

“Mire usted —escribía poco después—, yo ya me voy pareciendo a usted en no querer escribir a nadie, para acomodarme a la situación de súbdita en que Dios me ha puesto y para trabajar en casa, y tengo la misma codicia de hacer labor que usted. Y vivo tan contenta como jamás me he sentido tanto; ni en casa. Me consuela pensar que lo que debo es aplicarme a estudiar y practicar mi condición de Esclava, y así recibir, de quien me vinieren, los más rudos tratamientos con amor y reverencia, por venir autorizados del rey o de quien puede mandarlos. Y tengo fe de que me va a ayudar Dios nuestro Señor”.

Nunca en su vida habían estado tan unidas aquellas dos hermanas, que ahora estaban separadas por una distancia de miles de kilómetros.

“... el acto de amor más puro: ‘fiat’”

La M. Purísima debía gobernar el Instituto como Vicaria durante tres años, a partir de la fecha de su nombramiento. Es decir, hasta mayo de 1906, en que había de reunirse el Capítulo general para elegir, de acuerdo con las Constituciones, un nuevo gobierno.

El trienio 1903-1906 fue una auténtica prueba de fe para muchas religiosas. Las más adictas a las Fundadoras cambiaron de cargos y de destinos, especialmente las que por ser superiores habrían tenido que participar en la Congregación general.

Las dos Fundadoras asistían a aquella conmovición como “ciegas, sordas y mudas”. Al comienzo de esta etapa, la M. Sagrado Corazón pensó si sería oportuno y justo hacer algo por rehabilitar a la M. Pilar, y lo comunicó a María del Carmen Aranda. “Madre —le escribió, constándole que ésta no había aprobado los últimos acontecimientos del Instituto—, si ustedes creen que lo que se ha hecho con la M. Pilar es injusto, ¿por qué no lo exponen, para que no se tenga en esta situación a la que ha sido piedra fundamental del edificio?”

Lo que nunca había intentado para ella, ahora lo intentaba para su hermana.

María del Carmen Aranda sabía que la M. Purísima estaba decidida a mantener el control del Instituto a cualquier precio. Rompió la carta en seguida y con palabras veladas contestó a la M. Sagrado Corazón que no hiciera ni dijera nada en este sentido.

El Instituto había entrado en una verdadera cura de silencio. Fue como un tratamiento de urgencia que permitió a la mayoría volver a vivir en paz al cabo de algún tiempo.

Algunas especialmente llegaron al heroísmo en sus actitudes de entrega a la voluntad de Dios. Casi todas las superiores del período anterior tuvieron mucho que padecer y que aceptar. Pero ninguna llegó a las cotas de sumisión y de fe que alcanzaron las dos Fundadoras.

* * *

La M. Sagrado Corazón, que había pasado ya tantos tragos amargos, no dudó en denominar “dolorosa tragedia” a todos los sucesos del mes de mayo de 1903. Poco

después, en septiembre, hacía ejercicios espirituales. He aquí uno de los párrafos más iluminadores que escribió en esos días:

“En las aflicciones, mirar a Dios y decirle Fiat voluntas tua, y esperar con mucha paciencia que se vaya la tormenta, y callar consigo mismo y con todos... El fiat en esta ocasión es el acto de amor más puro y más hermoso que se le puede hacer al Señor”.

Los cimientos, en su puesto

—¿Cómo les va a ustedes? —preguntó por este tiempo el P. La Torre a María del Carmen Aranda.

El jesuita estaba pasando unos días en España. Nadie como él había conocido en profundidad los problemas del gobierno del Instituto hasta 1903. Lo que no sabía era que María del Carmen Aranda estaba a punto de abandonar para siempre el Consejo generalicio. Esta se encontraba tan cansada, que ni siquiera sentía el deseo de comentar las últimas disposiciones de la M. Vicaria para preparar el Capítulo general.

—No estamos del todo mal —respondió lacónicamente.

—No me extraña —dijo el P. La Torre—. Las cosas deben ser ahora bastante más sencillas para la que gobierna el Instituto. Antes, ustedes cuatro decían a todo que no, a todo se oponían. Ahora, a todo lo que propone la M. Purísima dicen que sí.

—Es verdad, Padre; pero no es tan fácil como parece...

—Me lo imagino —siguió el P. La Torre—. Pero una cosa le digo: si el Instituto sigue adelante, esté usted segura, no es por el “sabio” gobierno que ahora tiene, sino por el sacrificio de la M. Pilar y de su hermana. Las dos son santas, y ellas sostienen e impulsan el desarrollo de la Congregación.

—Estoy bien convencida de eso —asintió María del Carmen—, y en mi corazón tienen dos altares. Yo también se lo puedo asegurar.

* * *

Y el Instituto seguía adelante, y creciendo además. La última postulante recibida por la M. Pilar hacía el número 572 del catálogo general. En 1906, después del vicariato de la M. Purísima, el mismo catálogo recogía ya casi 800 nombres.

Se habían abierto también nuevas casas en Sabadell, en Granada, en Bolonia... Los “cimientos” seguían en su puesto, soportando un edificio cada vez más grande.

B - SEPARADAS, PERO CERCANAS

(1903-1916)

“Bajar la cabeza y someterse a Dios”

La M. Sagrado Corazón no cesaba de dar gracias a Dios por su hermana. La había dejado de verdad maravillada. En su asombro había algo de temor por el porvenir. ¿Sería la M. Pilar capaz de soportar día a día una vida tan oscura?

Otras personas sentían también este género de admiración, que casi llegaba a la incredulidad. La M. San Javier, por ejemplo. Ella conocía de antiguo a las dos Fundadoras. Había sido Asistente general durante el gobierno de la M. Sagrado Corazón y luego había vivido en Roma una situación algo parecida a la de ésta. Ahora, en 1903, presencié como testigo de excepción todos los episodios del fin del segundo gobierno del Instituto. Miraba y contemplaba a la M. Pilar, y no podía dejar de preguntarse de dónde sacaría fuerzas. Poco después escribió al P. Urráburu contándole todo lo que había visto, y añadía: “La pobre Madre no sé cómo tiene cuerpo para sufrir, pero está edificantísima. La M. Sagrado Corazón, como una heroína; y, aunque está muerta de pena, anima y consuela a su hermana con palabras eficacísimas. En fin, yo espero que las virtudes de estas dos santas hagan llegar la hora de la misericordia”. “Conociendo el carácter de la Madre —escribía días después—, hay que decir que ha llegado al heroísmo. Y, si se convence de que Dios le pide el sacrificio de callar por el bien del Instituto, lo hará sin vacilar”.

Después de estos elogios, que eran sincerísimos desde luego, la M. San Javier comunicaba al P. Urráburu el gran temor que sentía: la M. Pilar, que era excesivamente sencilla y comunicativa, haría posiblemente comentarios con alguna de las religiosas. Tal como estaban las cosas, si esos desahogos naturalísimos llegaban a oídos de la M. Purísima, ésta podía tomar incluso medidas extremas. “Todo se puede temer de la actitud en que están y del temor que debe tener de que se levante la familia...” Efectivamente, “la familia”, es decir, el Instituto, soportaba con dificultad la marginación de las Fundadoras, y tal vez algunas no hubieran podido sobrellevarla de no haber comprendido que ésa era precisamente la voluntad de la M. Sagrado Corazón y la M. Pilar.

María de San Javier y María del Carmen Aranda desempeñaron un papel eficaz en este momento. Conocían bien la gravedad de la situación: para ellas era claro que la M. Vicaria estaba decidida a mantener su autoridad aun al precio de amputaciones tan arriesgadas como la expulsión de una de las Fundadoras. Llevadas de este absoluto convencimiento, se atrevieron a decir a los jesuitas más apreciados por la M. Pilar que aconsejaron a ésta una postura de total sumisión. Lo hicieron, pero no sólo porque creyeran ser lo más diplomático, sino porque les parecía la única actitud de fe. “El decreto está dado por quien podía, y ahora no hay más que bajar la cabeza y someterse a Dios, que ha hablado por sus representantes —escribió el P. La Torre a la M. Pilar—. No tema usted por el Instituto. De Dios es e hijas de El son las que lo componen. El mirará por él y por ellas, y cualesquiera cosas que por sus altísimos fines permita, todo lo convertirá en bien. Dejará que usted y otras inocentes sufran, pero será para mayor santificación de ellas y de usted, y para que con el ejemplo que den ustedes de heroica humildad, obediencia, paciencia y caridad, todas las religiosas se edifiquen y progresen en las mismas virtudes.

Indudablemente, el P. La Torre no estaba por alimentar vanas ilusiones, y, sin embargo, la M. Pilar acogió esa carta y todas las del jesuita como las únicas palabras que alentaban su esperanza. Para ella habían acabado definitivamente las miras interesadas o egoístas. Estaba completamente decidida a aceptar la situación con espíritu de fe.

Conjura de silencio

La M. Sagrado Corazón y la M. Pilar se comunicaron al principio con bastante frecuencia. Entre Roma y Valladolid se cruzaron cartas que son verdaderos tesoros de fe y amor. En seguida, sin embargo, pudieron advertir que cualquiera de sus palabras habladas o escritas eran causa de recelos; en algún caso, incluso de investigaciones. Decidieron entonces distanciar las cartas. Como decía la M. Pilar, se escribirían sólo “cosas que pudieran leerse desde un balcón”. Ella misma decía que con las Hermanas había hecho muy pronto punto redondo. Y era verdad.

Alrededor de la M. Pilar se hizo en seguida una campaña de silencio que dio resultados eficaces. Por lo que se podía oír hablar en público en las casas de las Esclavas, cualquiera hubiera dicho que nunca había existido la segunda General del Instituto. La M. Sagrado Corazón pensaba con verdadera angustia en ella. Al principio había preguntado a María del Carmen Aranda. “Aquella persona querida —le contestó ésta— dicen que está tranquila y aprovechándose su alma mucho”.

Hacia 1905 había cambiado enteramente la composición de las comunidades del Instituto después de un auténtico frenesí de viajes, y ahora las Hermanas estaban en sus nuevos destinos, esperando, entre el temor y la esperanza, la próxima Congregación general. (En realidad era bien fácil predecir los resultados de esta asamblea, porque el personal que iba a participar era, en su mayoría, adicto a la M. Purísima.)

La M. Sagrado Corazón pensaba ahora en las impresiones de su hermana ante estos hechos. Le había escrito poco últimamente, y hablándole de cosas más bien triviales. (Al menos, eso podía concluirse de las cartas que ella, la M. Sagrado Corazón, había llegado a recibir.) Se atrevió a desahogar su preocupación con una de las Asistentes generales. “Yo tengo sobre mí a la M. Pilar. A mí casi no me escribe. Jamás la oigo nombrar, y, si alguna vez alguna lo hace, se corta en seguida la conversación. ¿Qué hay, Madre? Hábleme usted con confianza. ¿No se verá nunca ya nuestra Congregación con el espíritu íntimo de unión y de caridad? A mí esto me parte el corazón, porque a Dios no se le puede tener contento”.

Revivía en su espíritu tantas ocasiones en que había tenido la sensación de estorbar con su sola presencia. Diez años atrás, cuando la M. Purísima preparaba las Constituciones, había sentido en muchas ocasiones como un bofetón de silencio al acercarse a las que hablaban, al parecer, en secreto. Ahora experimentaba aquel silencio helado rodeando nada menos que el nombre mismo de su hermana. Ya era difícil soportar que, como por real decreto, fuera impuesto el olvido sobre la M. Pilar. Peor todavía era constatar que por estos motivos se estaba destruyendo la comunidad. Había muchísimas reservas para con la mayoría por parte de las poquísimas que gozaban de la confianza de las superiores mayores. “Esto no es de Dios; que no, que no”, se decía la M. Sagrado Corazón. Y pedía sin intermisión para que terminara aquello y que todas volvieran a ser un solo corazón y una sola alma.

* * *

La M. Pilar, mientras tanto, vivía en paz en Valladolid. Estaba, según decía, “bien avenida con su situación”, que veía con claridad ser para ella un auténtico don de Dios.

Es verdad que escribía menos por este tiempo. Pero también es cierto que algunas de sus cartas no llegaron nunca a su destino; como la que escribió a su hermana para la Navidad del año 1904, que apareció mucho más tarde perdida entre los papeles de la superiora de la casa de Roma. (Probablemente, no habían tenido ni siquiera interés en interceptarla; simplemente importaban muy poco las dos Fundadoras y existía la absoluta seguridad de que iban a soportar cualquier atropello. Si fue un olvido, fue de los significativos.) “No quiero dejar de contestar a la última de usted, porque me parece un

deber el alentamos mutuamente a llevar nuestra cruz —decía la M. Pilar—. A mí me ayuda mucho a esto los tres pensamientos siguientes: primero, pensar que mi misión en esta vida es procurar mi mayor perfección, sobre todo, como me aconsejaba mi P. Urráburu, ordenando mi lengua (callar con todas y de todo); segundo, huir de enterarme de lo que se hace y sucede y descansar en todo y por todo con Jesucristo; tercero, pensar que padezco por imitar a mi capitán Jesús y querer parecerme a Él”.

“Estoy en este mundo como en un gran templo”

En 1905, la comunidad de Roma hizo los ejercicios anuales en septiembre. Estaba acabándose el vicariato de la M. Purísima. La M. Sagrado Corazón era consciente de que aquellos días de especial contacto con Dios debían prepararle para situaciones difíciles y, con toda probabilidad, dolorosas. No es que ella hubiera vivido con frecuencia en una nube rosada; el hecho de gozar de la extraordinaria luz de Dios no le evitaba, a veces, sentir oscuridades y tinieblas muy densas. Ahora, al empezar los ejercicios, estaba triste, y en realidad podía pensar en muchas cosas del Instituto que inclinaban al desaliento. Se acordaba con dolor de todas aquellas que sufrían por la situación de su hermana y de ella, pero sentía también como algo suyo la actitud de “las cabezas de la Congregación” en ese momento. Era un panorama desolador. Unas sufrían extraordinariamente, y temía que a éstas les faltara la paciencia. Otras parecían muy seguras de sí y olvidadas del sufrimiento ajeno; estas últimas le daban más lástima todavía. “Se me aglomeran todas las penas sufridas por los miembros de la Congregación, las que sufro y las que quizá sufriré”, decía uno de esos días. Indudablemente, le había cogido en baja forma el comienzo de aquellos ejercicios. No sólo pensaba en los males reales, los que positivamente había, sino incluso en los que podía haber. Era la actitud típica del que está muy cansado, del que se encuentra al límite de las fuerzas.

Durante la primera meditación de ejercicios, la M. Sagrado Corazón se esforzó por conectar con Dios, aunque sentía “grandísima desolación”. Le parecía que no tendría fuerzas para terminar y que todo aquel trabajo carecía de sentido. Sin embargo, preveía que Dios estaba ahí de nuevo; lo presentía en el temor de que había de pedirle “sacrificios muy grandes”.

En ese estado de ánimo pasó la hora de oración y luego la misa. Ni siquiera en el momento de la comunión Sintió el consuelo de otras veces, ella que solía decir que no había llegado a “acostumbrarse” a la maravilla de este encuentro. No se le ocurría pensar, como en otras ocasiones, que estaba a punto de ser invadida por la luz.

El Señor del tiempo, y de la luz, y de la gracia no se le iba a hacer presente hoy ni en la capilla ni siquiera en la comunión. Había estado con ella en esos momentos, sosteniéndola en sus generosos esfuerzos, viéndola remar contra viento y marea. Ahora iba a comunicársele cuando estuviera ocupada en tareas prosaicas. Al abrir la ventana de su habitación, la luz del pleno día de aquel otoño penetró hasta los rincones, y el sol se dejó ver, desplazando una nube. La M. Sagrado Corazón experimentó en este momento la presencia de Dios. “El está conmigo”. La seguridad de esta presencia la remitió a otros momentos de su vida en que se había sentido invadida por Dios. “El está conmigo” repitió, sin palabras, todo su ser. Comprendió entonces que habría un día feliz en que se acabarían las tribulaciones y el dolor quedaría barrido de su vida para siempre. “El Señor está conmigo, y en su día me sacará de tanta tribulación como me rodea”.

Fue la experiencia de la presencia todopoderosa de Dios. “Confianza y fortaleza en Dios sólo... Dios, el todopoderoso”. Después vendría el discurrir sobre esta realidad y el sacar consecuencias: “Debo vivir en este mundo pendiente de la sola voluntad de Dios, y jamás esclavizada a ninguna criatura que se interponga a esta independencia santa de los verdaderos hijos de Dios”.

Había salido de repente de una situación de oscuridad a otra de luz. Mejor dicho, no había salido ella: la luz había irrumpido en un momento, invadiendo hasta los entresijos más escondidos de su ser.

La gran luz proyectada sobre su vida no la alejaría de la realidad, sino que le haría mirarla de una forma nueva. La acogida de la voluntad del Dios que libera de toda esclavitud le iba a conquistar definitivamente la independencia santa de los hijos. Las “cosas del mundo”, el conjunto de acontecimientos que a veces tanto la turbaban, iban a quedar muy por debajo.

Estaba en ese primer día de ejercicios en que, según San Ignacio, debe hacerse consideración sobre el “principio y fundamento”; es decir, reflexión sobre el sentido de la existencia. Y Rafaela María, iluminada verdaderamente por Dios, llegó mucho más allá de lo que podría haberlo hecho con las solas fuerzas de su razón. Vio su vida cotidiana, su sencilla vida diaria, hecha un culto de alabanza.

*Debo tener presente en todas mis acciones que estoy en este mundo
como en un gran templo.
Y yo, como sacerdote de él,
debo ofrecerle continuo sacrificio en lo que me contrarían las criaturas,
sean cuales sean, y continua alabanza en las que me satisfagan.
Y siempre, todo a mayor gloria de Dios,
que es el fin para que nos ha puesto en este mundo.*

Prosiguió el curso de los ejercicios. La M. Sagrado Corazón los hizo con toda fidelidad, abriéndose al don de Dios y sin poder olvidar en todos estos días a la M. Pilar. Tenía continuamente presente la próxima Congregación general. Los momentos de luz alternaron todavía con los de oscuridad. “El Señor me quiere como a la niña de sus ojos. El verá lo que hace de mí; yo en El confío”. Se preguntaba entonces si no saldría ya nunca de la situación en que se encontraba hacía trece años. “Las que me podrían sacar de ella, cada día parece que tienen menos ganas —pensaba, y así lo escribió—. Pero ¡qué son ellas si algún día el Señor dice ‘Basta’! Como una paja que se lleva el viento. Así lo hará, y confío ciegamente que también consolará a mi hermana”.

Al final de los ejercicios había encontrado de nuevo una extraordinaria paz. Había redescubierto el sentido de toda su vida oscura. Veía claro que todo lo sucedido a su hermana y a ella había sido dispuesto por Dios para el bien de las dos. Pensaba ahora que otras personas la suplirían durante su inacción, trabajando por la gloria de Dios y manteniendo vivo el Instituto. Por su parte, ella se alegraba de que, de una forma o de otra, su Señor fuera servido y El siguiera actuando en las demás. “En cuanto a mí —pensaba—, ocultarme cuanto pueda, formar mi historia en la sola mente de Dios con mis grandes obras ocultas”.

La M. Purísima, General del Instituto

La Congregación general III del Instituto se reunió el 29 de enero de 1906. En días anteriores fueron llegando a Roma las electoras. Había ausencias sorprendentes, por cierto. En la primera sesión, presidida por el cardenal protector, éste explicó en forma “oficial” por qué no se encontraban allí la M. Pilar y la M. María del Carmen Aranda. Según el cardenal, la Sagrada Congregación había dispuesto que de las dos Fundadoras sólo participara en el Capítulo la M. Sagrado Corazón. Aquello, propiamente, no era una explicación; la mayoría de las congregadas se quedaron muy perplejas. De María del Carmen se dijo que ella misma había pedido no asistir, por razones personales que no se

aclararon. ¿Cómo iba a decirse que María del Carmen se había visto obligada a renunciar al cargo de Asistente después de dos años de tremendas tensiones?

Lo que no dijo el cardenal en público, se dijo después en informaciones particulares. Por cierto, se prohibió tenerlas normalmente entre unas y otras electoras; éstas podían pedir datos solamente al cardenal o a la M. Purísima. La M. Sagrado Corazón, prácticamente, no tuvo nadie con quien hablar. Allí había gente que le era fiel, que también era adicta a su hermana, pero estas personas habían sido reducidas al silencio. Lo que se escuchó en estos días (en los cuales, según el reglamento, debían proporcionarse unas a otras informaciones para una mejor elección) fue que las dos Fundadoras estaban totalmente incapacitadas para gobernar. La M. Sagrado Corazón, loca, lo que se dice vulgarmente loca; la M. Pilar, camino de serlo, porque ya “estaba alelada”.

Y la M. Sagrado Corazón pudo oír esas afirmaciones en murmullos, en alusiones; esas noticias llegaron a decírsele casi en la cara.

* * *

La elección tuvo el resultado previsto después de tan larga y cuidadosa preparación. Pero la resistencia del Instituto a arrinconar a sus Fundadoras se acusó también en aquella asamblea. A pesar de que se había hecho lo posible por que no participaran determinadas religiosas. A pesar de haber impuesto como norma el silencio absoluto sobre los sucesos de 1903. A pesar de todo lo que se dijo y oyó en aquellos días sobre la supuesta enfermedad mental de las Fundadoras, hubo todavía seis votos contrarios a la M. Purísima. Cuatro de ellos, para la M. Sagrado Corazón. En la M. Pilar no pudo nadie pensar: el cardenal había comunicado que, por disposición de la Sagrada Congregación, estaba privada de voz activa y pasiva.

La M. Sagrado Corazón siguió todas las sesiones del capítulo con serenidad, aunque no sin un extraordinario sufrimiento. Intentó hablar con el protector, pero no fue atendida. “Estoy en este mundo como en un gran templo —repetía recordando sus últimos ejercicios—, y yo, como sacerdote de él, debo ofrecer continuo sacrificio en lo que me contrarían las criaturas...” Ni aun con la imaginación echada al vuelo hubiera podido prever semejantes “contrariedades” de parte de la autoridad del Instituto.

Había conquistado en los últimos ejercicios una grandísima libertad interior. Le iba a hacer falta todavía. Hacia el fin. del capítulo, la recién elegida Superiora general, la M. Purísima, propuso a las congregadas la iniciativa de pedir el generalato vitalicio para el Instituto. En realidad, las mismas Fundadoras habían tenido siempre el deseo de un gobierno parecido al de la Compañía de Jesús, pero no lo habían conseguido. Ahora el cardenal Vives estaba dispuesto a apoyar la petición.

La M. Purísima iba a pedirlo a la Santa Sede como una gracia extraordinaria, pero quería que todas mostraran su acuerdo.

La asamblea lo aceptó, aunque a muchas les repugnara. Por la mente de algunas pasó forzosamente la imagen de las dos Fundadoras. La M. Sagrado Corazón recordaba a la M. Pilar mientras oía a las congregadas: “Apruebo... Apruebo... Apruebo...” Llegó su turno: “No apruebo”, dijo con acento firme y sereno.

La M. Purísima decidió no tramitar la petición. Pero se conservó, desde luego, el folio con la instancia y las firmas de todas las congregadas. Sólo faltaba en aquel papel la firma de la M. Sagrado Corazón, aquella caligrafía suya tan firme y decidida como su propia voz.

* * *

—¿Pero de verdad está mal de la cabeza la M. Sagrado Corazón? Yo apenas lo puedo creer —decía un día una de las religiosas reunidas en la Congregación. —Eso dicen.

—Yo no le veo más que muestras de cordura.

—Bueno... Ya es un poco raro lo que hizo ayer: oponerse a firmar la instancia que quería la M. Purísima.

—Eso no es locura. Es valentía, que es distinto.

—Sí, pero a mí me extraña que se niegue a firmar y que luego esté tan contenta todo el día, participando en los festejos del nombramiento.

—Tampoco eso es locura. Es heroísmo. Yo le he oído decir siempre que hay que ser humildes y libres. Humildes para aceptar y vivir alegremente aun en medio de las dificultades de la vida. Libres para obrar en conciencia y no perder nunca la independencia santa de los hijos de Dios.

“¡Alégrese de todo...!”

En primavera de 1906, la M. Sagrado Corazón tuvo la alegría de volver a pisar tierra española. Salió de Roma el 5 de marzo, y estuvo en Sabadell, en Zaragoza y en Madrid antes de llegar a Córdoba. Las religiosas que la conocían de antiguo estaban entusiasmadas. No digamos la familia Porras. Ella se prodigó con todos, deteniéndose especialmente en las casas donde le parecía que podía ayudar. “Que me dejen trabajar, por Dios, que el ejercicio me da vida”, decía.

El gozo del encuentro se expresó en muchas cartas escritas en esos días. Las Hermanas del Instituto se admiraban de ver su sencillez, su amabilidad y alegría. “Que el Señor nos la conserve mucho tiempo para consuelo y ejemplo de las que, por su infinita misericordia, somos hoy miembros del Instituto por ella fundado”, decía el diario de la casa de Zaragoza al reseñar su visita.

El 28 de mayo, en vísperas de la boda de Alfonso XIII, hizo el viaje de Granada a Madrid. Había una extraordinaria afluencia de viajeros y los trenes llegaban con mucho retraso. La M. Sagrado Corazón estaba recordando todo lo que había visto y oído en esos días. Se acordaba especialmente de algunas de las Hermanas más antiguas; al despedirse de María de la Paz Rodríguez-Carretero había tenido el presentimiento de que no la volvería a ver. María de San José Gracia y Malagón había hablado muy largo con ella, manifestándole la pena tan grande que sentía por la situación del Instituto. Había gozado y había sufrido, constatando el paso del tiempo, y también el de la gracia, por su antiguas novicias. Las había exhortado, sobre todo, a la aceptación de la voluntad de Dios.

—Está contenta? —había preguntado a una de estas antiguas.

Le parecía ver en su mirada algo de tristeza.

—Madre, me gusta decir exactamente lo que siento: resignada, sí, pero no contenta.

—¡Ay no!, tiene que estar contenta, muy contenta —le dijo la M. Sagrado Corazón—. Alégrese de todo, porque ésa es la voluntad de Dios. Debemos alegrarnos de verdad, porque El lo quiere.

“Pesa grande aflicción sobre el Instituto”

Gran parte del mes de junio estuvo la M. Sagrado Corazón en Madrid esperando la orden de proseguir su viaje por las casas de la mitad norte de España. Pero la M. Purísima había recibido demasiadas demostraciones de entusiasmo a causa de la visita

de la antigua General y pensó que era mejor dar por terminada la estancia de ésta en España. En vez de disponer la continuación del itinerario previsto, dispuso el inmediato viaje de vuelta a Roma. Y sin más explicaciones, comunicó su decisión a la interesada a través de la religiosa que la había acompañado en todo el recorrido.

Entre las casas que le quedaban por visitar estaba Valladolid. Y en ésta, la M. Pilar esperando el encuentro. La M. Sagrado Corazón no hizo preguntas. ¿Para qué? Se hacía perfectamente cargo de la situación.

Una vez más, las dos hermanas aceptaron en silencio. No pudieron hablarse, como tanto habían deseado, y tampoco por carta comentaron aquella desilusión y, sobre todo, el nuevo atropello que suponía.

* * *

Al llegar a Roma, la M. Sagrado Corazón escribió a la M. Purísima dándole las gracias por las alegrías que le había proporcionado el viaje. También escribió al cardenal protector; se sentía en conciencia obligada a manifestar a éste sus verdaderas impresiones. “Pesa grande aflicción sobre el Instituto”, le dijo. Y es que realmente la “aflicción”, la pena, era tan palpable en las comunidades como en tiempos pasados lo había sido la alegría. Especialmente las antiguas estaban sumamente dolidas por todo el proceso de preparación del Capítulo, y en particular por la forma en que se había actuado para asegurar la elección de la M. Purísima como General. La M. Sagrado Corazón estaba convencida de que algunas soportaban la prueba sólo por el extraordinario amor que le tenían a ella y a la M. Pilar. Y estaba en lo cierto. Desde luego, la fidelidad de estas religiosas no era un simple testimonio de amistad hacia ellas. Al aceptar la situación actual, demostraban la mismísima fe de los comienzos del Instituto, cuando seguían a las dos hermanas, sin miedo a la oscuridad de los caminos, esperanzadas por la luz que vislumbraban al final. Como las Fundadoras, sus compañeras de la primera hora se habían acostumbrado a tener la vista fija en Dios y en el bien del Instituto. Por Dios y por el Instituto soportaban cualquier cosa. Pero habían perdido en gran parte el tesoro de su alegría.

La M. Sagrado Corazón puso en orden sus ideas antes de escribir al cardenal, y resumió así las impresiones recibidas en su viaje: “He visto con grandísimo dolor que el espíritu hermosísimo de caridad y sencillez en el trato se va perdiendo. Más se vive en el Instituto hoy por miedo que por amor, que es el verdadero espíritu religioso”. Se quedó mirando el papel, pensando en el sentido de lo que acababa de escribir. Recordó que, años atrás, ella había dicho que el espíritu de su Instituto estaba en “el amor a Cristo en la eucaristía” y en “el interés por la salvación de todos los hombres”. ¿Acaso había cambiado de opinión? Estaba sola en ese momento, pero hizo un gesto enérgico de negación, como dirigido a interlocutores presentes. Seguía pensando igual que hacía veinte años sobre lo que era esencial en la vocación de una Esclava; pero sentía la necesidad de añadir que no puede haber espíritu religioso ni cristiano donde no existe la verdadera libertad de los hijos de Dios.

Intercambio de fe y esperanza

Las dos Fundadoras, por este tiempo, llegaron al acuerdo de espaciar sus cartas. Porque —decía la M. Pilar— “nos queda una eternidad en que, como lo esperamos de la misericordia de nuestro Dios y Tutor, nos comunicaremos y gozaremos en todo y de todo con libertad sin tasa”. Tenían experiencia de muchas “tasas” en este asunto de la comunicación, pero ninguna de ellas consiguió hacerles perder su libertad interior. Es verdad que sufrieron, pero sin amargura. El correo entre Roma y Valladolid fue un espléndido intercambio de fe y esperanza.

Roma, 8 de mayo de 1905.

“Mi querida hermana: Aunque no le escribí para el viernes de Dolores, la tuve más presente que de ordinario, si se puede, donde le podrá aprovechar más que con enviarle cuatro garabatos. Dios es muy bueno, y se porta con nosotras como lo que es, padre y muy tierno. ¡Cuánto le debemos, y cómo debemos mostrarnos agradecidas por tantas misericordias y fiarnos ciegamente de su santísima providencia!”

Valladolid, 24 de junio de 1905.

“Mi querida hermana: Ante todo, reciba usted mi más cariñosa felicitación, y esté segura de que por nadie tengo mayor interés en este mundo que por usted. Jesús y su santísima Madre aconsejen, protejan y amparen a usted, como yo se lo pido repetidas veces al día.

No quiero ni apetezco otra cosa que abrazarme bien a los pies de Jesús crucificado y que en esta actitud reciba a la muerte. Mi P. Urráburu me tira mucho para el cielo...”

Valladolid, 6 de enero de 1907.

“Gracias a Dios que ya he sabido de usted. De lo demás que esperaba respuesta, dejémoslo a Dios, y yo lo quiero hacer con sumisión absoluta a su voluntad.

Le copio un trozo de carta que me han escrito a mí: ‘Estar en cruz con Jesús enclavado es en sumo grado penoso, y los días se hacen años y las horas meses. Pero se contenta al que por nosotros murió en ella, se crece en su amor, y cuando por su amor Puramente se sufre, no se corre, se vuela, y el corazón tiene el supremo consuelo de saber que se hace la voluntad del que se ama y que a El se le tiene contento’.

Quiera Dios que estas líneas le hagan el mismo bien que me han hecho a mi, y que así obremos, y Pensemos, y queramos estar hasta el último instante de nuestra vida”.

Roma, 12 de octubre de 1907.

“Volví de Bolonia el 28 de pasado, pero casi en seguida entré en ejercicios, saliendo ayer, y por eso recibirá usted ésta después de su día; pero los ‘regalos’ ya los tiene usted, que es lo principal. No hay más que correr hacia el cielo y a pie firme, que ya nos vamos ‘avicinando’. Y qué alegría será cuando nos diga el Señor: ‘Porque has sido fiel en lo poco, te daré la Posesión de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor’. ¡Y para siempre! Apriétese usted bien la corona de espinas sobre el corazón, implante usted con garbo la cruz, y que la haga se abra hasta donde El quiera, para que al Presentarse ante El juez usted decirle: ‘Ya ves que de justicia pido Poseerte para siempre, puesto que te he querido imitar lo mejor que he Podido y sabido durante mi vida’ “.

Valladolid, 21 de octubre de 1907.

“Gracias a Dios que tuve carta de usted hace Poco, y yo no quisiera dejar de tenerla con más frecuencia. Y no me quito de desearlo, porque creo que Dios lo quiere, e igualmente que yo le escriba a usted, aunque sea del modo que lo hacemos. Bendito sea Dios, que no nos va dejando en esta vida sino lo indispensable para soportarla; pero con su gracia, que es abundantísima. Que no la desmerezcamos nunca. Todavía no nos ha pedido lo que El nos dio: sangre por sangre y vida por vida. ¡Qué dichosas seríamos si de este modo nos distinguiéramos!”

Roma, 7 de abril de 1908.

“Se acerca su día y quiero enviarle dos letras. Yo siempre pido por usted, pero ese día será muy especialmente, para que la Santísima Virgen le modele el corazón semejante al suyo, y después goce usted a su santísimo Hijo con toda la extensión de que se haya hecho capaz por todos los actos practicados a imitación de esta amadísima Reina de los mártires. Ya tiene usted largo campo por delante...”

Valladolid, 10 de junio de 1908.

“Recibí su carta, y como viene el día del Sagrado Corazón, ya no espero más para contestarle. Ya he dicho a usted muchas veces que sus intereses espirituales y corporales en todo y siempre entran a la par que los míos. Y por lo que yo más me empeño delante de toda la corte celestial es para que correspondamos de lleno, hasta el último suspiro de nuestra vida, al plan que Dios tenga sobre nosotras. Que no lo defraudemos jamás ni levemente...”

Me decía usted en su carta que ancho campo se me proporcionaba para sufrir, y es verdad, pero yo vengo considerando mucho, y me da una gran paz, que igual de ancho es el del merecer, e infinitamente más el del gozar. Conque adelante, hasta que el Amo quiera, pues el fin no está lejano. ¡Y cómo se deslizan los días, las semanas y los años!”

Roma, 16 de junio de 1908.

“De los santos, lo que más se alaba es su grandísima humildad en las pruebas. Hagámonos santas, y nadie hace más por el Instituto que nosotras...”

Roma, 5 de julio de 1908.

“Dichoso mil veces el que padece mucho, mucho, y en esta vida lleva los mismos pasos que nuestro Señor Jesucristo, y cuando pase este soplo de vida se encuentre con la posesión de una felicidad que jamás tendrá fin.

Nosotras estamos obligadas a esto como primeras del Instituto. Somos los cimientos, que ni se ven... Nuestro Instituto es muy precioso, así que es preciso que las primeras nos dejemos apisonar bien por los instrumentos de que Dios se quiera valer, pues todo viene de su mano y El lo dirige todo para su mayor honra y gloria.

¡‘Coraggio’ y generosidad! Esto pide para usted su hermana, que quiere pida usted lo mismo para ella”.

Valladolid, 8 de junio de 1909.

“Recibí la de usted, y conviniendo con usted en que nos escribamos poco, no lo haría si no fuera porque viene la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, en cuya ocasión lo haré siempre, Dios mediante, mientras vivamos las dos, para felicitar a usted, lo cual haré en la presencia del Señor con mayor interés que por nadie.

Y este interés se me aumentó desde que conocí la dificultad en que el Señor nos ponía para comunicarnos. Y hablo así porque dicen que es lo más perfecto tomar así todas las cosas, como venidas del Señor. A nosotras nos conviene con singularidad especial el proceder delante del Señor de esta manera; es decir, que claramente nos lo manda con el suceso de las cosas de este mundo”.

Semejante correspondencia, sujeta a tantas limitaciones, supondría un verdadero tesoro para la posteridad. En esas cartas los elementos anecdóticos quedarían reducidos al mínimo en beneficio de lo esencial. Las Fundadoras, los “cimientos”, conscientes de la importancia de su misión en el edificio familiar, sólo sentían la urgencia de animarse a sostener la casa, y a mantenerse ellas mismas, no ya resignadas, sino alegres en la más segura de las esperanzas.

Cuando, con su pasito ligero, la M. Sagrado Corazón recorría los pasillos de la casa de Roma, pensaba que, de hecho, ningún trabajo presente puede compararse con la gloria que nos aguarda. “Si, ciertamente yo la espero de la infinita misericordia, y me dan ganas de cantar...”, decía para sí. Y a veces, con una melodía de su invención, tarareaba las palabras de su amigo Francisco de Asís: “Es tan grande el bien que espero, que toda pena se me convierte en gozo”.

La M. Purísima, General “ad vitam”

En octubre de 1911 se celebró en el Instituto otra Congregación general. Esta vez no participaría ya la M. Sagrado Corazón. Unos meses antes, la M. Purísima le indicó que pidiera permiso al cardenal protector para ausentarse de Roma. Como razón, le daba una bien poco convincente: su salud podía resentirse con las emociones de esos días. La M. Sagrado Corazón acogió la sugerencia y escribió al prelado, aunque omitiendo la evidente “sinrazón” de su instancia. Con toda sencillez, pidió al cardenal su permiso y su bendición para el viaje a Bolonia.

El 15 de octubre, la M. Purísima fue reelegida como General, y en ese mismo día se le concedió a título personal la gracia del gobierno vitalicio del Instituto.

La M. Sagrado Corazón y la M. Pilar estaban a muchos kilómetros de la sala en que estaban congregadas las representantes del Instituto. Esta vez no hubo ninguna voz discordante ni faltaron firmas en la instancia.

* * *

En 1911 terminaron las luchas más difíciles de la M. Sagrado Corazón. Se habían agotado las posibilidades de acción en favor de la M. Pilar. No quedaba sino la *aceptación*, el silencio absoluto, Y el convencimiento, más absoluto todavía, de que, más que nunca, Dios las había unido para siempre.

Mientras en el Instituto se corría el rumor de la enfermedad mental de las dos hermanas Fundadoras, éstas se mantenían bien atentas a los intereses de todas, y en sus cartas manifestaban una memoria feliz. En 1912, después de contar a la M. Pilar una serie de detalles sobre antiguas conocidas, la M. Sagrado Corazón hacía este comentario, tan expresivo de su actitud:

“¡Qué personas tan buenas tiene el Instituto! Consuela que le da mucha gloria al Señor y que todas mueren con señal de Predestinadas. Debemos estar usted y yo con la boca por tierra dando gracias y que toda nuestra vida sea una continua acción de gracias”.

La contestación de la M. Pilar también puede servir de ejemplo, entre las muchas cartas que por este tiempo escribió a su hermana:

“Yo no sólo pido por usted a diario, sino muchísimas veces al día, y parece que la carencia de correspondencia aumenta mi interés delante del Señor y me da gran descanso de que Dios ha de mirar mucho por usted, y por muchas razones.

Nuestra misión activa está ya terminada en esta vida, y gracias a nuestro Amo, que nos deja el grandísimo y eficaz recurso de orar por el mundo entero, y nos regala con lo mejor que tiene, que es padecer y sufrir por su amor.

Hasta cuando Dios quiera, sea por carta o porque nos llevara el Señor a su cielo, se despide, abrazando a todas esas Hermanas, la que lo es de usted por dos títulos o por muchos más.—María del Pilar”.

“Que viva y haga todo sólo para Él...”

Hacia 1914 la M. Pilar empezó a rendirse a los progresos de la arteriosclerosis. Todavía en ese año escribía cartas preciosas, pero ella misma advertía que su debilidad era cada vez mayor; asistía con plena conciencia al derrumbamiento de su mente: “Gracias a nuestro Amo estoy mucho mejor, pero a ver si la memoria se tonifica lo mismo ..” “Por mi salud no se alarme usted; me he tonificado, y tengo mayor fijeza en la mente...” La M. Sagrado Corazón no podía menos de impresionarse al recibir cartas de su hermana que le traían noticias de este género. Le daba muchísima pena, pero al mismo tiempo se alegraba de ver que en ella crecía como un mar la gracia que habían significado los acontecimientos dolorosos de su vida.

“¿Ha sido Dios nuestro Señor poco generoso en recompensar? Démosle gracias y cooperemos cuanto podamos a sus beneficios para que su obra vaya adelante y le siga dando mucha gloria”, escribía por este tiempo la M. Sagrado Corazón a la M. Pilar. Le hablaba del Instituto, la obra del Corazón de Cristo, pero también *su obra*, la que Dios había encomendado a ellas dos. Hasta la muerte no tendrían las Fundadoras otra obsesión. Por el Instituto habían entregado su juventud y todo su ser y poseer. Por el Instituto habían aceptado su marginación actual. Por él entregarían humildemente su vida cuando Dios quisiera pedírsela; sin adelantarse un minuto a su hora: “No tenga usted pena, ni quiera morirse hasta que Él quiera”, decía la M. Sagrado Corazón en una de sus últimas cartas a la hermana enferma.

* * *

Desde la oscuridad de su vida, la M. Sagrado Corazón seguía la evolución del Instituto. Por cierto, éste había crecido considerablemente. En 1911 había ya más de 1.000 religiosas y en ese mismo año se abría la primera casa fuera de Europa: la de Buenos Aires.

Tres años después se fundaba la casa de Londres y se hacía la primera división del Instituto en provincias.

Los sueños universales de Rafaela María iban convirtiéndose en realidad.

* * *

La M. Sagrado Corazón iba a entrar en la experiencia anual de los ejercicios espirituales. Corría el 1914. Europa estallaba en una guerra cuyas consecuencias terminarían por afectar al mundo entero.

Una vez más, aquella mujer sincera y lúcida iba a encarar su realidad humana a la luz de Dios. “No encuentro ya estorbos en mi alma”, repetía con sencillez y admiración. “No, no tengo estorbos. Ahora sí que estoy preparada para cualquier maravilla que el Señor quiera hacer en mí”. Después de tanto sufrimiento, su espíritu entraba en una prolongada fase de descanso.

Al terminar aquellos ejercicios, escribió en sus apuntes:

“Dios me quiere a mí muchísimo, con privilegio especial. Quiere que yo caiga en la cuenta de esta realidad, y que fomente un amor y una confianza hacia El sin límites... Que viva y haga todo sólo para El y por El, por darle gusto a El sólo.”

Como en tantas ocasiones anteriores, la luz de Dios se proyectó con fuerza en las personas que la rodeaban y en todas aquellas que, cerca o lejos, dependían en alguna manera de su solicitud. “Darle gusto a El sólo”, “vivir por El y para El” tenía que traducirse en una entrega más generosa todavía, una entrega a fondo perdido al amor y al servicio de los demás. Su corazón profundamente pacificado iba a hacerse día a día más capaz de pacificar, de dar a todos el regalo extraordinario de la alegría y la serenidad interior.

La muerte de la M. Pilar

En los primeros días de julio de 1916 llegó a las comunidades la noticia escueta de la muerte de la M. Pilar. La parquedad informativa fue un dolor añadido, totalmente innecesario, para todas aquellas que la habían querido extraordinariamente.

La carta que se escribió unos días después quería ser escueta y lapidaria; pero resultó inexacta.

“El día 1º de julio de 1916 falleció en esta casa de Valladolid, en la paz del Señor, la R. M. María del Pilar Porras.

Nació en Pedro Abad, provincia de Córdoba, el día 13 de marzo de 1846. Entró en la Congregación el 1º de marzo de 1875. Hizo su profesión el 8 de diciembre de 1889.

Estuvo en las casas de Córdoba, Madrid y Valladolid. Desempeñó los cargos de superiora, Asistente general y General.

Fue una religiosa que sobresalió por su piedad, demostrándolo particularmente en la devoción especial a la sagrada comunión y santa misa; tanto que, a pesar de su enfermedad, que le causó algún trastorno mental, no dejó hasta el último período de practicar estas devociones.

Antes de ser atacada de la congestión que le ocasionó la muerte, pareció darse cuenta de los auxilios que le prestaba el Padre que la asistía, demostrándolo en besar el crucifijo, que lo hacía con grande devoción, y santiguándose repetidas veces.

Murió con grandísima tranquilidad”.

Las redactoras de esta nota necrológica habían hecho verdaderos equilibrios para no decir que había muerto una de las Fundadoras. ¿Qué pudo sentir la M. Sagrado Corazón al escuchar su lectura? La nota decía, por ejemplo, que la M. Pilar había entrado en el Instituto el día 1 de marzo de 1875. “¿En qué Instituto, Señor?”, se decía la M. Sagrado Corazón. Las Esclavas celebraban todavía la conmemoración del 14 de abril de 1877, la fecha fundacional. Pero la M. Pilar, como la M. Sagrado Corazón, eran anteriores a esa fecha. Cuando aún no existía el Instituto como tal, ellas dos eran ya consideradas Fundadoras por las compañeras de la primera hora. En este momento, 1916, en cambio...

Como siempre que en la vida se le había presentado un dolor extraordinario, al recibir esta noticia la M. Sagrado Corazón rezó tres veces el *Te Deum*. Y allí, en el coro alto de la iglesia, con los ojos fijos en la custodia, fue recordando la vida de la M. Pilar, escribiendo en su corazón una carta verdaderamente digna de ella. La veía ahora llena de vida, como en los días de su juventud en Pedro Abad. La recordaba atractiva y generosa, rodeada del cariño de todos, entregada a los pobres, afrontando luego la contradicción de su familia... Pensaba en el origen del Instituto, tan lleno de la presencia impetuosa, excesiva a veces, pero carismática, de su hermana. Como ella misma, la M. Pilar había rechazado siempre el calificativo de Fundadora. Pero ¿qué habría sido del Instituto —pensaba la M. Sagrado Corazón— sin aquella decisión arriesgada de salir de Córdoba para Andújar en la noche del 5 de febrero de 1877? ¿y en qué hubiera quedado todo sin la conversación de la M. Pilar con el P. Cotanilla pocos días después, o sin la entrevista M. Pilar-cardenal Moreno? Era la M. Pilar la que contaba en los recuerdos de la M. Sagrado Corazón; su propio papel, tan importante, tan insustituible en el Instituto, casi desaparecía.

Evocaba luego sus dificultades, aquellas relaciones tan complejas que había sido causa de disgustos entre ellas. Releía entonces de memoria una carta que ella guardaba como la mejor reliquia de la M. Pilar: “Hace tiempo que nuestro Señor me ha dado a conocer lo injusta que fui... Penetrada del más profundo arrepentimiento, de rodillas y por el Sagrado Corazón de Jesús ruego a usted que me perdone...” Presidiendo todos estos recuerdos estaba la imagen de la M. Pilar tal como ella la vio el día 15 de mayo de 1903, hacia las tres de la tarde, aquella tarde de pesadilla en que la comunidad de Roma asistió al nombramiento de la M. Purísima como Vicaria del Instituto. Al salir de la sala en que habían estado reunidas, la M. Sagrado Corazón se encontró a su hermana y se cruzaron sus miradas en una extraordinaria y entrañable comprensión. Al rezar juntas en aquellos momentos, al expresar unidas su acción de gracias, habían sentido como nunca una honda fraternidad que consagraba para siempre su único destino ante Dios y ante los hombres.

La muerte de la M. Pilar producía en la M. Sagrado Corazón la sensación de un enorme vacío, pero sobre todo un dolor muy vivo, aunque lleno de esperanza. Cualquiera persona generosa sentiría haber hecho sufrir a alguien a quien, por otra parte, se ama profundamente. Pero es ya de espíritus muy finos sentir una pena extraordinaria por haber sido causa involuntaria de un sentimiento de contrición. Este era su caso, el de la M. Sagrado Corazón, que jamás dio motivos reales de disgusto a la M. Pilar, pero que sin duda fue para ésta una causa muy prolongada de arrepentimiento.

—M. “Sacro Cuore” —le hablaba una religiosa, cuando ella salía del coro alto—. He sabido lo de su hermana. No sabe cuánto lo siento. La encomendaré mucho al Señor.

—¡Ay Madre, no, no me dé el pésame! ¡Yo vengo de dar gracias al Señor! —le temblaba un poco la voz al decirlo, y terminó de hablar como en un susurro—. Por la muerte y por la vida de la M. Pilar hay que rezar tres veces el *Te Deum*...

Tenía la cara muy apacible, pero le rodaban ya las lágrimas por las mejillas. No explicó que eso de rezar el *Te Deum*, incluso repitiéndole tres veces, era una especie de costumbre de las antiguas del Instituto para “celebrar” cristianamente un gran dolor.

C. LOS ULTIMOS AÑOS

(1916-1925)

La caridad amable y servicial

La M. Sagrado Corazón tenía ya sus años cuando murió la M. Pilar, aunque, como ella decía, todavía no la habían visitado los achaques de la vejez. El trabajo, su compañero inseparable desde la juventud, había llegado a ser en ella una segunda naturaleza.

Su laboriosidad, como su humildad, estuvo siempre orientada al amor. La M. Sagrado Corazón no era una idólatra del trabajo. Era capaz de dejarlo todo por escuchar con atención al que la necesitaba. Comprendía perfectamente que hay muchas ocasiones en que lo más importante no es “hacer”, sino “contemplar”. En la vida diaria su servicialidad fue un testimonio constante de esa caridad que es paciente y benigna; la suya lo era, desde luego, y también amable, sonriente, cortés.

En una ocasión, hacía ya mucho tiempo, había dicho que trabajaba con todas y a la par de todas con sus vehementísimos deseos de extender la gloria de Dios. Mantuvo esos deseos año tras año, y los manifestó en su voluntad sincera y eficaz de ayudar a las Hermanas de su comunidad. Si alguna necesitaba terminar una tarea urgente, sabía que la M. Sagrado Corazón la sacaría de apuros. A veces no eran siquiera cosas imprescindibles. Parecía haber aprendido a la perfección que ni un vaso de agua fresca que se dé a un sediento queda sin recompensa; pero además daba la impresión de que, para ella, la mejor recompensa era ver la satisfacción del sediento al beber. Quería entrañablemente a todas las Hermanas. “Amar y más amar, el amor todo lo vence. Pedir sin cesar el amor”. Dios había sido la fuerza que le permitió mantener día a día aquel amor constante y desinteresado.

Con el paso de los años había llegado a orar continuamente, a sentir la presencia amigable de Dios incluso en medio de las ocupaciones más prosaicas. Estaba siempre en el gran templo del mundo ofreciendo el sacrificio y la alabanza de su vida. Ardía en un género de amor humilde cuya expresión preferente es la adoración. Desde niña había sentido hasta el estremecimiento su propia pequeñez al contacto con la inmensidad de Dios. Los “extremos” de su Señor la sacaban de sí y la hacían deshacerse en agradecimiento. Cuando en otros tiempos contemplaba el mar, se sorprendía de la grandeza del Creador, pero todavía más de la aparente humildad de su amor manifestada en la eucaristía. “Esto sí que es un mar sin fondo”, exclamaba. Ahora, en su ancianidad, seguía siendo la misma. Buscaba la cercanía de “Jesús sacramentado”, el centro de la vida comunitaria del Instituto, la vida y la alegría de su vocación.

Hacia 1920 ya eran muchas las personas que ignoraban su condición de Fundadora. Es más, a ella misma no se le ocurría hablar nunca de eso, ni siquiera con el sacerdote que fue durante años su confesor.

Era simplemente una desconocida para gran parte de las Esclavas que, en España y en distintos lugares del mundo, seguían viviendo y trabajando con generosidad. El Instituto se había extendido mucho y las nuevas generaciones recogían de las antiguas la herencia de una misma vocación. La M. Sagrado Corazón no perdió nunca la capacidad de sintonizar con la vida, y todavía más con la vida que comienza. Lo mismo que se enternecía al ver las fotografías de sus sobrinos pequeños, sentía una simpatía especial por las novicias del Instituto, por las jóvenes que estrenaban los primeros puestos de trabajo en su misión apostólica.

Sufría, en cambio, por el nuevo estilo de gobierno que se iba imponiendo día a día. No podía soportar determinadas manifestaciones de temor que a veces sorprendía en las

Hermanas. Tampoco la ostentación que poco a poco, insensiblemente, había llegado a rodear a la autoridad. “María —decía un día a una religiosa, cuando entran las grandezas se pierde la cabeza”. Sentía fuertemente la nostalgia de la sencillez de los primeros tiempos.

“No muy tarde estaremos reunidas...”

Hasta 1918 aproximadamente la M. Sagrado Corazón había tenido una buena salud. En ese año confesó por primera vez que le dolía una pierna. En realidad, hacia ya mucho tiempo que se le formaban callos en las rodillas, pero ella misma se los curaba con procedimientos tan sencillos como expeditivos. Sin embargo, esta vez su cirugía —un simple corte de tijeras— no dio resultado. Se le infectó la herida, y la rodilla se inflamó notablemente. Costó mucho reducir la infección, y, además, no se consiguió del todo: en 1920 el mal llegaba ya a las articulaciones y se hizo necesaria una verdadera intervención quirúrgica. Ahora no pudo ya la M. Sagrado Corazón ser médico de sí misma.

La enviaron unos días a Monte Mario, a una nueva casa situada en las afueras de Roma. A la M. Sagrado Corazón le impresionaron las magnitudes del edificio que allí se estaba levantando; le parecieron una especie de símbolo de la autoridad imponente del gobierno del Instituto en esos momentos. Aquella casa enorme le daba casi miedo. En cuanto se recuperó un poco, pidió con insistencia volver a Roma, a su modesta habitación de la casa de Via Piave. En ella se sentía mejor, aunque no pudiera disfrutar del aire sano de la finca de Monte Mario. Cualquier rincón le era aquí familiar, pero tal vez ninguno como el rinconcito del coro alto de la iglesia en el que había pasado tantas horas contemplando a su Señor.

No se iba a rendir todavía. Había experimentado en su cuerpo los efectos de una enfermedad seria. A sus años, después de una juventud y una madurez fundamentalmente sanas, los terribles dolores de la rodilla, extendidos a casi todo el organismo, le recordaron inevitablemente el fin, ya cercano. No se atemorizó, ni mucho menos. Estaba preparada para acoger el dolor físico, la enfermedad e incluso la muerte, como a lo largo de su vida había ido acogiendo todos los sucesos agradables o costosos. Era el momento de cantar, tarareando, como años atrás, las palabras de San Francisco: “Es tan grande el bien que espero, que toda pena me es gozo...”

Desde ahora se emplearía en trabajos más sencillos. Ya no la veían trajinar por la casa, recorrer los pasillos con su paso rápido; pero la veían llegar justo a tiempo en cualquier ocasión, andando suavemente y apoyada en su bastón de enferma.

Toda la vida se había esforzado por estar atenta a las necesidades de los demás. Tenía ya una larga práctica en eso de mirar antes las dificultades ajenas que las propias. Y así no vio en su enfermedad una excusa para dejar de ayudar cuanto podía y como podía a todo el que lo necesitaba. Tampoco se creyó dispensada del esfuerzo que le exigía la convivencia con las que la rodeaban o la comunicación con las que estaban lejos.

En 1922 se temió por su vida. Tuvo una erisipela tan grave, que llegaron a darle los últimos Sacramentos; pero todavía su fuerte naturaleza triunfó de la crisis. Con motivo de esta enfermedad, recibió cartas de algunas de las religiosas antiguas. Se conmovió mucho al ver la letra de sus fieles compañeras, de aquellas Hermanas que la habían seguido desde el principio y que la consideraban todavía, en el fondo de sus corazones, Madre y Fundadora (y ahora en exclusiva, desde la muerte de la M. Pilar). Todavía vivían para estas fechas seis de las que habían formado el núcleo primitivo del Instituto; éstas no la podían olvidar, ni tampoco ella podría olvidarlas jamás.

La M. María de Jesús Gracia y Malagón formaba parte de ese grupo incondicional. A ella dirigió la M. Sagrado Corazón una de sus últimas cartas. Casi un testamento:

“Siempre recibo con mucha alegría sus cartas y las de todas esas carísimas Hermanas, y, sobre todo, las oraciones que hacen por mí, especialmente durante mi enfermedad; el Señor se lo premie, no como yo deseo, sino como El sabe que más le conviene a cada una. Yo ya estoy casi bien, gracias a Dios, o, mejor dicho, bien, porque un poco de debilidad que me queda en las piernas espero en el Señor que pronto desaparecerá. Yo jamás olvido a ninguna, especialmente a mis viejecitas, y me alegro al pensar que no muy tarde estaremos reunidas para no separarnos jamás. ¡Cuánto charlaremos entonces del cúmulo de misericordias de Dios sobre nosotras y nos estimularemos mutuamente a manifestar a nuestro Señor nuestra gratitud inmensa! Sigamos, hermana mía, sirviéndole con toda la generosidad que podamos, que todo se lo merece, y pidámosle siempre muy de corazón por esta obra suya, que cada día sea más de su agrado, y por todos y cada uno de sus miembros, que son miembros nuestros, como que todas somos fruto del amor de su Sacratísimo Corazón; bendito sea”.

“Miro al Señor, y El me mira a mí”

Sus movimientos se iban reduciendo poco a poco, pero todavía no tanto como para renunciar a una cita diaria que le daba nuevas fuerzas para vivir. Despacio, despacito, apoyándose en su bastón y arrastrando literalmente su pierna enferma, se llegaba hasta un rinconcito del coro. Se había acostumbrado a contemplar desde él a su Señor. Aquella ventanita había sido por mucho tiempo su balcón del mundo.

—Pero, Madre, ¿adónde va usted? ¿Por qué no se queda en la otra tribuna, que está más cerca de su cuarto? —le preguntó un día la Hermana enfermera.

—¡Ay, Hermana! Déjeme, por favor, venir hasta aquí. Desde este sitio estoy más cerca de Jesús —contestó ella; lo hacía con plena docilidad, como el que está dispuesto a aceptar una determinación contraria a sus propios deseos. Era una enferma, y miraba a los médicos y a las enfermeras con la misma visión de fe con que se había acostumbrado a contemplar a cualquier autoridad de la tierra. La Hermana lo sabía perfectamente.

—Madre —le preguntó de nuevo—, ¿qué le dice usted al Señor en esos ratos tan largos que se pasa con El?

Antes de contestar, en un momento, la M. Sagrado Corazón recordó la historia de su amistad con Dios. Una auténtica historia de amor, que había empezado siendo todavía niña, y que contaba con capítulos verdaderamente apasionantes. Ahora, en la tarde de la vida, era todo tan sencillo, tan maravillosamente sencillo...

—Decir? —contestó con su voz suave—. Nada, no digo nada, no hace falta. Me pongo en mi rinconcito... Yo miro al Señor, y El me mira a mí.

* * *

En octubre de 1924 se le tuvo que hacer otra operación. No se pretendía ya que recuperara la salud, sino aliviarle algo los dolores, que habían llegado a ser insoportables. Por su estado general, sumamente debilitado, apenas se le pudo aplicar anestesia. Aguantó firme, sin despegar los labios, la tremenda intervención. El médico la contemplaba maravillado. “Brava, M. Sacro Cuore!”, dijo al terminar. Ella, la “brava” enferma, no tuvo fuerzas para contestar. En los momentos peores había susurrado muy bajito “Jesús, Jesús”, pero esto no había sido hablar; para ella, decir “Jesús” era simplemente respirar.

En diciembre recibió de nuevo los Sacramentos. Estaba rodeada de toda la comunidad. Renovó los votos de pobreza, castidad y obediencia, según la fórmula del

Instituto. En esa fórmula, al final se pide a Dios la gracia de poder cumplir lo que se promete. La M. Sagrado Corazón leyó su renovación en italiano, y en esta misma lengua pidió para sí la gracia de la perseverancia. Al llegar a este punto se detuvo por unos instantes. Miraba a las que la rodeaban, pero sus ojos parecían trascender mucho más allá. Se acordó en esos momentos de todas las Esclavas, incluso de aquellas que la ignoraban por completo, incluso de las que más tarde formarían parte del Instituto. Sintió la necesidad de incorporarlas a todas en su humilde petición de gracia. Y dijo sencillamente, esta vez en su propia lengua, en español: “Concédeles gracia abundante también a todas mis hermanas”.

“Humildes, humildes, humildes”

Unos días antes de morir recibió la última visita de la M. Purísima. La M. Sagrado Corazón no había sentido nunca el temor reverencial que otras personas tenían a aquella General, a la que ella había recibido, hacía ya tantos años, en el Instituto. Nunca le faltó la necesaria libertad de espíritu para decirle exactamente lo que pensaba, así como tuvo siempre humildad sobrada para aceptarla como superiora y tratarla como a superiora.

Pobre de espíritu, pero libre hasta el final, y más ahora a las puertas de la eternidad, la M. Sagrado Corazón fijó su mirada lúcida en la M. Purísima y le hizo una recomendación suprema: “Seamos humildes, humildes, humildes, porque sólo así atraeremos las bendiciones de Dios”.

“Este Dios inmenso...”

En la enfermería de la casa de Roma había un Niño Jesús que le gustaba mucho a la M. Sagrado Corazón. La Hermana que la cuidaba se lo acercaba con frecuencia.

Aquella Navidad de 1924, el Niño la acompañó muy especialmente. Apenas podía ya moverse en la cama, y en algunos momentos los dolores le arrancaban lágrimas involuntarias. Pensaba la M. Sagrado Corazón que el final podía presentarse en cualquiera de esos días, y hablaba de este paso al cielo con toda naturalidad. A veces lo hacía como si se dirigiera a la imagen del Niño; en realidad hablaba al Jesús verdadero, al Dios que llenaba todo su ser.

El 6 de enero de 1925, la M. Sagrado Corazón amaneció mucho peor que de costumbre.

—¿Qué pasa, Madre? —le habló cariñosamente la enfermera—. ¿Es que quiere irse ya para siempre con el Niño?

—Me parece que sí —respondió tranquilísima la enferma—. Por favor, Hermana, cuando parezca que ya me he muerto, sígame diciendo el nombre de Jesús al oído. Yo no podré ya decirlo, pero me gustaría oírlo hasta el final.

Poco más habló ya. Estaba orientándose definitivamente a la otra orilla de la vida, allí donde no es preciso articular muchas palabras. Cuando llegó el P. Marchetti, el jesuita que le había confesado tantos años, ya no pudo decirle nada. Parecía sumida en un profundo sopor, pero todavía abrió unos ojos muy limpios, que miraron al sacerdote como de despedida.

Hacia las seis de la tarde expiró suavísimamente. En la iglesia de Via Piave, en su iglesia, se daba en este momento la bendición con el Santísimo.

Años antes, escribiendo a la M. Pilar, la M. Sagrado Corazón se había referido al cielo: “Allí todos los amigos nos guardan un ladito, y en unión con nuestro Dios tendremos ya el corazón satisfecho”. La misma M. Pilar había suspirado por el cielo, concibiendo la bienaventuranza como una fiesta de comunicación, “una eternidad en que, como esperamos de la misericordia de nuestro Dios y Tutor, nos comunicaremos y gozaremos en todo y de todo con libertad sin tasa”.

Había acabado el tiempo, aquel largo tiempo, que tantas veces se le había presentado a Rafaela María disfrazado de eternidad.

Ahora era la eternidad verdadera.

“No —diría ella—; la eternidad, no. ¡Dios eterno, que es muy distinto!”

Dios eterno, “este Dios inmenso” que Rafaela María había experimentado desde niña, el que había sentido tantas veces dentro de sí. Ahora iba a gozarlo para siempre: un auténtico “mar sin fondo” de felicidad.

En la tierra su muerte pasó bastante inadvertida. Había muerto una religiosa, y esto ocurre bastantes días del año. Una buena religiosa; una santa religiosa, incluso, para algunas personas.

Eran ya millares las Esclavas del Sagrado Corazón esparcidas por el mundo, pero la inmensa mayoría de ellas ignoraban que aquel 6 de enero de 1925 era el día más grande para el Instituto, porque era el del triunfo de Rafaela María. Muchas de esas Esclavas asistirían poco después a su glorificación en la tierra.

El entierro fue tan sencillo como, aparentemente, fue oscura la muerte. Dos o tres personas presenciaron el acto en el cementerio romano de Campo Verano. Pero ya estaban en el mundo, o camino de él a través de los innumerables senderos que confluyen en la vida, las personas que, veintisiete años después, la aclamarían como bienaventurada.

Pío XII la declaró oficialmente digna de admiración, “beata”, bienaventurada, dichosa, el 18 de mayo de 1952.

Pablo VI la proclamó santa el 23 de enero de 1977: Santa Rafaela María del Sagrado Corazón.

FIN